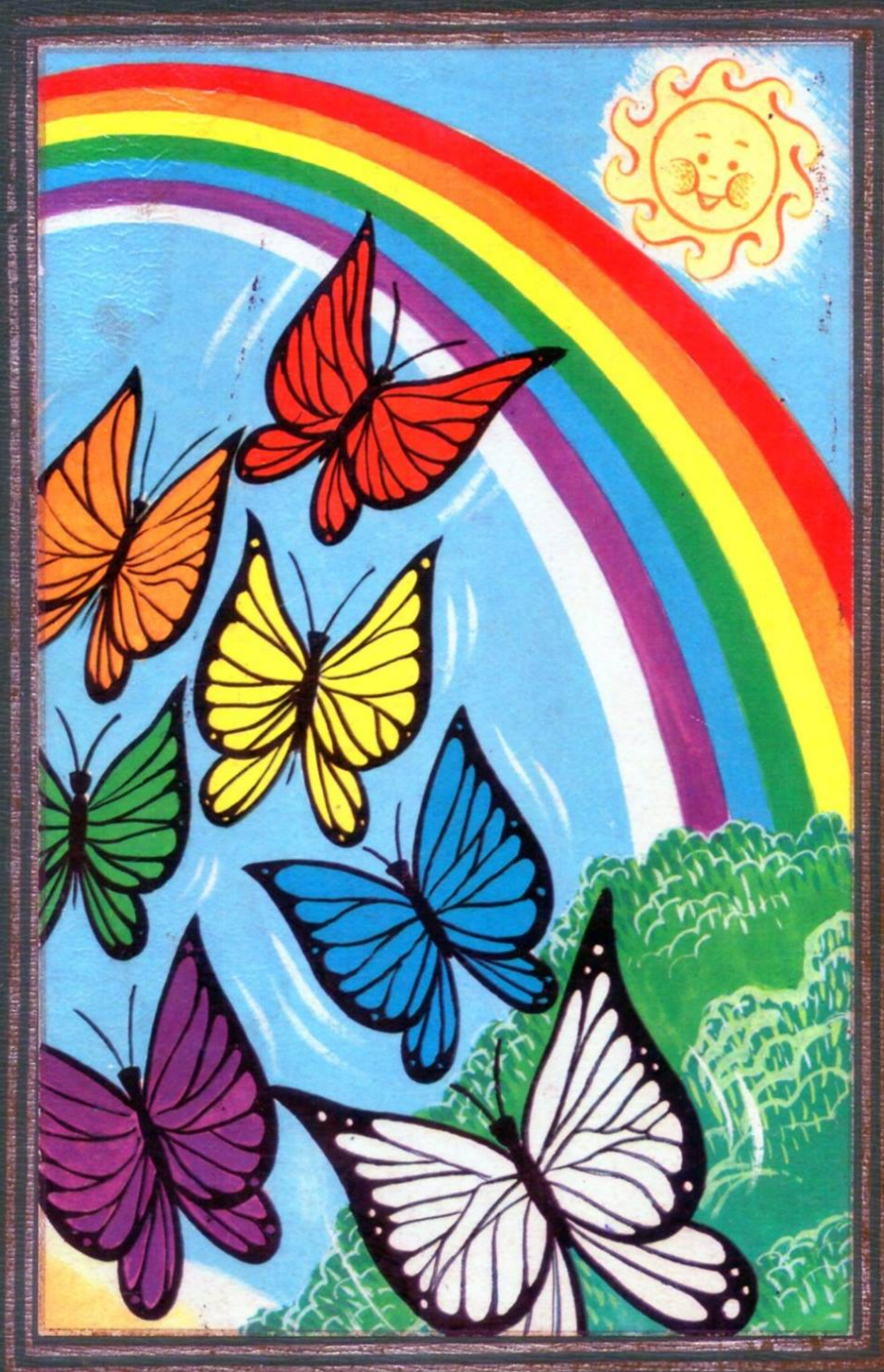




INICIACION =
= INFANTIL

INICIACION INFANTIL

TOMO V



EDITORIAL QUEVEDO S.A.C.I.yF.

YAPEYU 271

BUENOS AIRES - ARGENTINA

INICIACION INFANTIL

CUENTOS Y LEYENDAS AMERICANAS

ARGENTINA

BOLIVIA

BRASIL

COLOMBIA

CHILE

MEXICO

PARAGUAY

URUGUAY

PROLOGO

La leyenda representaba antiguamente la relación de la vida de un santo. Luego se hizo extensiva a toda narración en la cual los hechos históricos aparecían deformados por obra de la imaginación popular que, partiendo de la realidad, había ido tejiendo en torno de un acontecimiento o un hecho que la había conmovido, una trama sentimental y fantástica, a través de las generaciones.

Es decir, que la leyenda, el folklore y la tradición de los pueblos se confunden entre sí, pues siempre estuvieron íntimamente ligados. Era nuestra particular preocupación satisfacer las necesidades cada vez mayores que, padres y docentes, tienen para elegir la literatura infantil de sus hijos y alumnos, acrecentando así un repertorio nunca suficientemente nutrido.

De ahí que hayamos decidido brindarle a la niñez de todos los pueblos americanos este humilde ensayo antológico de cuentos y leyendas de nuestro continente. Tarea, ésta, difícil de realizar por dos motivos: uno, por la selección de los temas que creímos debían tener innegable contenido moral y, otro, por la adaptación de dichos temas que debían contar con alto valor didáctico.

La importancia que también le otorgamos a las leyendas de esta obra es la de poner a la niñez en el camino del futuro de la

nacionalidad, que sólo se consigue comenzando en los hitos del pasado. No en vano decimos, como Arturo Capdevila: "Con mis evocaciones del pasado, busco el más lejano porvenir: que mientras más se estire el arco atrás, más lejos va la flecha".

Les dedicamos este, nuestro nuevo aporte, en favor de los párvulos, a las maestras jardineras y la de los grados inferiores de la escuela primaria, y deseamos que puedan redoblar sus esfuerzos en aras de la forja de una niñez sana y sin problemas.

Estos dos volúmenes quedan agregados a nuestra ya conocida colección: Iniciación Infantil, como un ejemplo más de nuestra desbordante fe.

Editorial Quevedo S. A. C. I. y F.

EL DELTA DEL PARANA

(Leyenda guaraní: Paraguay y norte argentino)

AUTORA

Malena

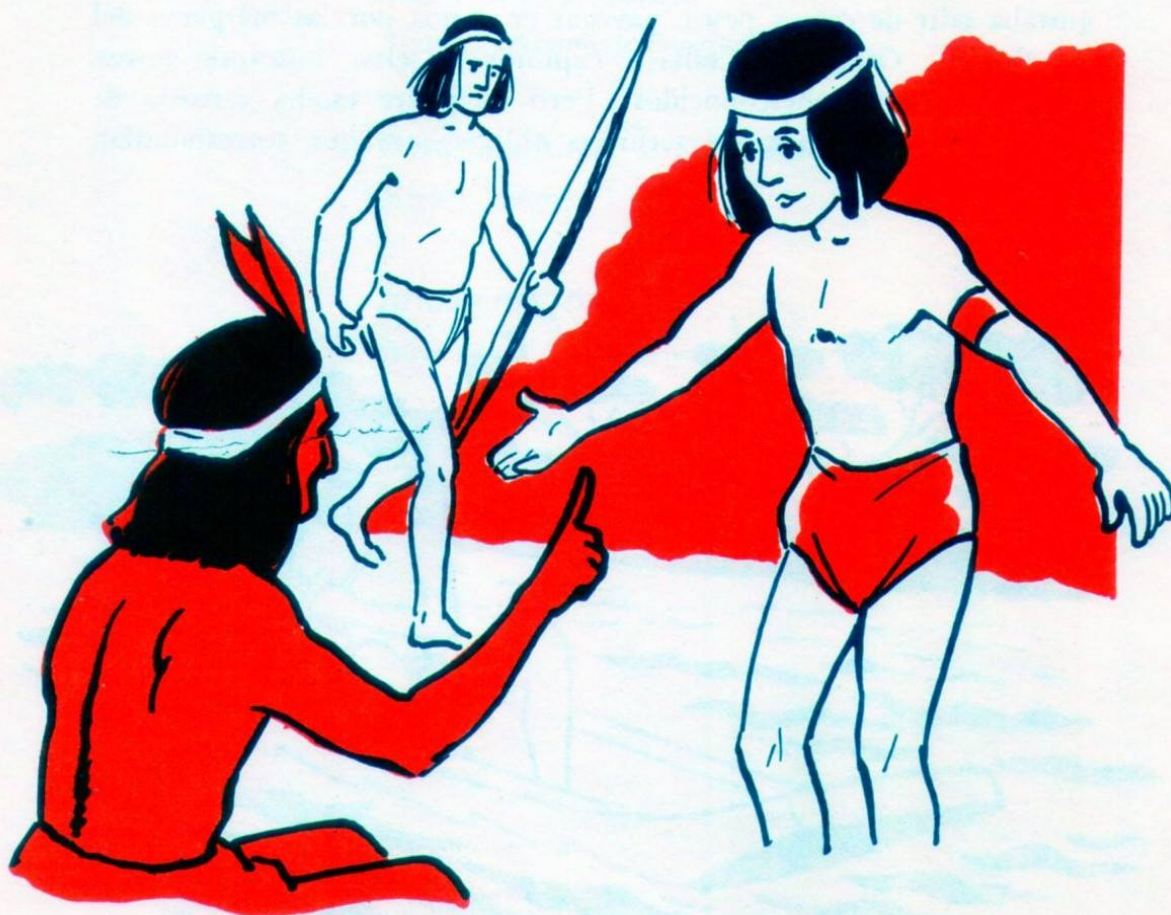
El cacique de los indios timbúes estaba seriamente preocupado porque su hijo mayor, Junco, era muy irresponsable. Pronto lo sucedería en el mando de la tribu y no estaba preparado para ello. Junco era un joven simpático y querido por todos los indios. Le gustaba salir de caza y pesca, navegar en canoa por las márgenes del río Paraná. Otras veces salía a explorar la selva, buscando flores, frutos y animales desconocidos. Pero su padre estaba cansado de que su hijo no tomara en serio las obligaciones que correspondían



al hijo de un cacique. Entonces decidió llamarlo y le habló duramente. Junco por un tiempo asistió a todas las reuniones que hacía el cacique para resolver cuestiones de la tribu, pero luego se cansó y volvió a holgazanear como lo había hecho antes. Entonces su padre se vio obligado a expulsarlo, por un tiempo, del lugar donde vivía.

Junco, triste y solo, anduvo por las orillas del río. Al contemplarlo pensaba en sus amigos y en su padre. Envidiaba la suerte del río Paraná que los podía ver. Le habló al río, contándole sus penas y le preguntó por la gente de su tribu.

Un día se encontró con un amigo de una tribu vecina llamado Ceibo al que le narró lo sucedido. Desde ese momento, Ceibo visitó y acompañó frecuentemente a su amigo. Cierta vez, estaban los dos mirando el río y vieron aparecer en sus aguas un montoncito de fango y pajillas. Junco pensó que eran del lugar donde vivía su tribu. Tomó el fango como un tesoro y lo colocó en la orilla. Al ver que la corriente traía más, tuvo una idea: hacer una isla que





estuviera en el medio del río, para vivir en ella y poder mirar desde allí las tierras de su tribu. Pidió ayuda a Ceibo y así lo hicieron. Al otro día el agua trajo más fango, al siguiente también. Junco y Ceibo lo juntaron y formaron otras islas semejantes a la primera. Para que quedaran bellas, les colocaron flores, frutos y pájaros de los más variados colores. La noticia de las nuevas islas llegó a la tribu de los timbúes. El cacique, padre de Junco, se alegró por la noticia y decidió ayudarlo junto con toda la tribu. Así, construyeron más islas y fueron a vivir en ellas. De esta manera se formó el Delta del Paraná conocido por la belleza de sus islas.

YABUTI, PASO A PASITO

(Cuento brasileño)

AUTORA

Beatriz Ferro

Era muy bueno Yabuti, y todos lo apreciaban mucho. Sin embargo, a veces, lo miraban con un poco de lástima. . ¿Sería porque miraba siempre desde abajo, estirando el cuello cuanto podía?

Porque Yabuti era una tortuga.

—“Siempre entre los pies de la gente y las raíces de las plantas, pobrecito”

—“¡Nunca sabrá lo que es correr, con esas patitas tan cortas!”, pensaba el venado.

—“Para colmo, lleva encima esa coraza tan dura. .”, se apiadaba Serelepe, la ardilla ágil y movediza.

Pero este cuento, en verdad, no empieza con Yabuti sino con el gato montés. Con el gran gato montés que se despeñó por un barranco y quedó a la miseria. Durante varios días tuvo que quedar en cama, en su cueva, sin poder mover ni una uña.

Pronto, sin embargo, empezó a reponerse. Y, cuando más se reponía, más hambre sentía. Pero ¿qué hacer, si el médico le había prohibido salir a cazar por un tiempo?

Medio muerto de hambre, urdió un plan para conseguir alimento.

Llamó a su comadre, la comadreja, y le rogó que fuese a avisar a todos los animales que estaba gravemente enfermo.

—Me siento cada vez peor querida comadreja. Ni apetito tengo —mintió el gato—. Se acerca el fin de mis días pero no quiero morir sin despedirme de todos los queridos animalitos, uno por uno.

La comadreja salió corriendo a dar la triste noticia.

Uno por uno, todos los animales respondieron al llamado del gato montés.

El primero fue Yabutí quien, una patita acá y otra allá, se puso inmediatamente en camino.

El pobre era tan lento que, muy pronto, los otros animales lo alcanzaron y lo dejaron atrás.

Primero pasó junto a él el venado, corriendo ágilmente.

—¡Apúrate, Yabutí, si quieres ver con vida al gato montés!

—¡Es lo que estoy haciendo! —contestó Yabutí.

Después pasó el pecarí:

—¡Más rápido Yabutí, o no llegas a tiempo!

—Cada uno lleva la prisa que puede —contestó él.

Después, se le adelantó el mono:

—¡Más energía, muchacho!

Yabutí no contestó pues no le gustó la broma.

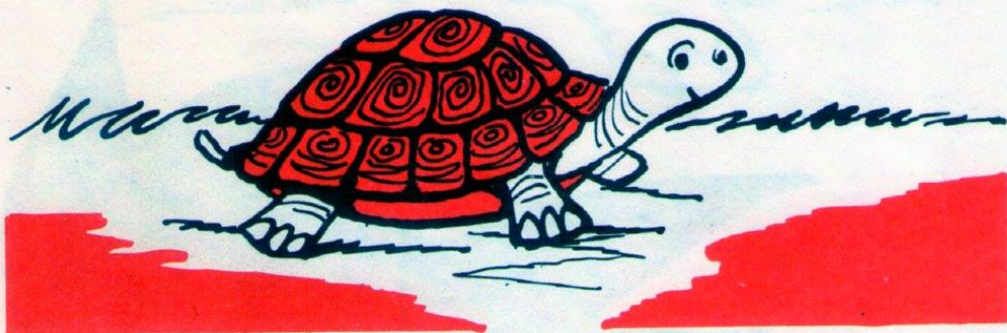
Por último, pasó el cobayo:

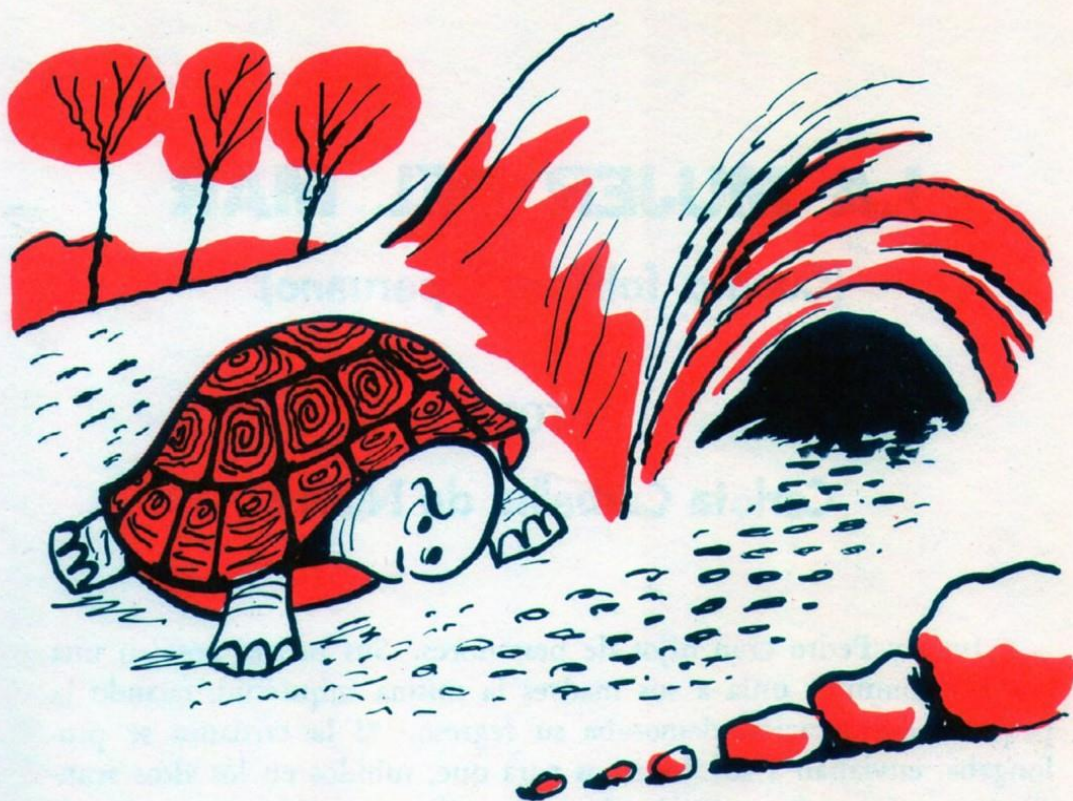
—¡A correr, que el gato montés repartirá su herencia! Si llegas tarde no te tocará ni un clavo torcido.

Yabutí tampoco esta vez contestó.

De más está decir que todos los animales que habían sido citados llegaron antes que él. Y, uno por uno entraron a la cueva del gato montés.

Finalmente, largo rato después, llegó el último rezagado, o sea Yabutí.





Con sus patitas tan cortas, con su cuerpecito tan duro, con su cabeza siempre cerca del suelo...

Precisamente, gracias a esos ojos tan cerca del suelo, pudo observar bien los rastros de los animales antes de meterse en la cueva.

—¡Ajá! —exclamó Yabutí, y siguió buscando otras huellas y mirándolas detenidamente—. Ajajá... todas para aquí, y ninguna para allá —dijo, sin dejar de mirar el suelo.

Muy pronto sacó sus conclusiones.

—La tierra tiene muchos dibujos de pasos... pero todos tienen algo en común: son huellas de animales que entraron en la cueva. Y no hay un solo rastro de animal que haya salido de la cueva. ¡Me parece que, quien se mete allí, queda en la panza del gato montés!

Así era nomás.

Yabutí fue el único que no cayó en la trampa y salvó su vida. Simplemente dio media vuelta y, paso a pasito, se alejó tan rápido como podía.

—¿Por qué molestar a nuestro querido gato montés, si está tan grave? —se dijo, sabiamente—. Mejor es volver a casita, y rezar por su alma.

LA MUJER DEL MAR

(Cuento folklórico peruano)

AUTORA

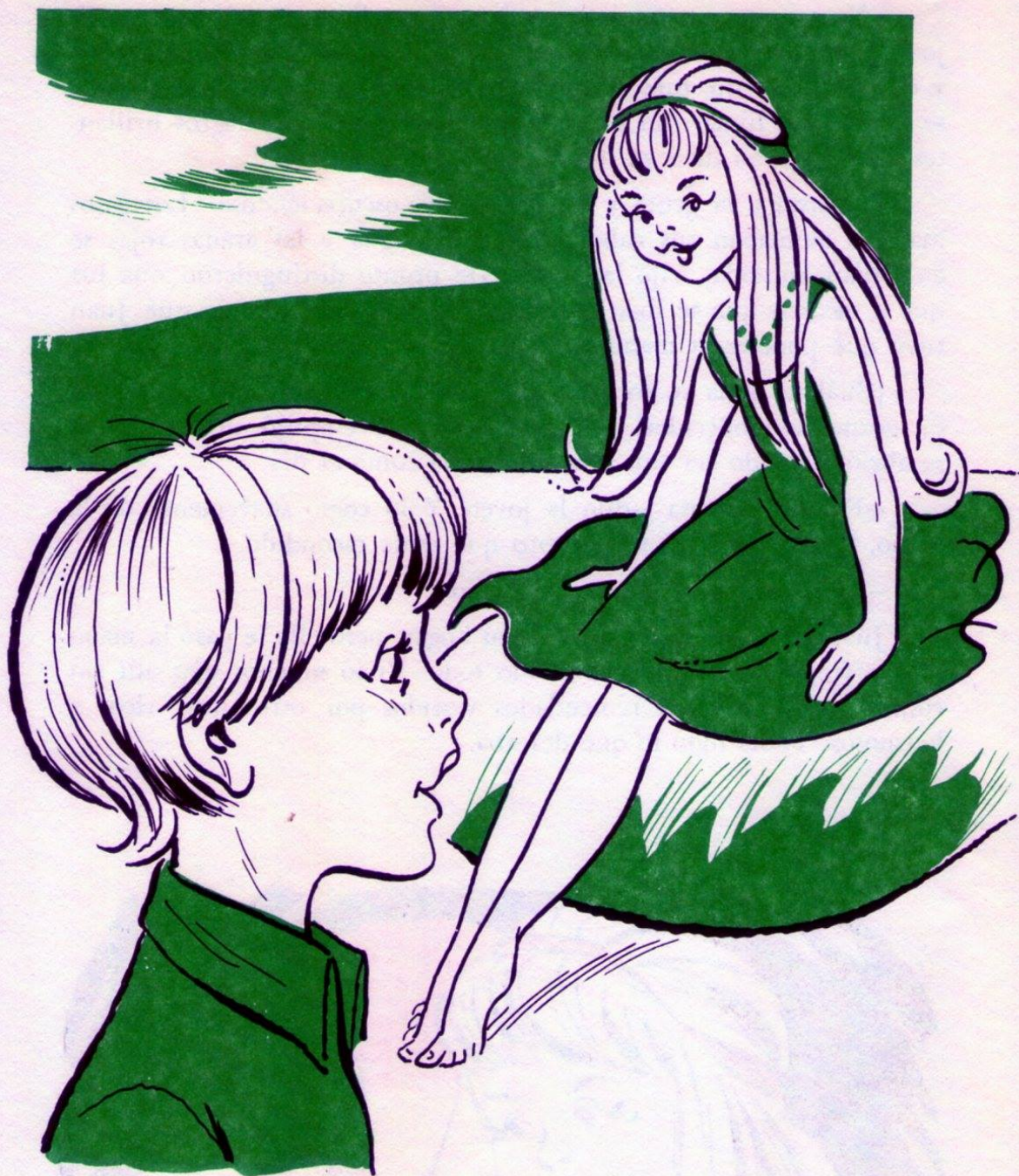
Carlota Carbalho de Nuñez

Juan y Pedro eran hijos de pescadores. Sus padres poseían una chalana común y unía a sus madres la misma inquietud, cuando la pequeña embarcación demoraba su regreso. Si la tardanza se prolongaba, enviaban a sus dos hijos para que, subidos en los altos acantilados, espíaran la aparición de ese puntito oscuro que se convertía después en una manchita azul, a cuyo bordo regresaban los dos pescadores, hombres bronceados y curtidos de recias espaldas.

Algunas tardes, con una cena frugal bajo el brazo, y un buen cordel en la mano, los dos muchachos salían de excursión. Llegaban a veces tan lejos, que perdían de vista las casitas del pueblo. Caminaban entre las rocas, explorando las desiertas playas y regresaban ya caída la noche, sin que en sus casas se hubiesen inquietado por ellos. A veces era un caracol de raros matices, un desconocido pájaro marino, o algún bonito pez, el botín que mostraban ufanos a sus hermanitos.

Una tarde salieron muy temprano, pensando visitar una de estas grutas que la leyenda rodea de misterio y que, al decir de los viejos del pueblo, estaba habitada por "la viuda".

Mientras que Pedro se entretenía en perseguir a las rojas arañas, Juan escuchaba el ruido seco de las olas que penetraban en la gruta y soñaba con lo maravilloso que sería encontrar el tesoro que guardaba "la viuda". Distráido con estos pensamientos, no vio que su amigo iba alejándose y que después, con el ánimo de jugarle una mala pasada, emprendía solo el regreso al pueblo. La noche se aproximaba y Juan tuvo miedo. Llamó a Pedro repetidas veces, y sólo el eco respondió a sus palabras.



De pronto sintió detrás de él, una voz agradable y cercana. Volvió la cara y halló sentada sobre una roca a una mujer joven y hermosa.

—¿Te has perdido? —le preguntó amablemente—. Ven, que yo te enseñaré el camino.

Juan vaciló. Pero era tan dulce la voz desconocida que desechando sus temores, se dispuso a seguirla.

—Yo conozco un camino más corto para llegar a tu pueblo —dijo—. Y empezó a marchar delante de él. Llevaba un vestido blanco y el cabello suelto, que el viento hacía volar, y en la tarde azulada se le veía tan linda, con su cara bronceada y sus ojos negros brillantes, que Juan no tuvo ya temor.

Entraron a la gruta y el camino iba oscureciéndose. Los gatos marinos asomaban sus cabezas fuera del agua y las arañas rojas se escondían asustadas bajo las rocas. De pronto distinguieron una luz que a medida que se iban acercando, se hacía tan intensa que Juan tuvo que ponerse la mano sobre la cara a guisa de visera.

¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarse delante de una puerta de goznes enmohecidos! La desconocida la empujó suavemente y se abrió, dejando ver una sala iluminada como el día.

—Esta es mi casa —dijo la joven. Y lo cogió suavemente de la mano, luego le mostró mucho oro que tenía escondido.

—Es para ti si te quedas —le dijo.

Juan pensó en su madre y en su hogar, pero ella le pasó la mano por la frente y al momento olvidó todo. Vivió muchos días allí sin contarlos. Cambió sus remendados vestidos por otros muy ricos y hermosos. Tenía todo lo que deseaba.





A veces la joven lo llevaba a una inmensa playa y mientras él jugaba en la arena, ella cantaba y sus manos hábiles iban tejiendo unas redes de oro.

Pero Juan empezaba a cansarse de esa vida demasiado feliz y sin preocupaciones y sentía una vaga tristeza. Una tarde que miraba el horizonte, vio pasar muy lejos, las blancas velas de una embarcación.

Entonces recordó su hogar y deseó vivamente regresar al pueblo. Se lo dijo a la desconocida y ella le contestó:

—Estoy tejiendo unas redes de oro y cuando termine te dejaré marchar.

Pero transcurría un día y otro y la red no se terminaba nunca.

Entonces volvió a decirle que quería marcharse y ella le contestó:

darse cuenta de su presencia. Pedro lo llamó por su nombre y sólo entonces éste lo miró como si despertara de un sueño y le preguntó ansioso por su familia. Y Pedro respondió:

—Tus padres viven, aunque ya están ancianos, pero los míos han muerto hace ya tiempo. Yo deseaba abandonar el pueblo pero no podía hacerlo, hasta saber lo que había sido de ti. Estaba seguro de que te encontrabas con vida en un lugar que me era desconocido. Ahora que te he encontrado ya puedo partir. Pero, ¿dónde has estado y qué mirada tienes, tan triste y extraña?

—Si quieres saberlo, quédate en su lugar —dijo la viuda, apareciendo detrás de él—. Entonces él podrá regresar al lado de los suyos.

—¡No te quedes! —le respondió Juan, angustiado— Regresa pronto, o perderás para siempre tu libertad.

—Yo he tenido libertad y sólo me ha servido para vagar por las playas desiertas. He trabajado arduamente y estoy cansado. No tengo a nadie en el mundo que pueda lamentar mi partida.

Entonces Juan se dejó convencer por las palabras de su amigo y así fue como, mientras uno regresaba al hogar, donde le esperaba una vida de pobreza pero libre, el otro se perdía dentro de la gruta, donde sería eternamente prisionero de la mujer encantada.



EL DISFRAZ DE INDIO

(Cuento nortño argentino)

AUTORA

Yolanda T. de Marquiarena

Cuentan que, hace ya mucho tiempo, en un pueblito de los valles calchaquíes, vivía Antenorcito, un changuito de nueve años, pelo negro, lacio y ojitos retintos y picarones.

El día que comienza nuestra historia, en los ojitos negros del changuito no brillaba la alegría de su alma simple. Estaba tristón y mustio como charqui seco, parecía tener una gran preocupación. Tomasita, la hija de la bollera, con sus trenzas negras, se le acercó:

—¿Qué te pasa, tenés los ojos como cordero “degollao”? —y agregó, saltando— No es momento de tristezas, ¡pronto estará aquí el carnaval!

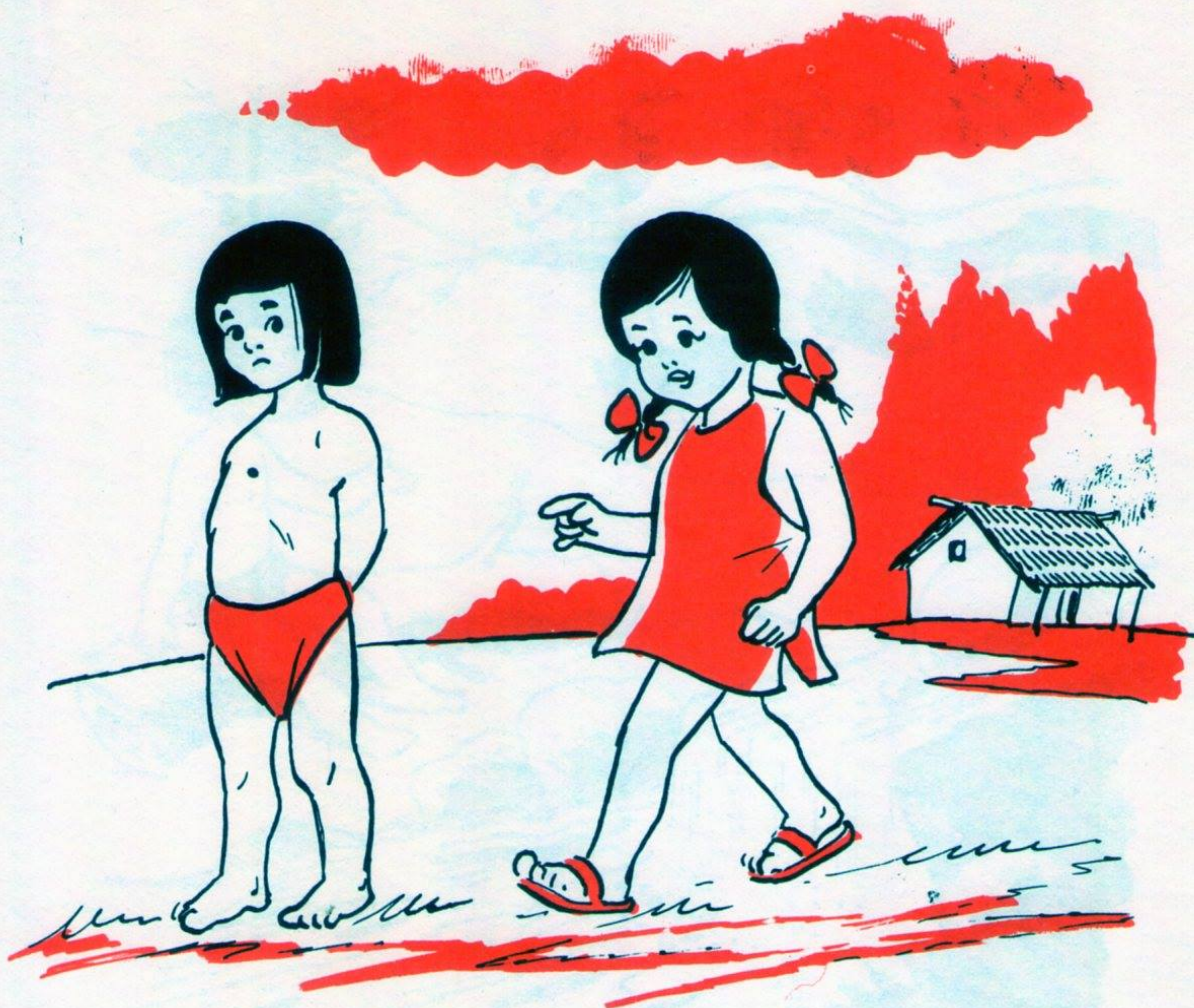
El chango vallisto suspiró. Ese era justamente el motivo de su pena. Para Carnaval todos se disfrazarían y él no tenía cómo. Tomasita parloteaba sobre su vestimenta:

—Mi mama me va a dar un collar de uairuros y una faja de colores, para que esté donosa. Pero, bah... ¡Estás chocante! Me voy. No se puede hablar con los que se levantan con luna.

Se fue saltando en un pie, entre las piedras del arroyito serrano.

Claro, para las chinitas era más fácil, unos cuantos adornitos y una pollera de la mama y listo. Pero él era un chango y en su pobre rancho de adobes eran muy pobres, tanto que a veces ni para el mate cocido y el loco alcanzaba. ¡Cómo para pensar en otra cosa!

En eso pasaba el tiempo, contemplando el agüita clara que saltaba entre las piedras. Desde un árbol cercano sintió un piar conocido.



Era Nievecita, un pajarito blanco como un copito, que le preguntaba la causa de su pena.

El chango le contó, agregando que como este año no estaba su tata, su mamá estaba muy pobre y no podía comprarle nada.

Nievecita movió para todas partes sus ojitos negrísimos y chiquitos como una cabecita de alfiler. Cuando los movía así era porque estaba pensando. De pronto pió:

—¡Hablaré con todos los pájaros!, de alguna forma te ayudaremos, porque vos sos bueno y nunca nos cazás a hondazos.

Volvió al instante acompañado de la lechuza y la urraca, quienes traían en sus picos plumas de distintos tamaños y colores. Eran hermosísimas, algunas grandes, otras chicas. ¡Qué colores! Verdes, azules, rojas, amarillas y anaranjadas.

—Sabemos que te querés disfrazar. Con estas plumas y una careta



se podrá hacer algo. ¿Con qué haremos la careta? ¿No tendrán algún cartón grandecito?

—¡Sí! Mi mamá trajo una caja grande, cuando fue a la ciudad el año pasado. La traeré —y salió corriendo como un cuis.

Era un cartón grande.

—Con esto haremos la careta, le pegaremos las plumas y tendrás una máscara como ninguna. Necesitaríamos unas tijeretas.

Los gorriones, que desde un árbol contemplaban alborozados dando saltitos, piaron:

—Nosotros las buscaremos —y se fueron volando.

Diez tijeretas (se llaman así porque la cola de estos pájaros tienen forma de tijera) llegaron y se pusieron a trabajar.

Cortaron el cartón, le hicieron dos agujeritos para los ojos.

—Necesitamos colores —pieron los gorriones y se fueron a cortar flores.

Los corderitos con sus patas las molieron y quedó hecha la pintura.

Nievecita, con una plumita como pincel, pintó en el cartón una boca grande y colorada, una graciosa nariz, cejas y pestañas enormes.

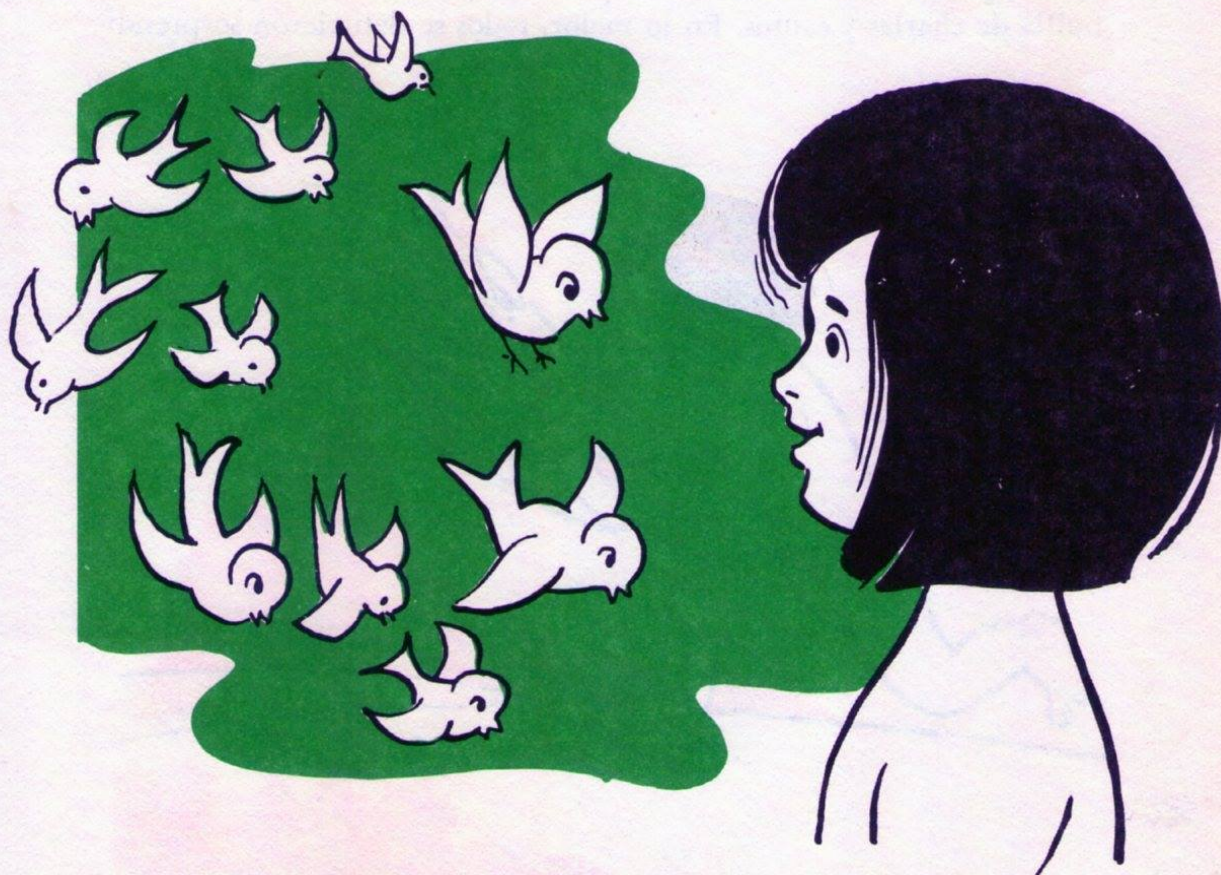
—Ahora peguemos las plumas.

Pero, ¿con qué?

El zorrillo, que se había acercado, se ofreció a buscar goma. Cortó la corteza de un árbol de savia gomosa y se la llevó a los trabajadores.

Estos pegaron las plumas alrededor de la careta, primero las más chicas y luego las largas. Pero todavía le faltaba algo a la máscara, algo que brillara.

La urraca, que en su nido tiene de todo, recordó unos espejitos rotos, unos vidrios de colores y los trajo.



También los pegaron al cartón, sobre los canutos de las plumas.
El sol ya estaba por irse cuando terminaron.

Antenorcito no podía creer lo que veía, su máscara era hermosa, con los espejos brillantes y un cabezal como de medio metro.

—¡Gracias, gracias!, queridos amigos —dijo casi lagrimeando.

—¡Que la disfrutes! ¡Que la disfrutes! —contestaron todos.

Las tijeretas aplaudían con las colas, los gorriones batían las alitas, la lechuza y la urraca sonreían, los corderitos balaban y el zorro reía, pasándose la lengua por el hocico:

—Casi me dan ganas de comerla, parece una gallina grande.

Nievecita movía sus ojitos negros de un lado a otro en señal de alegría.

Antenorcito se despidió de todos y corrió a guardar la máscara en su ranchito, hasta el día de la fiesta. Ahora sí que se alegraba por el Carnaval.

Ahora sí que se divertiría en grande.

El primer día de Carnaval, la plaza del pueblo brillaba de colores, bullía de charlas y cantos. En lo mejor, todos se detuvieron sorprende-





dos para ver un indio con gran cabezal y una lanza con plumas en mano, que bailaba haciendo piruetas y cantando acompasadamente:

*"Soy un indio verdadero
uso plumas y no sombrero,
canto con toda la voz
porque soy muy feroz, muy feroz".*

Antenorcito se divirtió una enormidad y en los carnavales siguientes muchos copiaron el disfraz. De esta manera surgió el disfraz de indio, que pronto se hizo popular en los carnavales nortños.

LAS MANCHAS DEL SAPO

(Cuento pampeano argentino)

AUTORA

Cecilia T. Pedroni de Uteda

El sapo y el cuervo fueron invitados a una gran fiesta que se celebraba en una nube blanca de cola rosada, en medio del cielo.

El cuervo, que no era del todo malo, estaba muy preocupado pensando en el sapo que, como no tenía alas, no podría subir a la nube, pero éste, muy contento, le repetía a cada rato:

—No se preocupe, no se preocupe, amigo cuervo, ya voy a llegar, quédese tranquilo.

Llegó el gran día, el cuervo se preparó peinando una por una sus negras plumas y sacándole brillo a su pico para poder cantar mejor.

Entre tanto, el sapito, mientras su amigo estaba ocupado, se metió dentro de la guitarra que éste llevaba para tocar unos valsecitos en la reunión.

Uno a uno fueron llegando todos los invitados a la fiesta de la nube blanca de cola rosada. El sapo no llegaba y no llegaba, así que resolvieron no esperar más y comenzar con la cena.

En eso estaban, cuando oyen la voz del sapo que los saludaba diciendo:

—¡Pero amigos, cómo es eso!, ¿no me esperaban? . . . a ver. . . a ver, un lugarcito para mí.

—¡Don Sapo! —dijo el cuervo—. ¿Cómo llegó hasta aquí, si usted no tiene alas?

—¿Y para qué tengo patas? —le contestó el sapo—, saltando pues, saltando.



Todos quedaron mudos ante la contestación del sapo, como si tuvieran la boca cosida, o cerrada con un broche de la ropa.

Nadie decía nada, pero el cuervo pensaba, pensaba y pensaba, ¡no podía creer lo que su amigo le decía!

Terminó la fiesta y los invitados se fueron retirando a sus casas; sólo quedaron el cuervo y el sapo.

Este, pensaba volver a la tierra en la misma forma que había llegado a la nube; dentro de la guitarra de su amigo, y en un momento en que el sapo pensó que su amigo no lo miraba, se metió en ella y se quedó quietecito, sin hacer un solo ruido.

El cuervo se hacía el tonto, pero lo había visto todo y en cuanto se alejó de la nube dio vuelta la guitarra, ¡y el pobre sapo salió disparando por el aire!





—¡Qué bien Don Sapo! ¡Cómo salta!, da gusto verlo —le decía riendo el cuervo.

El asustado sapo, mientras caía dando vueltas, gritaba:

—¡Vamos piedritas!, piedritas amigas, salgan de mi camino, que me estoy cayendooooo.

Las piedras lo oían, pero, como no tienen patitas, no pudieron moverse y el pobre sapo se dio un porrazo tremendo.

Desde ese día, tiene todo su cuerpo cubierto de grandes chichones.

¡Eso sí!, cada vez que ve pasar por el cielo una nube blanca de cola rosada, se hace el distraído y mira hacia otro lado.

LA TRIPITA

(Cuento peruano)

AUTORA

Angélica Palma

Eran dos niñas que se llamaban Juanita y Rosita. Juanita, la mayor, era perezosilla, respondona y malmendada; Rosita, la más chica, era hacendosa, obediente y de muy buena gracia para cumplir los encargos que se le hacían; la madre, mujer pobre y llena de ocupaciones, acudía continuamente a Rosita para que le ayudara en las faenas; de modo que mientras Juanita se la pasaba holgazaneando y mirando a las musarañas, la pequeña andaba de acá para allá limpiando, barriendo o haciendo recados.

Un día le dijo su madre:

—Mirá, Rosita, voy a hacer un guiso de cordero; vete al río a lavar las tripitas —y le entregó una ollita con las tripas del cordero.

La niña salió cantando camino del río; bajó a la orilla, se sentó en un pedrón y lavó las tripitas, colocándolas cuidadosamente dentro de la ollita. Terminaba su tarea cuando se le escapó de las manos la última de ellas y allá se fue, río abajo. ¡Aquí de los apuros de Rosita! Como era enemiga de líos resolvió recuperar la tripita a todo trance; andando, andando, siguiendo por las márgenes de la corriente del río ya la encontraría.

Con la ollita bien cogida, oculta bajo el montoncillo de lana, echó a andar la niña, anda que te anda y se encontró con un leñador.

—Diga usted, señor leñador, ¿no sabe usted dónde podré encontrar una tripita que se me cayó al río?

El leñador puso su tercio de leño en el suelo y apretándose la cintura con la mano, se retorció de risa.

—¡Juh, juh, juh! A la niña se le ha caído una tripita al río —decía entre estruendosas carcajadas.





Apenada, Rosita siguió su camino.

Anda, anda, anda, se encontró con un pastorcito.

—Pastorcito, ¿no has visto una tripita de cordero que se me cayó al río mientras la lavaba?

—No he visto nada —contestó el pastorcito, y siguió detrás de sus ovejas tocando la flauta.

Anda, anda, pasó Rosita delante de una cabaña, a la puerta estaba sentada una mujer hermosa, pobremente vestida y de aspecto cansado.

—Señora —preguntó—. ¿No podría usted decirme dónde encontraré una tripita de cordero que se me cayó al río?

—Ay, hija mía, acaso pudiera si no me encontrara tan fatigada, que ni aliento he tenido para arreglar la casa, ni sé cómo haré la sopita para el niño cuando despierte.

—Cuídeme usted mi ollita —dijo la niña y se metió en la casa, barrió el piso, sacudió los muebles, hizo la sopita, le dio al niño, lo lavó, lo vistió y con él en los brazos salió contenta a la puerta de la cabaña, donde la madre lo cogió, sintiéndose muy feliz.

—Dios te lo pague, hija mía —dijo la señora—. Coge la ollita y regresa a tu casa, que tu madre está inquieta; cuando pases cerca del sitio donde lavaste la tripita búscala entre las hierbas y la encontrarás enredada. ¡Ah! Si en el camino oyes rebuznar a un burro, baja la cabeza y si oyes cantar a un gallo alza la cabeza.

Rosita, después de dar las gracias, se marchó corriendo por la ribera, encontró la tripita cumpliendo las recomendaciones de la señora, hasta llegar cerca de la casa, pues su madre y hermana, preocupadas por su tardanza, venían a buscarla.

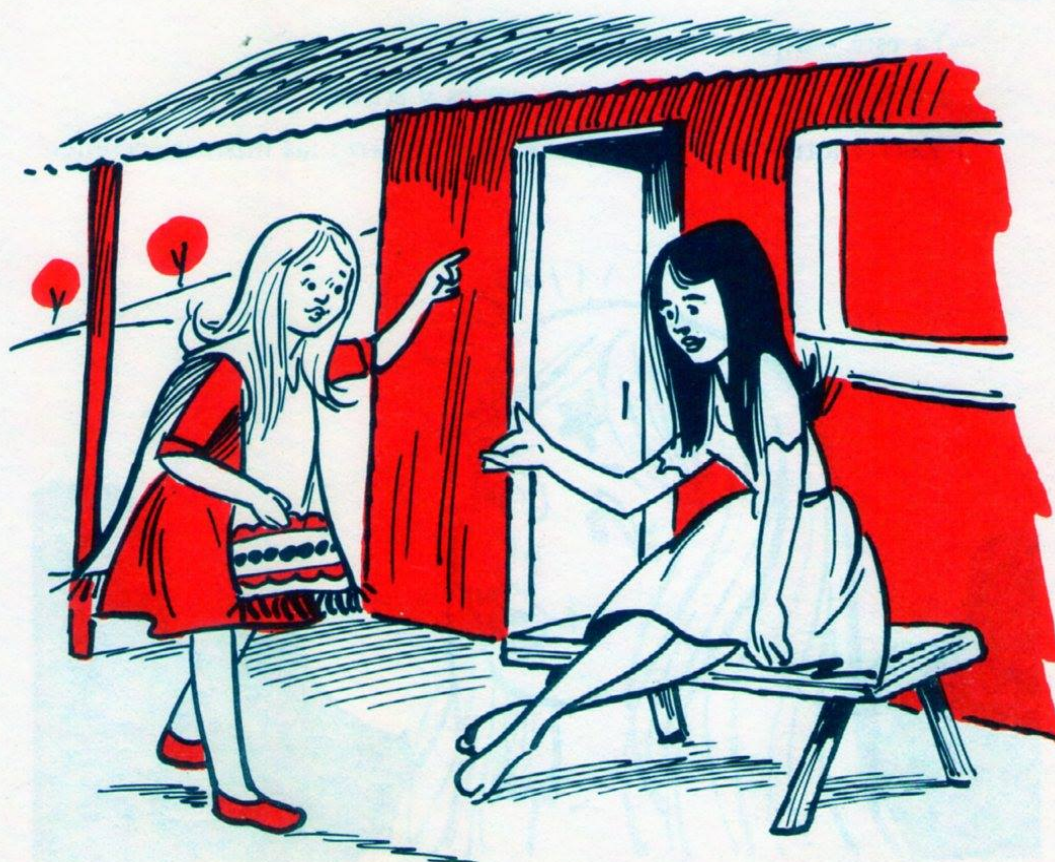
—Rosa, dame ahora mismo ese brillante que tienes en la frente —decía la hermana.

—¡Qué requetebonita estás, hija de mi alma! —exclamaba la madre.

¿Qué había sucedido? Pues que al levantar Rosita la cabeza, le cayó en la frente una estrella hermosísima mandada por la madre y el niño a quienes ella sirvió con tanta voluntad.

A los requerimientos de la madre y hermana, ella contó con riqueza de detalles cuanto le había pasado, pero Juanita, que a sus malas mañas unía la envidia, decidió tener una igual, si no mejor.

Para lograrlo buscó en la cocina, entre los desperdicios, un trozo



de tripa, lo cogió, se fue al río, lo tiró al agua y echo a andar, segura de tener la misma suerte que alcanzó a su hermana.

Encontróse primero con el viejo, a quien trató toscamente, recibiendo en recompensa las coces del borrico.

Anda, anda, encontróse con el pastorcito. Juanita, de unas cuantas pedradas, dispersó el rebaño y se puso a hacerle muecas al pastor; éste la recompensó con un tiro de honda en la espinilla, haciéndole proferir gritos de dolor. Cojeando y regañando llegó Juanita a la cabaña, sentada a la puerta estaba la hermosa señora con el niño en las faldas. Sin saludar siquiera, preguntó la chica dónde podría encontrar la tripita.

—Antes de decírtelo —contestó la señora— necesito que me arregles la cama del niño para acostarlo.

Juanita encontró toda la casa en orden, sólo faltaba poner en la cuna las almohaditas y la colcha.

—Muy bonito —refunfuñó la muchacha—, ella holgazaneando para que yo trabaje como si fuera su sirvienta.

Y en mucho menos tiempo del que empleó Rosita para arreglar la casa, ella revolvió los muebles, deshizo las camas y puso la vajilla en desorden.

—Ya está —dijo la muy hipócrita.

La señora y el niño la miraron serios y tristes.

—Vuelve a tu casa —le dijo la señora y le hizo las mismas recomen-





daciones que a Rosita; pero acostumbrada como estaba a desobedecer no cumplió las indicaciones, levantando la cabeza cuando el burro rebuznó. Inmediatamente sintió que algo le caía en la frente.

Iba muy contenta, segura de tener una estrella mejor que la de su hermana, sin tomar en cuenta que cuantos pasaban por su lado la miraban riéndose y tapándose las narices.

La vanidad, la ambición necia y la envidia están expuestas a tremendos fracasos y a chascos ridículos. Mientras que Rosita lucía una linda estrella como muestra de su bondad, Juanita no lograba tapar con el pelo aquella cosa fea y desagradable que le cayó en la frente. Tanto rogó Rosita al niño y a su madre que, por fin, le ofrecieron hacer desaparecer esa mancha siempre y cuando Juanita fuera bondadosa. No sé si llegaría a suceder aunque lo dudo, porque la mancha pestilente de la envidia más tiende a extenderse que a borrarse.

Y en esto que es una verdad del tamaño de la catedral, se acabó el cuento de Periquito Sarmiento, que volando, volando, se lo llevó el viento

EL ARCO IRIS

(Leyenda argentina)

AUTORA

Graciela F. Cueva

Hace muchos, muchísimos años, en una hermosa selva cubierta de flores de brillantes colores y enormes árboles, vivían siete mariposas.

Cada una de ellas tenía un color distinto: rojo como el fuego, anaranjado como la naranja, amarillo como el sol, verde como las aguas transparentes del mar, azul como el cielo, violeta como las uvas maduras y la última, blanca como la nieve.

Sus bellos colores llamaban la atención de los habitantes de la selva, y cuando volaban sobre el verde de los árboles, eran aún más encantadoras.

Siempre estaban juntas y jugueteaban alegremente de flor en flor, mientras el viento suave las hacía bailar sobre las ramitas de los árboles.

Cierto día, una de ellas, cuando volaba sobre una flor, se enganchó una de sus alas con las espinas y nunca más volvería a volar.

Las demás mariposas, al verla, corrieron en su ayuda, pero ya era tarde; su vida pronto acabaría.

Comenzaron a rezar para evitar que la muerte separase de ellas a su compañera. Estaban tan tristes, cuando de repente... oyeron una voz que les dijo:

—¿Están ustedes dispuestas a unirse al dolor de su compañera para poder así estar juntas?

Todas contestaron que sí. De pronto el cielo se oscureció; los negros nubarrones empezaron a cuchichear y se desató una fuerte tormenta de viento y lluvia. Un remolino empezó a soplar... so-

plar . . y soplar hasta que las siete mariposás comenzaron a subir alto, alto hasta perderse en el cielo.

Luego, cuando cesó la tormenta, los negros nubarrones desaparecieron y el sol volvió a asomar su redonda y brillante cara.

Su alegría fue aún más grande cuando vio que no estaba solo: en el cielo lo acompañaba un maravilloso arco luminoso, formado por siete colores, los mismos que tenían las mariposas de la selva. Eran sus almas que estaban unidas para siempre en el cielo.

Así nació el arco iris, que con su maravillosa belleza y sus bonitos colores, nos recuerda, cada vez que aparece en el cielo, la más hermosa y pura amistad de aquellas mariposas que sacrificaron sus vidas por una compañera.



HABIA UNA VEZ UN DIOS SOL

(Cuento boliviano)

AUTORA

Beatriz Ferro

Cuentan que un día, hace miles de millones de días, el dios Sol miró la Tierra y vio que los hombres no vivían bien. Se hacían daño los unos a los otros, maltrataban a los animales, arruinaban las plantas.

Los hombres y las mujeres tenían allí nomás los frutos colgando de las ramas, la papa y la yuca durmiendo bajo tierra, los rebaños de llamas y vicuñas, el oro y la plata de los cerros de Pasco y Potosí.

Estos regalos estaban al alcance de sus manos, pero aún no sabían servirse de ellos.

—No saben, no saben, pobrecitos —se dijo el dios Sol—. Es triste no saber. Tienen que aprender muchas cosas... Necesitan un papá y una mamá que les enseñen.

Entonces llamó a su hijo, Manco Cápac, y a la mujer de su hijo, Mama Ocllo, y les encargó que bajaran a la Tierra, donde estaban haciendo falta.





—La Tierra es grande —dijo Manco Cápac—. ¿Qué lugar elegiremos?
El Sol le dio entonces un bastón de oro purísimo y le dijo:

—Tantea con él la tierra seca. Donde se clave este bastón, allí se quedarán a vivir ustedes.

—Y después, ¿qué haremos? —preguntó Mama Ocllo.

—Después empiecen a conocer a los hombres, y a quererlos. Yo también los quiero con toda mi luz y mi calor, pero desde aquí arriba. Ustedes los querrán de muy cerca, como un padre y una madre. Y les enseñarán a vivir mejor.

Manco Cápac y Mama Ocllo bajaron a nuestra Tierra.

Descendieron cerca del hermoso lago Titicaca y empezaron a caminar.

Caminaron todo un día en dirección al norte. Y al otro día siguieron caminando, tanteando la tierra con el bastón de oro.

Pasaron cerca de unas poblaciones, pero no se detuvieron porque tampoco en esas regiones se hundió el bastón.

Al cuarto día, por fin, Manco Cápac pudo clavar la vara de oro al primer golpe. Ese era el sitio, y allí se quedaron.

Muy pronto empezaron a llegar los hombres, las mujeres, los niños.

Manco Cápac y Mama Ocllo eran tan lindos que daba alegría verlos.

“Son un rey y una reina”, dijeron los hombres. “Sin duda, éstos deben ser hijos del Sol”.

Cuando Manco Cápac les preguntó si querían aprender con él a





construir una ciudad con sus casas, hasta los más perezosos tuvieron ganas de trabajar.

—¿Cómo es una casa? —preguntó un hombre.

—Tiene cuatro paredes y un techo —dijo Manco Cápac—. Es como un vestido que nos abriga.

—¿Qué es un vestido? —preguntó una mujer.

Porque tampoco esto sabían. Entonces Mama Ocllo les enseñó a todas a tejer la fibra de algodón y la lana, y a coserse vestidos.

Mientras tanto, Manco Cápac seguía enseñando qué es una casa.

—La casa nos resguarda a nosotros y nuestras cositas —decía—. Como un cacharro de cerámica que guarda semillas.

—¿Qué es un cacharro de cerámica?— preguntó otro hombre.

Entonces Manco Cápac les mostró cómo se puede trabajar el barro y les enseñó a hacer ollas, jarras, vasos y vasijas. .

En aquella primera escuela del mundo, los hombres, junto a los dioses, aprendieron a arar el campo. .



A cultivar la papa y la yuca...
A fabricar herramientas. .
A labrar las piedras y los metales.
A construir edificios.
A domesticar animales.
A bailar y cantar.

Poco a poco, la cara del mundo fue cambiando. Los pájaros que volaban sobre la meseta andina y los valles, desde lo alto vieron una ciudad con sus casas, vieron sembrados, rebaños, caminos para ir de visita y carreteras para irse de viaje. Y, por todas partes, gente feliz.

Mama Ocllo y Manco Cápac tuvieron hijos que reinaron sobre los pueblos con el nombre de incas; para los primeros pobladores de América, cada inca era un descendiente del gran padre Sol.

Tiempo después, muchos pueblos unidos formaron un gran imperio americano: el imperio incaico.

Su capital fue aquella ciudad que habían construido juntos los dioses y los hombres. La llamaron Cuzco, que significa ombligo, porque los habitantes del imperio pensaban que allí estaba el centro mismo de la Tierra, el ombligo del mundo.

EL ÑANDU

(Leyenda del sur argentino)

AUTORA

Yalí

Hace mucho, mucho tiempo, el ñandú podía volar. ¡Y cómo volaba! Se ponía su sombrerito gaucha, su ponchito con flecos y sus pantalones nuevos. Y después, volando, volando pasaba una nube, pasaba otra nube y seguía subiendo más y más.

Una vez, subió tan alto que se detuvo justito en la puerta del cielo. Y en la puerta del cielo encontró a Tata Dios que tomaba su matecito amargo sentado en una sillita baja.

Tata Dios miró al ñandú, se cebó otro matecito, y lo invitó a pasar:

—Entrá, ñandú. Date una vueltecita por el cielo.

El ñandú se sacó su sombrerito gaucha, se limpió las pañas y entró en el cielo. Y cuando estuvo adentro, por un tiempito se portó bastante bien. Miró las estrellas grandes y le gustaron.

Miró las estrellas medianas y le gustaron más. Miró las estrellas



chiquitas y le gustaron tanto... ¡que en siete picotazos se tragó siete estrellitas!

Tata Dios movió la cabeza con disgusto y le dijo al ñandú:

—Las estrellas no son maíces, pues. No lo hagas más.

El ñandú siguió mirando las estrellitas sin animarse a comer ninguna, hasta que un montoncito de estrellas brillosas lo tentó. ¡y en siete picotazos se tragó siete estrellitas más!

Entonces, Tata Dios, muy enojado le dijo:

—¡Fuera del cielo, ñandú! —Y le cerró la puerta en la nariz, con tanta fuerza que se la lastimó.

El ñandú, avergonzado, sólo pensó en volver ligerito a su pago, y empezó a volar.

Pero con la nariz dolorida y las estrellitas en el buche, todavía sin digerir, voló tan mal que se perdió en el aire. Y en vez de encaminarse derecho a su pago, se metió en la nube negra de la tormenta.

En ese lugar estaba acurrucado el rayo, durmiendo en la oscuridad. Pero cuando llegó el ñandú batiendo las alas el rayo se despertó.

—¿Quién es ese que no me deja dormir? —gritó el rayo.

Y enderezándose en la nube, el rayo apuntó con su flecha al ponchito gaucho del ñandú. Y el fuego del rayo chamuscó los flecos del ponchito, chamuscó el ponchito entero, y le quemó las alas al ñandú, que ya no pudo volar más.

Así el ñandú empezó a caer, a caer y caer, hasta que la tierra lo paró.

Pasaban los días y, sin poder volar y con la nariz machucada, el ñandú se ponía cada vez más tristón. Escondía la cabeza para que nadie le pegara en la nariz y suspiraba y no dejaba de suspirar.





Pero el tiempo pasaba. Y cuando el tiempo pasó y pasó, una tardecita el ñandú juntó todo su coraje, sacó pecho y pensó:

—Si no puedo volar, voy a correr. ¡Y voy a correr mejor que todos los demás! Se arremangó los pantalones y aprendió a correr tan bien, pero tan bien, que ningún animalito lo podía alcanzar.

Así, el ñandú desafió a correr a la mulita y le ganó. Y también le ganó a la liebre y al huemul.

Y como siempre ganaba, el ñandú dejó de ser tristón. Pero se volvió un poco vanidoso y bastante jugador.

Una vez, en un campito pelado, el ñandú se encontró con el zorro.

—Zorro —le dijo—, te juego una carrera y te la gano.

Pero el zorro, que sabía cómo corría el ñandú, le contestó:

—A mí no me gustan las carreras. Si querés, te juego a las barajas mi cola de zorro contra tu cola de ñandú.

Y jugaron a las barajas y el zorro le ganó al ñandú todas las plumas de la cola. Pero, aunque el zorro se las había ganado, el ñandú no quería separarse de sus plumas.

—Espera el verano —le decía al zorro—, ¿cómo me voy a desvestir ahora, con tanto frío?

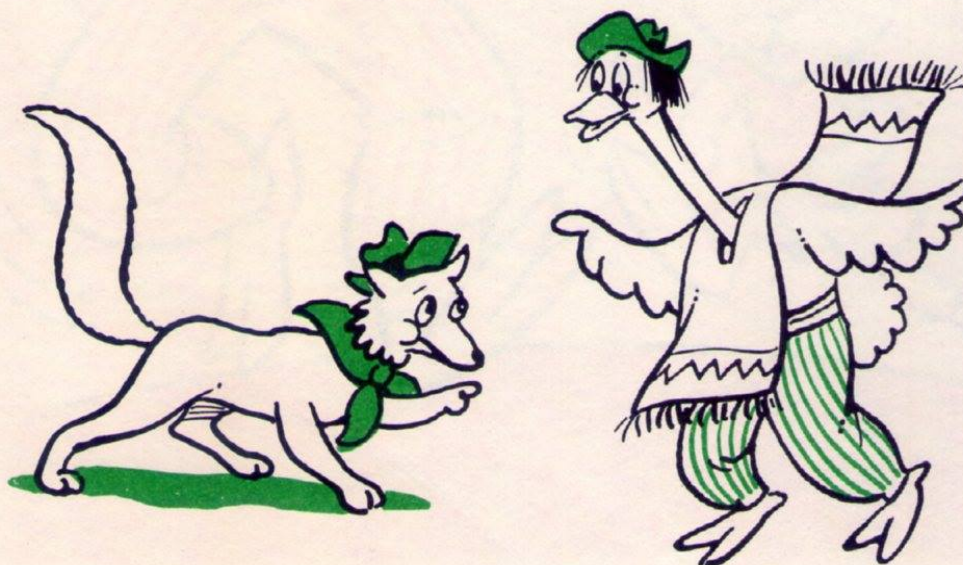
Y no se las daba.

Cuando llegó el verano, el zorro le dijo al ñandú:

—Dame las plumas, ñandú. Las necesito para hacerme el relleno de mi colchón.

Y el ñandú le contestó:

—¡Vení a buscar el relleno! —Y echó a correr, porque sabía que corriendo, el zorro no lo podía alcanzar.





Entonces, el zorro se fue a la cuevita de la vizcacha, donde la vizcacha tenía su almacén.

—Vizcacha —le dijo—, vendeme una sillita y un cacharrito de cola para pegar.

Con la cola de pegar, el zorro pintó el asiento de la sillita y después llamó al ñandú.

—Vení, ñandú, sentate —le dijo—. Te perdono la deuda y vamos a conversar.

El ñandú se sentó en la sillita encolada. Y entonces el zorro le gritó al oído:

—¡Corré, ñandú, que viene el tigre para comerte!

El ñandú, asustado, echó a correr, dejando las plumas pegadas en la silla.

Y así fue como el ñandú quedó con la deuda pagada, pero sin cola.

PANAMBI E IRUPE

(Leyenda paraguaya)

AUTORA

Graciela F. Cueva

Una tarde, dos indiecitas juguetaban sobre un barranco.

Nadie podía decir cuál era la más bonita: si Irupé, con su vestido blanco, o Panambí, con su collar de colores. Irupé y Panambí se entretenían con todo lo que miraban; las lagartijas, las hormiguitas; tiraban piedras al río que corría al pie del barranco.

Irupé encontró un nido lleno de pichones y decidieron trepar en su búsqueda. Como el árbol era muy viejo, sus ramas se inclinaban hacia el río; las indiecitas treparon por él, de rama en rama hasta





llegar al nido. Ya estaban junto a los pichones, ya iban a estirar las manos para acariciarlos, cuando la rama que sostenía a Irupé se quebró y la indiecita cayó al vacío.

Panambí, al ver a su compañera en peligro, le pidió a su dios Tupá que la salvara. Y el dios Tupá la oyó, y así, antes de que Irupé llegara al río, la transformó en una flor blanca, que cayó despacito... despacito, sobre las aguas y flotó sostenida por sus grandes pétalos.

Panambí desde arriba vio cómo Irupé se convertía en una flor. Con mucho asombro bajó hasta la orilla del río y metió los piecitos en el agua y dijo a la flor blanca que volviera con ella.

—No puedo dejar el río —le contestó Irupé— y tampoco quiero dejarlo.

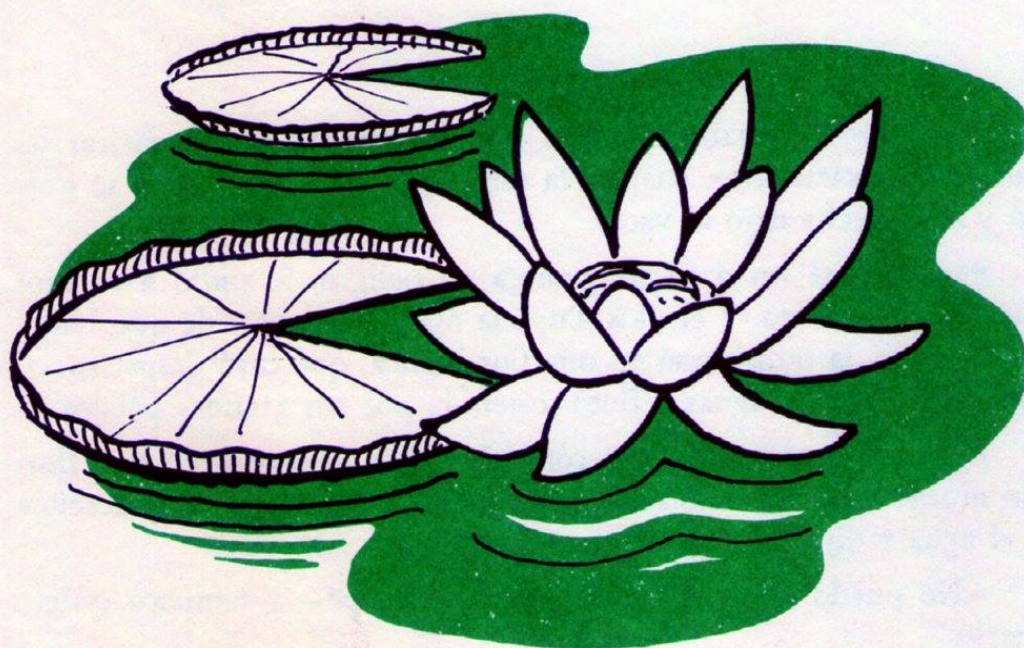
Entonces Panambí, que no quería separarse de ella, le rogó que la llevara consigo.

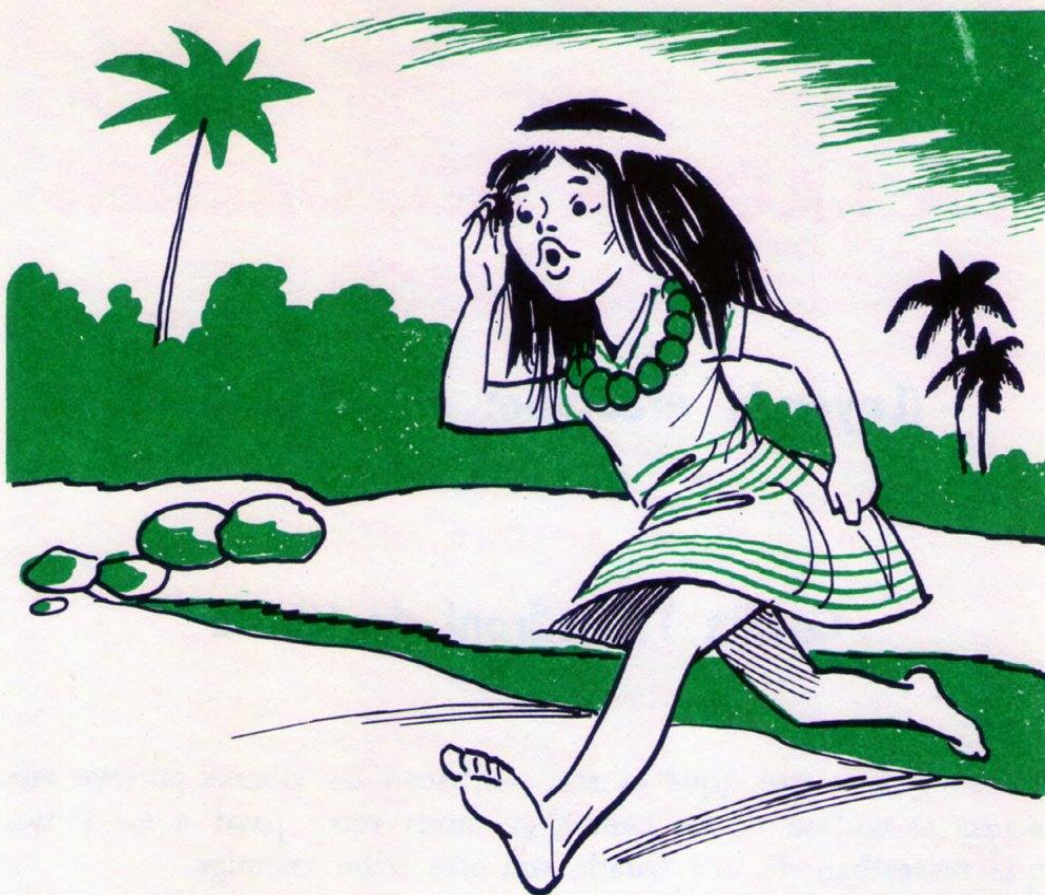
Irupé cargó a Panambí sobre sus pétalos blancos y el río llevó lejos, muy lejos a las dos indiecitas. Así llegaron hasta un recodo y la corriente las empujó hasta la orilla.

Irupé se adormeció a la orilla del río y Panambí, viéndola tan quieta, no tuvo miedo de que pudiera despertarse, ni marcharse aguas abajo. Así, Panambí se fue a curiosear por el bosque. Panambí no sabía que aquel bosque era del Pombero. El Pombero es un ser de piernas largas, de barba y bastón, que sale a la siesta a robar y a llevarse a los indiecitos que persiguen los pájaros.

La indiecita anduvo y anduvo mucho rato por el bosque, cuando de repente vio frente a ella un picaflor; quedó deslumbrada por sus plumitas y sus colores brillantes, entonces corrió tras él, queriendo atraparlo; pero esta alegría de Panambí despertó al Pombero. Con sus piernas largas, su barba y bastón, en un minuto estuvo junto a Panambí y la tomó del brazo.

La indiecita, asustada, pidió que la soltara, pero fue inútil, forcejeaba, forcejeaba pero el Pombero no la soltaba. Entonces Panambí le mordió los dedos y así consiguió huír.





Panambí corrió y corrió pudiendo llegar al río, pero una vez allí no encontró a Irupé.

—¡Irupé, Irupé! —llamaba la indiecita— ¡Ven a buscarme, que me alcanzará el Pombero. !

Pero Irupé, la flor blanca, no la oía, porque la corriente la había llevado lejos, muy lejos.

Tristemente, Panambí pensó que sin Irupé estaba perdida y decidió irse por el aire.

La indiecita agitó y agitó sus bracitos como si fueran alas, los agitó tanto que sintió que iba empequeñeciéndose. . ¡y podía volar! . Su collar se rompió y las cuentas de colores tiñeron sus alas.

Panambí fue la primera mariposa. Panambí, la mariposa, buscó mucho tiempo a Irupé. A cada flor que veía le preguntaba si había visto a Irupé, pero nadie le contestaba.

Mientras tanto. . Irupé, allá lejos, lejos, con su traje de pétalos blancos, flota en las aguas y perfuma el río.

LA LAGUNA DEL CALDEN SOLITARIO

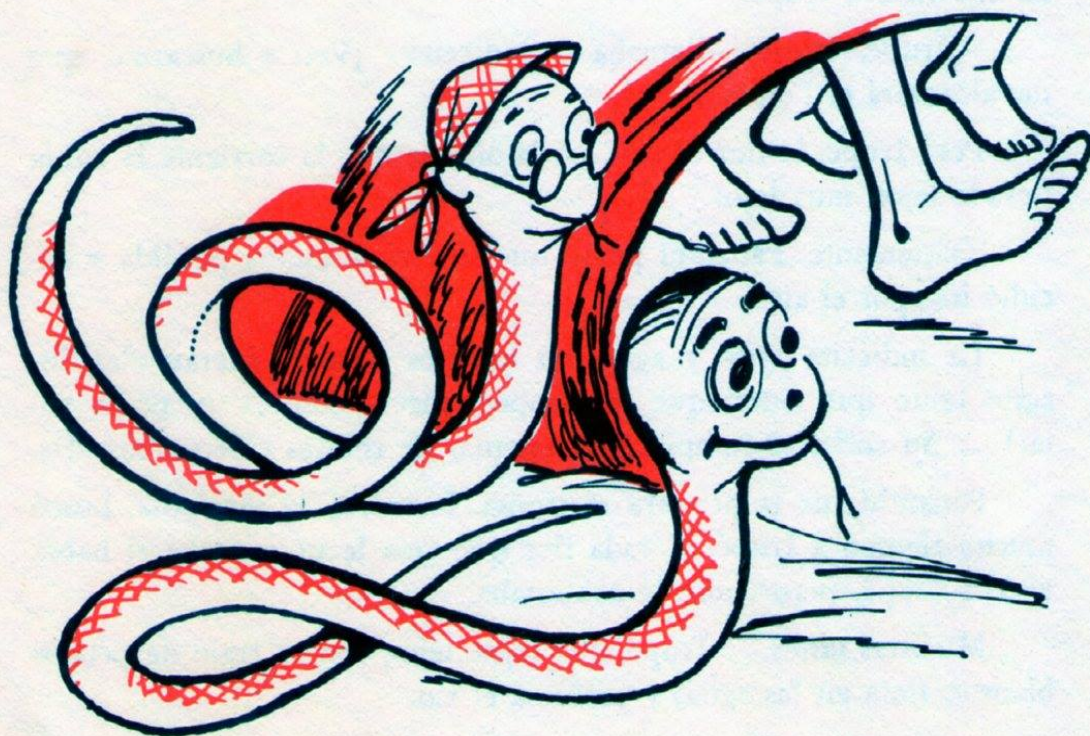
(Leyenda araucana: sur argentino)

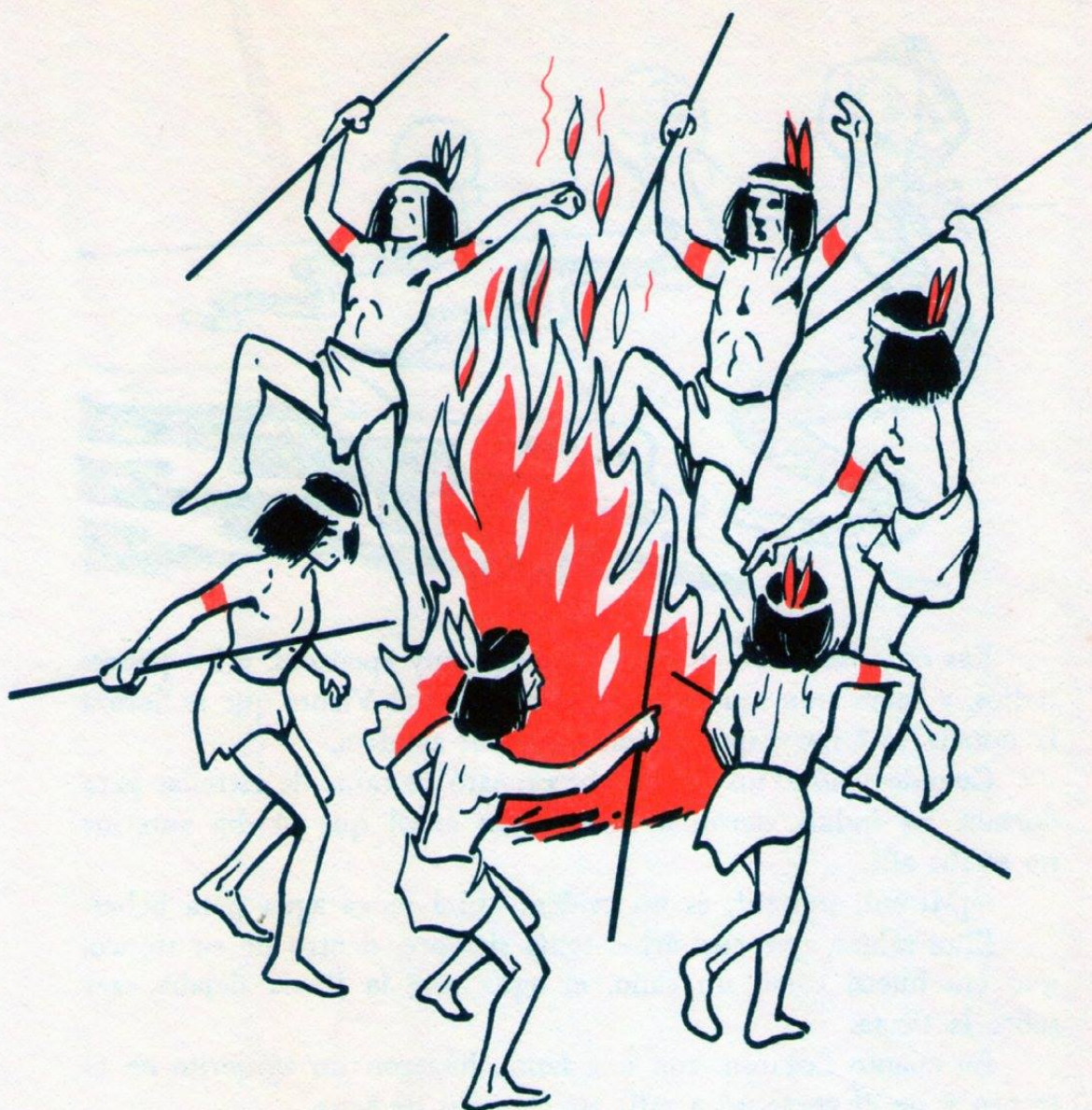
AUTORA

Cecilia T. Pedroni de Uteda

—¡Qué es eso!, ¡qué es eso! —silbaban las víboras curiosas asomadas al agujero de sus cuevas, mientras veían pasar a los indios que regresaban de una batalla con otra tribu enemiga.

—¿Qué dicen? —preguntó mamá víbora, terminando de revolver con su lengua, el dulce de colitas de ratones que estaba haciendo para sus hijas.





—Son indios, y muchos de ellos están heridos. Piden agua —le contestó papá víbora mientras se lustraba el colmillo.

—¿Agua? —preguntó la abuela víbora—, si por aquí no hay. Arena sí, toda la que quieran, ¡pero agua!...

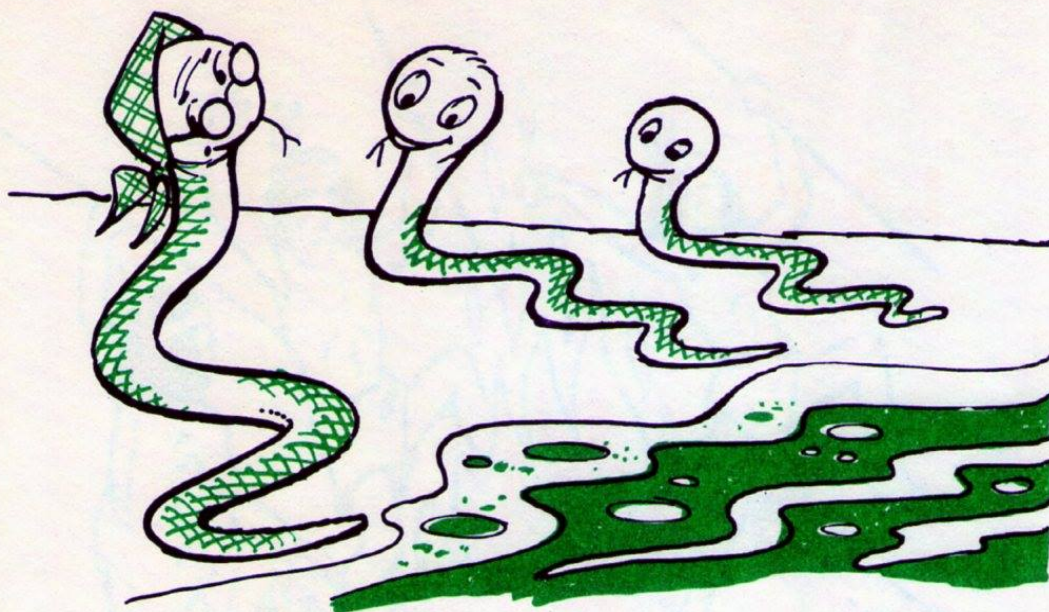
—¡Aaaagua! —pedían los indios heridos, cansados y sin poder casi caminar.

—¡Ya vamos a encontrar! —contestaban los que los ayudaban a seguir adelante.

Pero ya no pudieron más; el sol no dejaba de calentar la arena, y el agua no aparecía por ningún lado.

—Paremos aquí —dijo por fin el Brujo de la tribu, pediremos al Gran Espíritu que nos ayude.

Así lo hicieron, acostaron a los heridos, y los guerreros sanos, comenzaron a bailar alrededor de un gran fuego.



Las estrellas desde el cielo miraban, muy apenadas, a los pobres indios, y como eran muy buenas, le pidieron al Viento que le llevara la noticia al Gran Espíritu, para que los ayudara.

Cuando salió el sol y la Noche preparó su cama de estrellas para dormir, los indios vieron a lo lejos un árbol que el día anterior no estaba allí.

—¡Miren!, ¡miren!, es un caldén, quizá tenga agua para beber.

Ellos sabían que este árbol tenía siempre, dentro de su tronco, que era hueco como un caño, el agua que la lluvia dejaba caer sobre la tierra.

En cuanto llegaron, con una lanza, hicieron un agujerito en el tronco y de él comenzó a salir un chorrillo de agua.

—¡Agua!, ¡agua! —gritaban contentísimos los indios y bebieron, lavaron y curaron las heridas de los guerreros. Después se arrodillaron y apoyando la cabeza sobre la arena, dieron gracias al Gran Espíritu por la ayuda que les había dado.

—¡Mamá!, ¡papá! —gritaban las viboritas asustadas.

—¡Está lloviendo! —dijo la más pequeña.

—¡No! —gritó la abuela—. No es lluvia, es el caldén que no ha dejado de tirar agua y agua, durante todo el día y toda la noche.

—¡Pronto! —silbó papá víbora bastante enojado—. Tenemos que cambiar de casa.

Y se mudaron muy a tiempo, porque en ese mismo lugar se formó una gran laguna, que los indios, agradecidos, llamaron: “La Laguna del Caldén Solitario” (*).

(*) Hoy llamada “Laguna del Valle Argentino”.

LA HIJA DE LLASTAY

(Cuento del noroeste argentino)

AUTORA

Yalí

Una vez, persiguiendo un guanaco, un changuito se perdió en la montaña. El changuito y su perro seguían al guanaco trepando por las rocas, pasando entre los cardones altos, atravesando los arroyitos frescos de la montaña. Y el chango, que nunca había visto un guanaco igual, le decía a su perrito:

—Ya está cerquita, cerquita, no se nos va a escapar...

Pero sin saber cómo, cuando estaban cerquita, el guanaco desaparecía y aparecía mucho más allá.



Así anduvieron mucho tiempo dando vueltas por la montaña, el guanaco delante y el chango y su perrito detrás, hasta que pasando por un caminito angosto el guanaco desapareció, y con el guanaco desapareció el perrito, y el chango no los vio más.

Cuando el chango se quedó solo, el silencio de la montaña se volvió profundo, profundo, y el sol pareció calentar las piedras más y más. Entonces, el changuito perdido tuvo miedo, y le preguntó a las rocas y a los cardones altos:

—Cardones y rocas, el camino de vuelta, ¿dónde está?

Pero las rocas y los cardones altos no le quisieron contestar.

El changuito, asustado, siguió andando y andando por la montaña. Y además de miedo sintió sed, y le dijo al arroyito:

—Dame un poco de agua, arroyo, por favor.

Pero el arroyo escondió el agua entre las piedras y el changuito no la pudo beber.

Solo y sediento, el changuito perdido se sentó en una piedra y se puso a llorar. Llorando, pensaba en su perrito perdido y también en el camino que no podía encontrar, y tanto lloró, que a fuerza de llorar se quedó dormido.

Y pasó una hora y pasaron dos. Y el silencio se hizo todavía más profundo y las piedras quemaban bajo el sol cuando el changuito se despertó. Y al abrir los ojos, vio con asombro que una hermosa joven de ojos oscuros estaba a su lado.

La joven lo miró dulcemente y le dijo:





—Sígueme.

El changuito obedeció, aunque le costaba mucho seguir a la joven, que saltaba de una roca a otra roca como una vicuña.

Al fin, después de mucho andar y andar, la hermosa joven y el changuito perdido llegaron a un valle escondido en la montaña, lleno de verdes pastos y atravesado por un fresco arroyo.

Allí, en el valle escondido, estaba la casa de Llastay, el dios de los guanacos y las vicuñas.

La joven llevó al chango ante Llastay.

—¿Por qué persigues mis guanacos y mis vicuñas? —dijo el dios— Prométeme que nunca más tratarás de atraparlos.

El changuito prometió respetar los animalitos de Llastay y entonces Llastay le devolvió su perro y le dijo:

—Quédate en el valle y te daré por esposa a mi hija de ojos oscuros.

El changuito se quedó en el valle, y por muchos meses fue feliz.

La hija de Llastay le tejió un ponchito de lana de vicuña y le dio un hermoso hijito de ojos oscuros.

Sí, por algún tiempo el changuito fue feliz con su hijito y con su esposa en el valle de Llastay. Pero un día sintió deseos de volver a correr con su perro por la montaña, detrás de las vicuñas y los guanacos.





—Me iré a cazar —dijo.

—No debes perseguir los guanacos y las vicuñas —le rogó la hija de Llastay—, se lo prometiste a mi padre.

El changuito la escuchó una vez y la escuchó otra vez más.

Pero una mañana le dijo:

—Esta mañana me voy a cazar.

La hija de Llastay lo tomó del ponchito para detenerlo, y entonces el changuito levantó la mano y la golpeó en la cara.

Llastay, el dios de las vicuñas y los guanacos, enojado, hizo que el changuito se durmiera.

Y el changuito durmió una hora y otra hora más, y cuando se despertó se encontró solo.

Llamó a su hijito de ojos oscuros y llamó a su esposa. Pero nadie le contestó. Entonces, salió de su casita y vio cómo una hermosa vicuña se alejaba seguida de su vicuñita y se perdió en los cerros.

El chango reconoció en los dulces animalitos a su esposa y a su hijito y comprendió que ya no los vería nunca más.

Llastay, el dios de los guanacos y las vicuñas, lo había castigado.

LOS RATONES DE FRAY MARTIN

(Cuento peruano)

AUTOR

Ricardo Palma

Hace muchos años vivía en Lima, Perú, Fray Martín de Porres, que desde niño fue siempre obediente, respetuoso y muy bondadoso.

Un día aparecieron en el convento donde vivía Fray Martín, una gran familia de ratones que molestaban constantemente a los buenos frailes que allí vivían. Cansados los frailes con la invasión de ratones, inventaron diversas trampas para cazarlos, lo que rara vez lograban. Fray Martín puso también una ratonera, y un ratonzuelo atrevido, atraído por el olorillo del queso, se dejó atrapar en ella.





Fray Martín lo libertó y colocándolo en la palma de su mano le dijo:

—Váyase, ratoncito, y diga a sus compañeros que no molesten a nadie: que se vayan a vivir a la huerta, que yo los cuidaré y les llevaré alimentos con cariño.

En el convento vivían, además, un perrito negro, llamado Colita, y un gato blanco, llamado Michín. Ambos eran buenos amigos, pues Fray Martín les había enseñado a ser buenos compañeros.

Estaban una tarde comiendo tranquilamente cuando Colita gruñó y Michín maulló. Era que un ratón había asomado el hocico fuera de su agujero.

Cuando Fray Martín lo vio llamó al perro y al gato y les dijo:

—Todos deben ser amigos y buenos compañeros, compartan su comida y vivan en santa paz.

Y desde ese día en el convento reinó la alegría, la paz y el amor entre todos los animales, gracias al bondadoso Fray Martín.

EL LORO PELADO

(Cuento folklórico argentino)

AUTORA

Cecilia T. Pedroni de Uteda

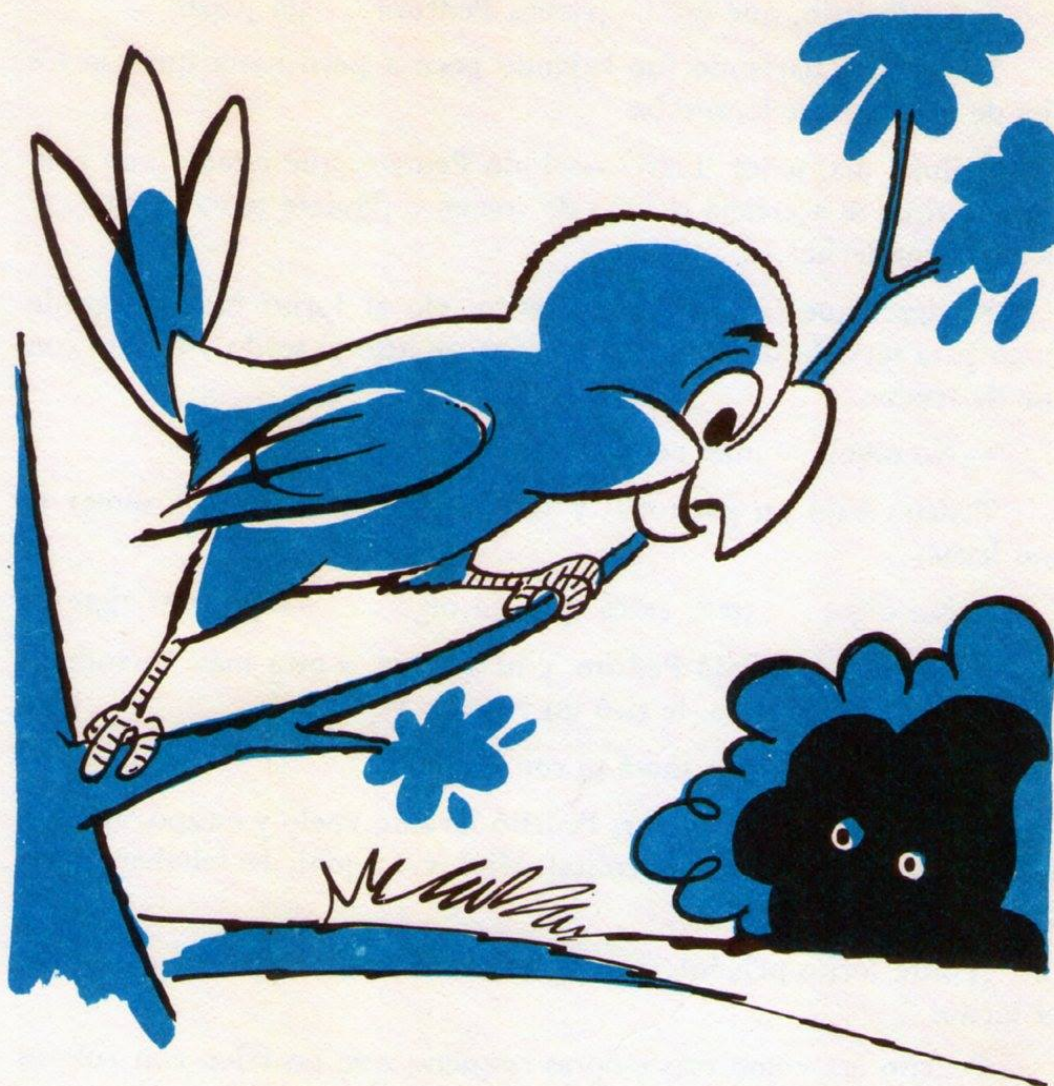
—¡Buen día, lorito! ¡rica papa! ¡la papa para Pedrito!

Así todo el día, el loro Pedrito volaba de aquí para allá, se paraba en el hombro de los chicos o los peones y les hacía cosquillas en las orejas con el pico.

—¡Callate, Pedrito, ya me mareaste con tanto grito, dentro de un ratito va a estar la papa! —así le contestaba la cocinera de la estancia, que estaba muy ocupada sacando las galletitas del horno.

Y a las cinco de la tarde: ¡ZUMMMM! como un avión a chorro entraba Pedrito por la ventana del comedor y tomaba su rica taza





de té con leche y pan mojado. ¡Cómo le gustaba! Los chicos reían como locos de las ocurrencias de Pedrito: se limpiaba las patas en el mantel, con el pico lleno de leche le revolvía el cabello al más pequeño, le sacaba las tostadas con dulce de la mano a la mamá.

Hoy, Pedrito estaba muy enojado, parado en una sola pata metía el pico debajo de un ala y hablaba muy bajito, para que nadie lo oyera. ¿Qué pasaba?: Llovía y no había podido salir a dar su paseo por los naranjos y eucaliptos del lugar. Algo calentito sintió en su alita, miró y vio un rayito de sol, después asomó otro, y otro más, y por fin allí estaba el sol, que con su cara de huevo frito lo invitaba a salir.

—¡Lindo día!. ¡la papa, Pedrito! ¡la patita, Pedrito! —y salió gritando y volando de rama en rama y de árbol en árbol.

Estaba descansando en una rama alta, cuando al mirar hacia abajo vio dos luces amarillas.

— ¡Pedrito, qué es! ¡vamos Pedrito! ¡la papal

Diciendo y haciendo fue bajando poco a poco hasta que vio los ojos de un tigre que lo miraba.

— ¡Buen día, señor Tigre! —saludó Pedrito, que estaba muy contento porque se acercaba la hora de comer—. ¡Quiere té con leche! ¡Rico té con leche!.

El tigre, que tenía mucho apetito, vio al lorito bastante gordo como para servirlo de postre en su cena, se hizo el sordo y le dijo con voz de trueno:

— ¡No oigo! ¡más cerca que no oigo! .

Pedrito bajó un poco más y volvió a invitar al tigre a tomar té con leche.

— ¡No oigo! . ¡más cerca que no oigo! —repitió el tigre.

Otra rama más bajó Pedrito, y luego otra, y otra más. Cuando el tigre lo tuvo bien cerca, le tiró un zarpazo y le gritó:

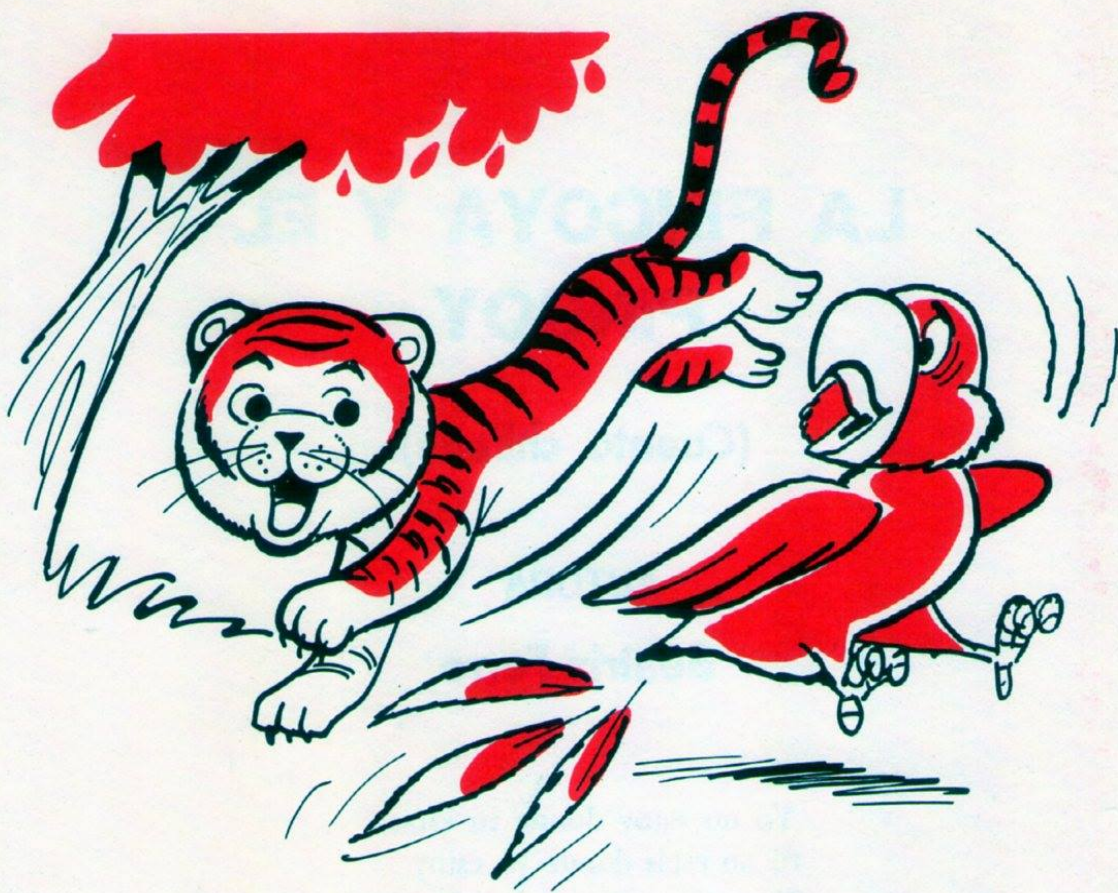
—Tomá loro zonzo, tomá té con leche.

Pero no lo pudo alcanzar, Pedrito levantó vuelo y escapó, aunque algo le pasaba, ¡le dolía la colita! Miró y ¡oh!, le faltaban todas las plumas.

¡Pobre lorito pelado! ¡sin colita el lorito! . ¡sin té con leche el lorito!

Pedrito era como esas señoras coquetas que no salen con rulos





puestos en la cabeza, así que se escondió hasta que le crecieron las plumas.

—¡Pedrito, Pedrito! ¿Dónde estás? —llamaban los chicos.

—Pedrito, ¡el té con leche! —le decía la cocinera

Pedrito no aparecía, seguía escondido, mirando de tanto en tanto su cola, para ver si le crecían las plumas.

Esperó varios días y una mañana su cola apareció llena de plumas verdes y brillantes: ¡le habían salido, por fin!

A las cinco de la tarde: ¡ZUMMMM! otra vez el avión a chorro. .

—¡Es Pedrito! ¡Ha vuelto Pedrito! —gritaban todos muy contentos.

Aquí no termina nuestra historia. Pedrito contó todo lo que le había pasado, acompañó a los peones hasta donde estaba el tigre, y éstos de un tiro le sacaron la cola, mientras el lorito, muy contento, le gritaba:

—¡La papa, señor Tigre! . ¿quiere té con leche? ¡rico té con leche, tigre sin cola!

Desde ese día, los tigres dicen que el loro de postre les cae muy indigesto. ¿Será cierto?

LA PINCOYA Y EL PINCOY

(Cuento chileno)

AUTORA

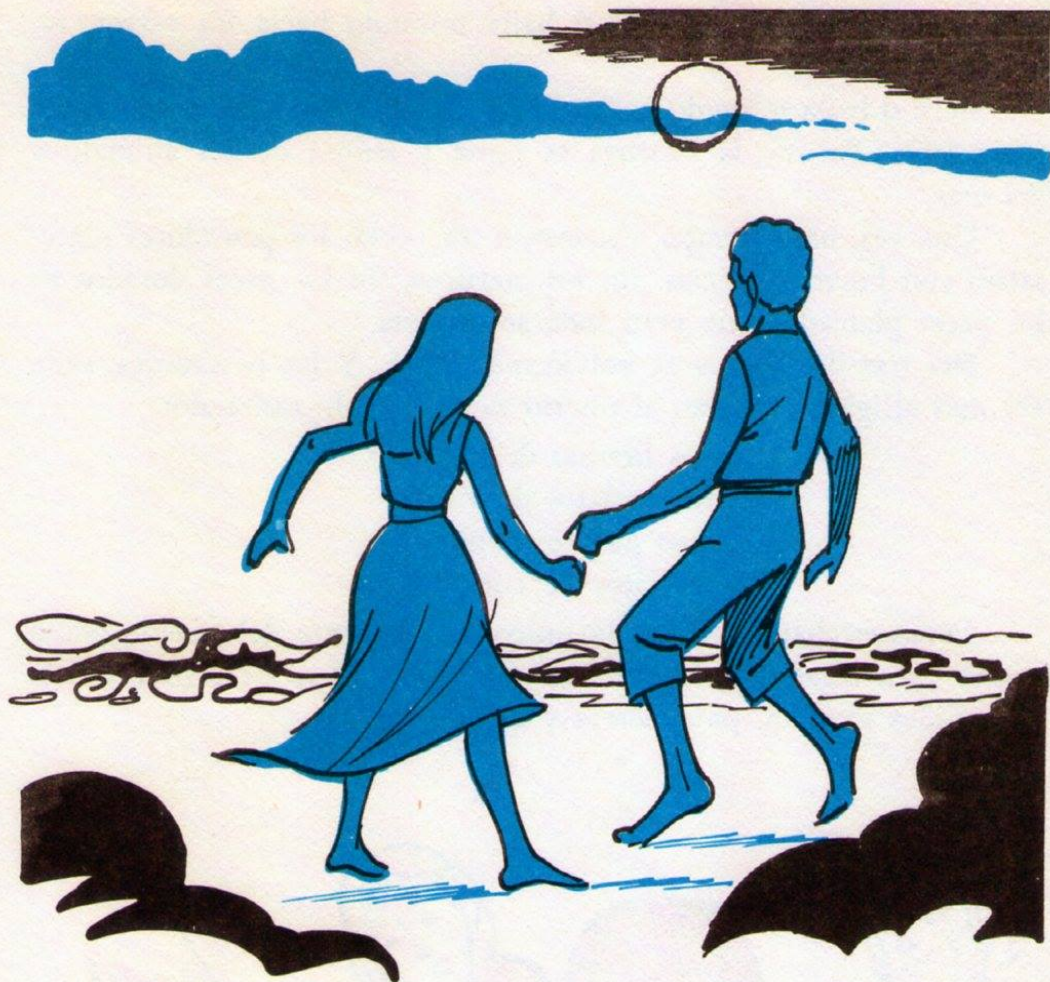
Beatriz Ferro

Yo no estoy donde tú estás,
tú no estás donde yo estoy.
Vengo a contarte la historia
de Pincoya y de Pincoy.

¿Quién ha visto a la Pincoya?

—¡Yo, yo! —Contestan unas vocesitas llenas de burbujas. Son los peces que la han visto con sus propios ojos. Por algo los pescadores cantan:





Si la buscas no la encuentras,
si la miras no la ves.
Sólo la verás si tienes
redondos ojos de pez.

¿Alguien más conoce a la Pincoya?

—¡Yo, yo! —Contesta Nicasio, un muchachito pescador.

Aunque él jamás la vio, sabe cómo es gracias a los cuentos del abuelo, un viejo pescador con ojos de pez.

Sabe que la Pincoya es una mujer muy bella . Que vive con su marido, el Pincoy, entre las rocas de las playas solitarias. Que en noches de luna, los dos salen a divertirse, corriendo y chapoteando por la orilla del mar.

El pelo rojizo de la Pincoya, largo y suelto, reluce a la luz de la luna, lo mismo que su falda, adornada con trocitos de nácar. Y su cara resplandece de alegría.

Los Pincoyes se detienen de pronto. El marido se sienta en la arena y entona una canción muy dulce y melodiosa. Entonces ella



Hasta que, un día, Nicasio, el muchachito pescador, se dio cuenta de una cosa:

—¡Hay que invitar a los Pincoyes! Hay que salir en bote a llamarlos. Ellos son los únicos que saben atraer a los peces.

—Eso no puede ser —le contestó el abuelo. Todos los pescadores están tristes y afligidos, y a los Pincoyes no les gusta la gente triste. ¡Al ver esas caras escaparán más lejos!

Entonces Nicasio tuvo una idea: que las personas mayores se quedaran en sus casas. Iría él, con sus amigos y amigas, a llamar, a los Pincoyes.

Esa misma tarde, Nicasio y sus amigos se reunieron en la playa, se embarcaron en los botes y se alejaron del pueblo cantando:

Vuelvo con la luna llena,
no me busques pues no estoy.
Quiero invitar a bailar
a Pincoya y a Pincoy.

Navegaron contentos, riendo por cualquier cosa. Y desembarcaron en una playa muy lejana y solitaria, donde siguieron jugando, recovecos de las grutas más apartadas hasta los oídos de Pincoya bailando y cantando. El viento llevó sus voces muy lejos, hasta los y de Pincoy.

—¡Escucha! —dijo Pincoya a su marido—. Son los jovencitos que vienen a invitarnos.

Esa noche, cuando los niños ya estaban cada uno en su casa dormidos y arropaditos, los Pincoyes respondieron a la invitación y corrieron a la playa: a cantar, a saltar y bailar a la luz de la Luna.

El mar, como siempre, borró las huellas de sus pies.

Pero, al día siguiente, los pescadores que salieron a probar suerte en el mar, regresaron felices como nunca, cargando cestos repletos de peces y mariscos. Señal de que a Pincoya le encanta que vayan a buscarla con alegría.

Desde entonces, cuando escasea la pesca, los pescadores en vez de lamentarse hacen como Nicasio y sus amigos: van a invitar a la Pincoya con cantos, juegos y risas.





Camaroncito me das,
almejita yo te doy:
lo dejaron de recuerdo
la Pincoya y el Pincoy.
Esta canción la aprendí,
de Pincoya y de Pincoy:
No dejes para mañana
lo que puedas CANTAR hoy.
Yo estuve donde tú estás,
estuve pero me voy.
Ya te conté quiénes son
la Pincoya y el Pincoy.

EL ISONDU

**(Leyenda guaraní:
Paraguay y nordeste argentino)**

AUTORA

Yalí

Isondú era el indio más hermoso de la tribu, y también el más hábil y el más valeroso.

Nadie remaba en la canoa como él, ni nadie podía arrojar tan lejos sus flechas. Cuando los jóvenes de la tribu volvían con el botín de caza, era Isondú quien traía la piel del salvaje yagareté, y las plumas de los pájaros más extraños y preciosos.

Cuando la tribu luchaba contra otra tribu, el enemigo temía más que a todos a Isondú. Y los ancianos y las doncellas estaban tranquilos, porque sabían que Isondú los protegía.

Después, en la fiesta de la victoria, era a Isondú a quien el jefe de la tribu llamaba a su lado.

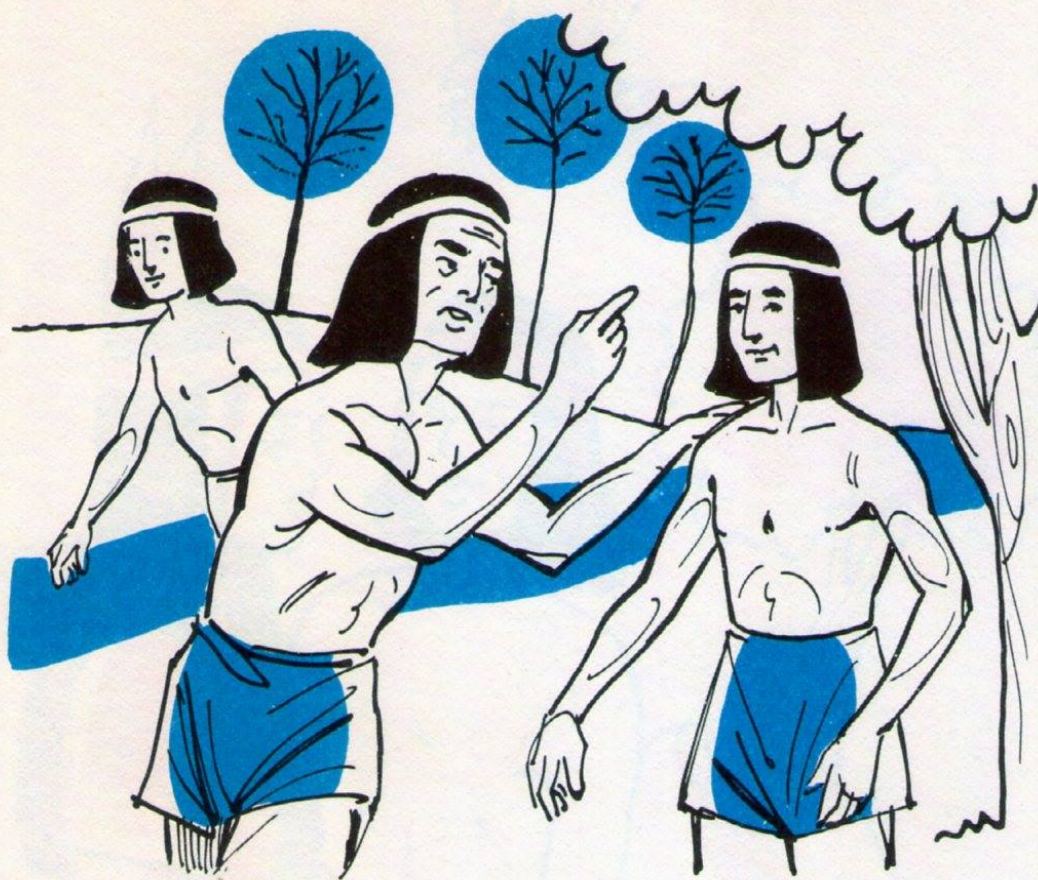
Y a Isondú a quien la dulce y bella hija del jefe había dado su corazón. Pero aunque Isondú era generoso y bueno, y del botín de caza nada guardaba para sí, y respetaba a los ancianos de la tribu y enseñaba a luchar a los indiecitos, no todos lo querían.

Muchos indios jóvenes se dolían de la belleza de Isondú. Y también se dolían de su bondad, y se dolían de su bravura. Y, por sobre todo, se dolían del amor que la bella hija del jefe sentía por Isondú.

Y más sufrían porque ya faltaba poco tiempo para las bodas de Isondú con la doncella, y las jovencitas de la tribu tejían coronas de flores perfumadas, y las indias viejecitas preparaban dulces con los frutos de la selva.

Una noche, cuando la luna no mostraba la cara y el cielo estaba negro y la selva oscura, despacito, despacito, se reunieron los enemigos de Isondú.





Y hablaron uno a uno. Y dijeron:

—Isondú es demasiado bello.

—Isondú es demasiado valiente.

—Nadie trae piezas de caza como Isondú.

—Nadie como él domina la lanza y las flechas.

—Isondú rema mejor que todos nosotros.

—Isondú es demasiado generoso y bueno.

—Isondú se llevará la doncella más hermosa.

Y después que hablaron uno a uno, dijeron todos juntos:

—¡Isondú debe morir!

Y se escondieron en un oscuro camino de la selva, por donde Isondú debía pasar. A un lado del camino, diez enemigos y uno más. Al otro lado del camino, otros diez enemigos y uno más.

Y todos, con sus lanzas, esperaron a Isondú.

Pero Isondú tardaba en acercarse al camino oscuro. Porque el búho de la noche lo chistó desde su vieja rama y le dijo:

—No sigas, Isondú. Te matarán.

Pero Isondú se rió. Porque su corazón era como una lámpara roja que llenaba de valor la sangre de Isondú.

—No temas, viejo búho —le dijo—, pero te da las gracias Isondú.

E Isondú siguió adelante, hacia donde a cada lado del camino lo esperaban diez enemigos y uno más. Y entonces, la orquídea blanca, que se hamacaba en una rama, le dijo:

—No sigas, Isondú. Te matarán. Y nunca más verás a la dulce doncella que te espera.



Pero Isondú no le hizo caso a la flor, porque su corazón era como una lámpara roja, que llenaba su sangre de amor.

—No tengas miedo, flor. La dulce doncella me esperará.

E Isondú siguió adelante, hacia el camino oscuro, donde lo esperaban sus enemigos con sus lanzas. Y la luna no mostraba la cara, y las sombras colgaban de los árboles del bosque.

Así siguió andando Isondú. Y cuando llegó al camino donde a un lado y a otro lado lo esperaban para matarlo diez guerreros y uno más, sus enemigos levantaron a un tiempo las lanzas y las arrojaron contra Isondú.

Pero por cada herida que abrieron las lanzas, sus enemigos, llenos de asombro, no vieron brotar sangre, sino un chorro de luz. Veintidós chorros de luz, como rayos de luna, surgieron de la carne de Isondú. Y también vieron los veintidós indios traidores, inmóviles de terror, cómo una luz muy grande y muy roja iluminaba la cabeza de Isondú.

Era la lámpara roja de su corazón, la que llenaba su sangre de valor y amor, que se había vuelto luz.





Los guerreros, temerosos y llenos de vergüenza, huyeron. Y el dios de la selva dejó para siempre a Isondú convertido en gusano de luz.

Así, en la noche, el Isondú es como una joya que se mueve en la selva. En cada costado lleva once brillantes chorros de luz, y sobre la cabeza, como una piedra preciosa, la lámpara roja que fue el corazón de Isondú.

La leyenda no lo dice, pero todos saben que la hija del jefe no abandonó a Isondú. Desapareció en la selva y allí vaga todavía, llevando entre los cabellos la joya más luminosa del bosque, el Isondú.

LOS TEROS

(Leyenda del centro argentino)

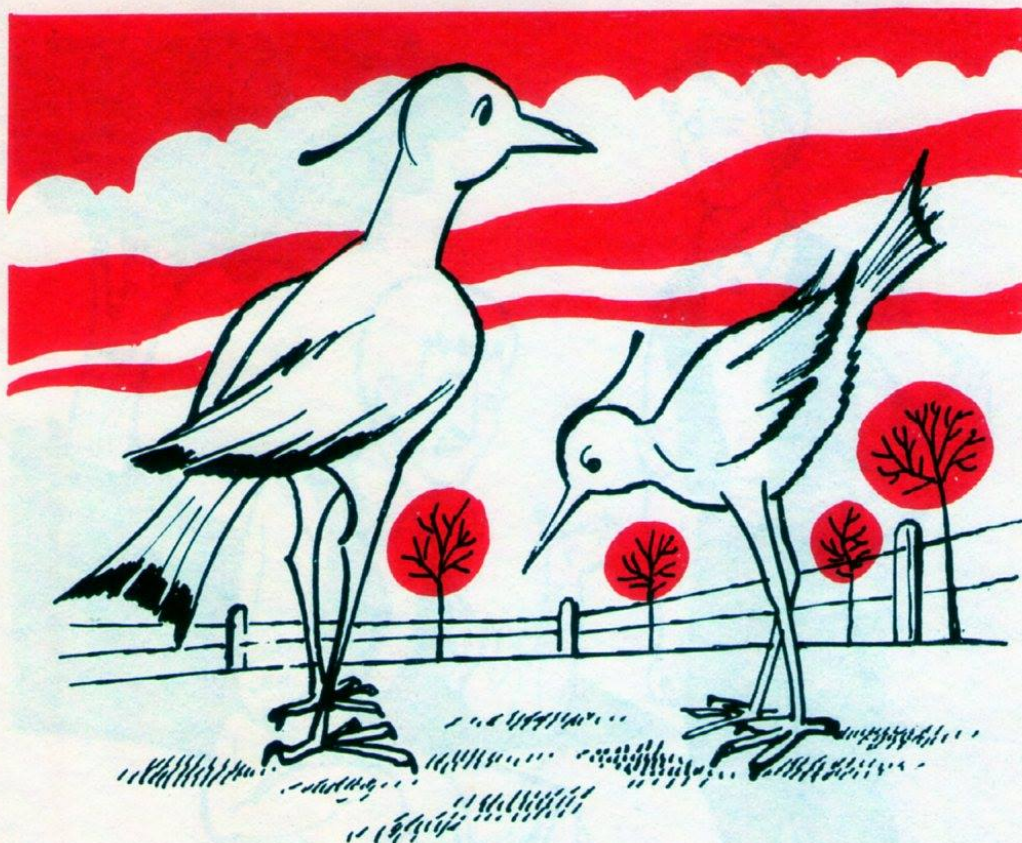
AUTORA

Malena

Juan y Pedro eran dos hermanos, hijos de una familia muy acaudalada, de la provincia de San Luis. Los jóvenes tenían unos padres muy buenos, quienes los colmaban de gustos. Ellos no pensaban en otra cosa que no fuera divertirse y comprar cuanto deseaban, a pesar de que siempre eran aconsejados por sus padres. Nunca se interesaban por las faenas del campo, aun sabiendo que en el futuro serían ellos los que se encargarían de estar al frente de las tierras.

Cierto día, los padres de los muchachos emprendieron un viaje a otra provincia; en el transcurso tienen un grave accidente y mueren.





tumbraban a lucir en las fiestas a que asistían. Ahora, la vida se les hace dura, el miedo los hace desconfiar de todo, entonces rodean el lugar donde viven con alambre de púas. Las noches parecen largas y en ellas los dos hermanos lloran la desgracia de estar en la miseria.

Un día, un amigo que hacía tiempo que no los veía, averigua el lugar donde se encuentran y decide visitarlos. Llega al lugar y encuentra una vivienda muy pobre y abandonada, busca a los jóvenes, pero en el lugar sólo encuentra dos aves muy elegantes, que la gente de los alrededores llama teros.

El aspecto elegante de los teros recuerda a aquellos jóvenes adinerados; los ojos son rojos, por el llanto derramado al no haber sido previsores. El pecho blanco y negro, recuerda la camisa y el chaleco, que fue lo único que no llegaron a vender, y las púas en sus alas, que usan para defenderse, recuerdan el cerco de púas que hicieron para que nadie los molestara.

Los teros, aves escurridizas, gritan su teru-teru al volar y andar por nuestros campos.

LA LEYENDA DEL TIMBO

(Cuento uruguayo)

AUTORA

Adela Marziali

El timbó es un árbol corpulento, de copa grande, abierta como sombrilla.

En el Uruguay no es tan común como el ceibo, el jacarandá o el paraíso; pero por su belleza y abundante sombra se lo encuentra en parques, plazas y paseos. Se lo conoce vulgarmente con el nombre de "oreja de negro", dada la curiosa forma de su semilla, una baya leñora y oscura que tiene exactamente la forma de una oreja humana.

Crece también, y con mayor profusión, en el Brasil y en el Paraguay.



Los guaraníes lo llaman “cambá-nambí” (cambá significa negro y nambí oreja).

Y quizá por esta característica se cuenta de él la siguiente leyenda:

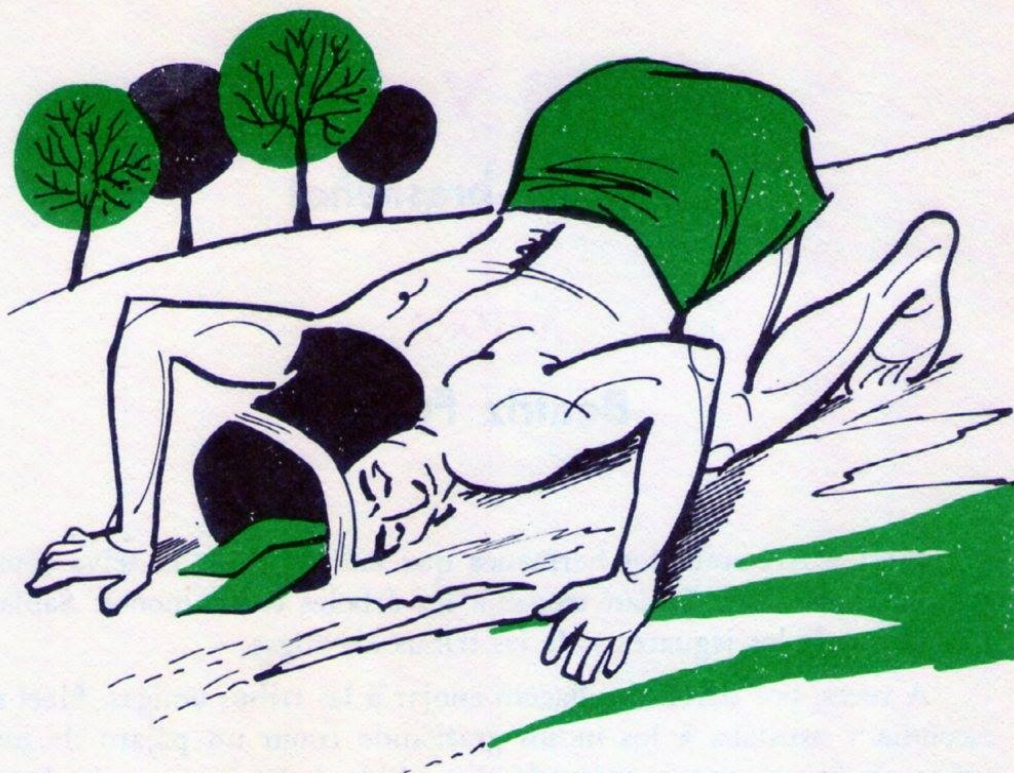
Timbó era un cacique de una tribu que tenía una hija bellísima, querida y admirada por todos.

Cuando la jovencita llegó a los quince años se enamoró del hijo del cacique de una tribu vecina. Las leyes de los indios no permitían tal casamiento, pues para conservar la pureza de la raza los jóvenes y las jóvenes debían buscar novio entre los miembros de su tribu.

Pero el amor de los indiecitos fue más poderoso que la ley de sus mayores y resolvieron encontrarse una mañana al amanecer, para unirse en matrimonio ante el sol naciente, que era el dios supremo que ellos adoraban.

El joven hijo del cacique, para huir del castigo de los suyos, se llevó lejos a su bella desposada, por lo que ambos jovencitos desaparecieron de sus respectivas tiendas.





El padre de la joven, desesperado, organizó una expedición para salir en busca de su hija. Y acompañado por numerosos guerreros comenzó una minuciosa búsqueda por bosques, montes y serranías; durante meses y meses cruzaron ríos y arroyos, escalaron cerros, se internaron en las cuevas y las grutas abiertas en las rocas. De tanto en tanto, el cacique se echaba al suelo y apoyaba una oreja en la tierra para escuchar si la misma le acercaba el ruido de las pisadas de la pareja.

Así, la búsqueda se prolongó durante todo el verano y el otoño.

Con los primeros fríos, los guerreros trataron de convencer al cacique de que desistiera de su intento. Pero él les ordenó que regresaran solos a las tolдерías, pues era su propósito continuar en su búsqueda hasta el fin. Pasado el invierno, los guerreros salieron nuevamente en busca del cacique.

Tras mucho andar, lo hallaron muerto, y al intentar levantarlo comprobaron que una de sus orejas había echado raíces en la tierra.

Y de ella creció un árbol que llamaron timbó y que recuerda con sus curiosas bayas al cacique que se dejó morir con su oreja pegada al suelo, esperando en vano oír acercarse los pasos de su hija amada.

MERI Y ARI

(Cuento brasileño)

AUTORA

Beatriz Ferro

Meri y Ari eran dos hermanos que andaban por la selva como Perico por su casa. Sabían trepar a los árboles como monos. Sabían defenderse de los jaguares y de las tribus enemigas.

A veces, por diversión, hacían enojar a las tribus amigas. Meri se escondía y asustaba a los indios graznando como un pájaro de mal agüero. Y Ari, el menor, imitando el zumbido de los insectos picadores.

Un día Meri y Ari fueron al río a beber, pero lo hallaron seco. Al ver que escaseaba el agua, sintieron más sed que antes.

Los hermanos sabían que los karawoe, unas aves acuáticas, siempre guardaban agua en su cabaña, y allá fueron.

Los karawoe tenían cántaros enormes, llenos hasta el borde.

Meri y Ari pidieron permiso a las aves dueñas de casa y se fueron derecho a los cántaros.

—Cuidado hijitos, que esos cántaros son muy pesados— les advirtió un viejo karawoe.

—Son pesados y pueden caerse —dijo otro.

Pero Meri y Ari no les prestaron atención. Cada uno tomó un cántaro, y estaban bebiendo a sus anchas cuando, de pronto, los cántaros se les resbalaron de las manos y cayeron, haciéndose mil pedazos.

Meri y Ari, asustadísimos, echaron a correr.

Las aves detrás, que más que correr volaban, pronto les dieron alcance.

—Hijos míos, vuelvan a la cabaña —les ordenó el karawoe más anciano. Meri y Ari obedecieron.



—Hijos míos, póngase cómodos.

Los hermanos se sentaron a esperar la reprimenda.

Meri estaba rojo de vergüenza; Ari, pálido de susto.

—¡Qué calor hace! —exclamó el viejo karawoe.

—Es este Meri que, al ponerse rojo como brasa, ha producido mucho calor —dijo otro.

Los karawoe sacaron entonces sus abanicos y empezaron a abanicarse.

—¡No hagan tanto viento! —dijo Meri

—¡Y tú no produzcas tanto calor!— le contestaron.

La familia en pleno de los karawoe formó entonces un círculo alrededor de Meri y Ari. Estaban desde el más anciano hasta los más jovencitos, con padres, madres, primos y tías. Ni siquiera faltaban los parientes lejanos, abanicando todos a más y mejor.

Tanto viento hicieron que Meri y Ari, de repente, empezaron a subir por los aires.

Flotaron en dirección a la puerta de la cabaña, salieron fuera y siguieron elevándose.

Los karawoe, abanicando sin cesar, hicieron que se remontaran más y más alto.

—Ya basta. Yo me canso —rezongó una tía karawoe.

—Sigue —le ordenó el más anciano—. Todavía no es bastante.

Meri y Ari flotaron sobre las copas de los árboles más altos y continuaron subiendo.





Allá se iban, Meri muy rojo y Ari paliducho.

Cuando sobrepasaron los picos más elevados de la tierra y atravesaron las nubes más altas, cuando llegaron al mismo cielo, los karawoe dejaron de abanicar.

Entonces, el más anciano de la familia les gritó:

—Meri y Ari, ya no volverán a vivir sobre esta tierra. Ahora tienen una casa inmensa que es el espacio. Meri será el Sol y Ari la Luna. Los hombres van a quererlos porque ustedes alumbrarán la tierra día y noche.

No bien dijo esas palabras, la claridad tenue que hasta entonces iluminaba la Tierra se juntó toda alrededor de Meri, que empezó a brillar despidiendo magníficos rayos.

Al llegar la noche, se lo vio a Ari esparciendo una luz suave, que invitaba al descanso.

Los indios bororos, que relatan la historia de Meri y Ari, deben haberla aprendido de sus tatarabuelos. Porque se dice que sus tatarabuelos no fueron hombres, sino aves acuáticas, nada menos que karawoe.

Con razón los bororos se llaman a sí mismos meri barigudu, que en su lengua quiere decir “el Sol que hicimos subir”

EL NACIMIENTO

(Cuento peruano)

AUTORA

Carlota Carbalho de Núñez

—La señora María me debe mucho dinero y es preciso que vayas a cobrarlo —dijo la mujer—. De otro modo no podremos comprar nada para la cena de esta noche.

—Pronto va a oscurecer, ¡y me da tanto miedo andar sola! —repuso la niña.

—¡Ve ahora mismo, no me repliques!

—¡No conozco el camino!

—Has ido otras veces a su casa. Vive a la salida del pueblo.

Lena salió de mala gana.

Mientras tanto la mujer pensaba:

—¿Por qué mi otra hija Ana no tendrá el rostro tan bonito como el de Lena? Todo lo mejor le ha tocado a ella. Pero no dejaré que le quite hoy su ración. Cuando vuelva Lena —si no trae consigo el dinero que me deben—, y esto es lo más probable, tendré un buen pretexto para dejarla sin cenar. Además, estará tan cansada que ni se dará cuenta de que se ha quedado sin pan y que la hemos despojado de sus regalos. ¿Pero acaso tendrá regalos? Sí, tal vez la visitará su madrina y le traerá algún juguete... Pero yo se lo daré a mi hija Anita, antes que la otra lo llegue a sospechar

Lena atravesaba con menudo paso las calles del pueblo. En todas partes se hacían preparativos para celebrar la Navidad. Débiles lámparas brillaban en la casa de los más pobres, a través de puertas y ventanas, alumbrando una mesa en torno de la cual se hallaba toda la familia reunida y se escuchaban las voces y risas de los niños.

De pronto llegó ante una casa aislada, que no recordaba haber



visto anteriormente. En la ventana se hallaba asomada una mujer joven y hermosa.

Tenía la mirada triste y pensativa.

—¡Lena! —la llamó de pronto—. ¿Por qué no vienes a ayudarme? ¡Tengo tanto que hacer...!

—Lo siento, señora. —fue la respuesta— Debo ir a cumplir un encargo de mi madre. Si tardo en volver me castigará.

—Es inútil que emprendas tan larga caminata. No vas a encontrar a la persona que buscas...

Lena vaciló unos instantes, pero luego se despidió de la mujer y prosiguió su camino.

Cuando llegó a las afueras del pueblo llamó inútilmente a la puerta de la mujer a quien debía cobrar el dinero, pues nadie le respondió. Una viejecita que la estaba observando le dijo:

—Esta casa está desocupada. La dueña se mudó hace ya mucho tiempo.

Descorazonada, la pobre niña volvía a su hogar cuando encontró otra vez a la mujer asomada a la ventana.

—¿Y ahora no puedes venir a ayudarme? No necesitas quedarte mucho tiempo.

Entonces la niña accedió. Abrió la puerta, que estaba entornada, y se encontró dentro de una habitación en donde reinaba el más completo desorden.

Un lindo niño lloraba dentro de la cuna.

—¡Por favor! —dijo la joven— Barre la casa, enciende el fuego, muda al niño y lava los pañales. Luego tendrás tu recompensa.

Lena barrió la casa, encendió la cocina, mudó al niño y lavó los pañales.

Cuando hubo terminado, la mujer le dijo:

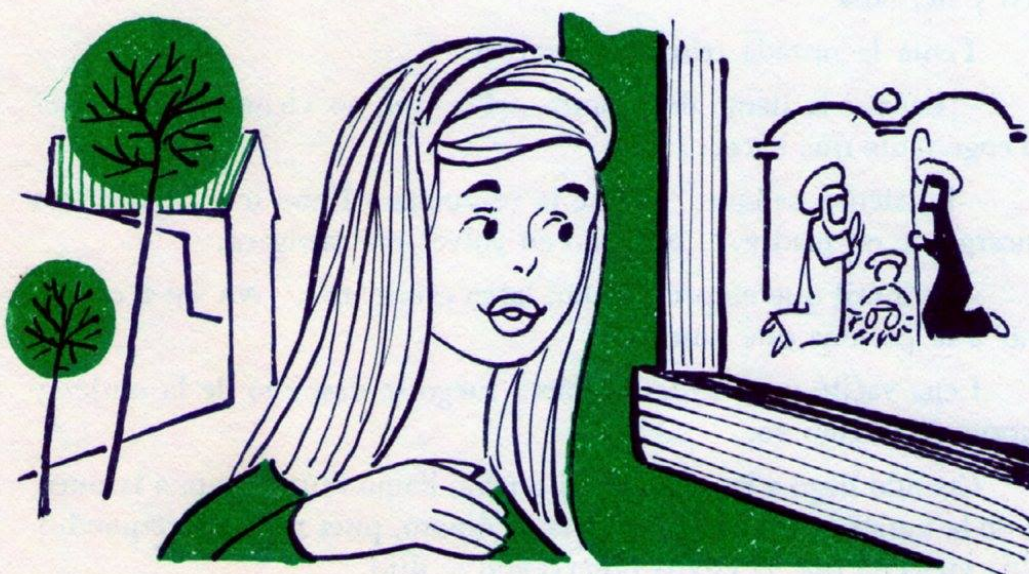
—No puedo recompensarte como mereces, pero guarda uno de los pañales que ha mojado el niño. Te servirá para enjugarte el rostro con él

Lena se despidió de ella y salió de la casa .

—¿Que dirá ahora mi madrastra? —pensaba llena de angustia.

Las lágrimas empezaron a rodar por su mejillas, sin poderlo evitar.

Se enjugó el rostro con el pañal que llevaba aún en la mano. Apenas sus ojos tocaron el húmedo lienzo, todo se transformó : aquella





mujer que se despedía de ella asomada a la ventana y que le había parecido tan pobre y desaliñada, se presentaba ahora a sus ojos como una gran señora y el niño que llevaba en sus brazos tenía el cabello ensortijado y brillaba como si fuese de oro . .

Luego se sorprendió al ver que las viejas y sucias callejuelas del pueblo que había recorrido anteriormente estaban limpias e iluminadas y en los escaparates de las tiendas se exhibían los juguetes más extraordinarios.

Cuando llegó a la puerta de su casa, la madrastra salió a recibirla llena de alegría:

—¿En dónde estabas? ¿Por qué has tardado tanto?

—No he podido cobrar el dinero que te debían —respondió la niña, llena de temor.

—¡No importa! —exclamó la mujer. Ven a la mesa, que he preparado una deliciosa cena de Nochebuena.

La casa vieja y casi derruida se hallaba completamente transformada.

En la mesa alumbrada por muchas luces se veía toda clase de pasteles y golosinas. La niña no podía creer que todo ello fuera verdad.

—¿Cómo se había operado aquel cambio? ¿Por qué su madrastra, que siempre la había tratado tan rudamente, se mostraba ahora tan amable y generosa?

Y su hermana, que siempre la miraba con sus ojos pequeños y malignos, había adquirido esa expresión de alegría y bondad?

Después de la cena quiso lavar como siempre los platos, pero la madrastra le dijo con ternura:

—Debes de estar cansada. Yo lo haré. Vete a acostar.

Y Lena llena de sorpresa se retiró a su habitación para entregarse al sueño. A la mañana siguiente, cuando despertó, repasaba en su imaginación los sucesos de la noche anterior. Se decía que aquella había sido una Nochebuena inolvidable, como no recordaba que hubiera transcurrido otra igual en su vida.

Luego miró los altos muros de la habitación... Allí estaban como siempre viejos y despintados... Por la ventana abierta, escuchaba la voz destemplada de su madrastra y observaba su rostro amargo y desagradable.

Todo volvía a ser como antes. La mujer ordenaba con rudeza que se levantara temprano para encender el fuego. ¿Qué había hecho ella para que todo cambiara nuevamente? Allí estaba su hermana, mirándola con sus ojillos pequeños llenos de envidia.

Entonces recordó que ella había enjugado su rostro con el pañal todavía húmedo, que le había quitado al niño.

—¡Qué pena que todo ha concluido! —se dijo—. ¡Era todo tan hermoso! ¡Aunque fuera sólo una ilusión y no existiera sino dentro de mí!



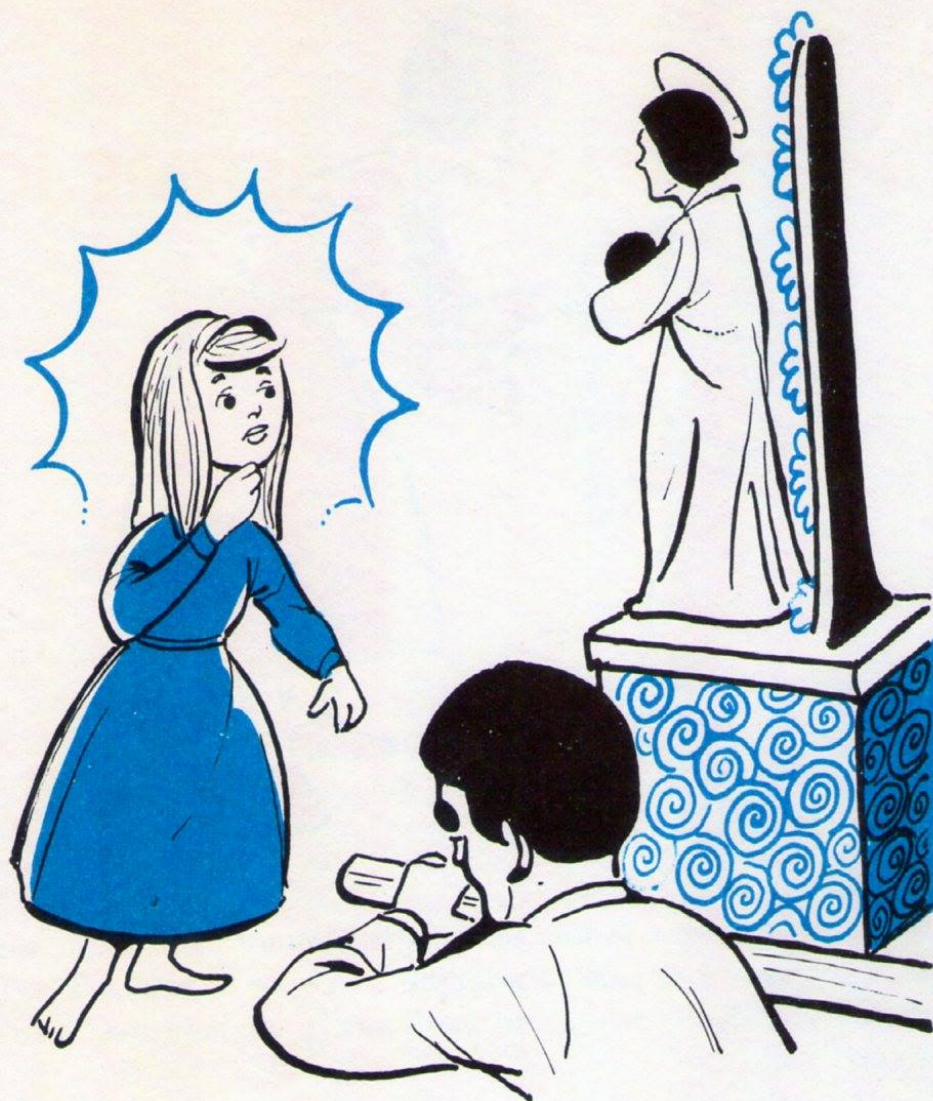


Y resolvió volver a la casa de la buena señora para decirle que quería permanecer a su lado para siempre . O por lo menos le pediría que hiciese algo para que su madrastra y su hermana, fueran buenas otra vez.

Y cuando aquella tarde terminó sus tareas, corrió presurosa a buscarla, y era tanta su ansiedad que el corazón parecía querer salirse del pecho.

Mientras dejaba atrás las casas del pueblo, miró a todos lados, pero no halló lo que buscaba. En el lugar que ella recordaba estuvo la ventana ante la cual había visto asomada a la mujer, sólo se veía un pedazo de tapia derruida. Probablemente restos de alguna antigua casa, que se levantaba allí en épocas pasadas. No le quedaba, pues, otra cosa que volver a su hogar. Enfrentar las iras de su madrastra y las burlas de su hermana, como lo había hecho siempre . .

En el camino le llamó la atención ver mucha gente que se aglomeraba ante la puerta de una capilla. Aquello que despertaba la curiosidad y veneración de todos era un nacimiento que el señor cura había puesto allí con motivo de la Navidad. Estaba rodeado



de pequeños tiestos sembrados de verde trigo, con cerros de cartón en el fondo y pastores que cuidaban a sus ovejas. Cuando estuvo más cerca, pudo contemplar las sagradas imágenes, que eran muy antiguas y se guardaban cuidadosamente durante el resto del año, para que no se estropearan. Sólo quedaban a la vista de los fieles en las festividades de la Navidad y Pascua de Reyes.

Allí estaba San José con su cayado y la Virgen junto al Niño.

Y en ese momento Lenda lanzó una exclamación de asombro, porque había encontrado un extraño parecido entre la hermosa señora asomada a la ventana y la antigua imagen. Y el niño también tenía el mismo rostro de aquel otro con cabellos de oro, cuyos pañales había lavado la noche pasada y habían servido también para enjugarse las lágrimas.

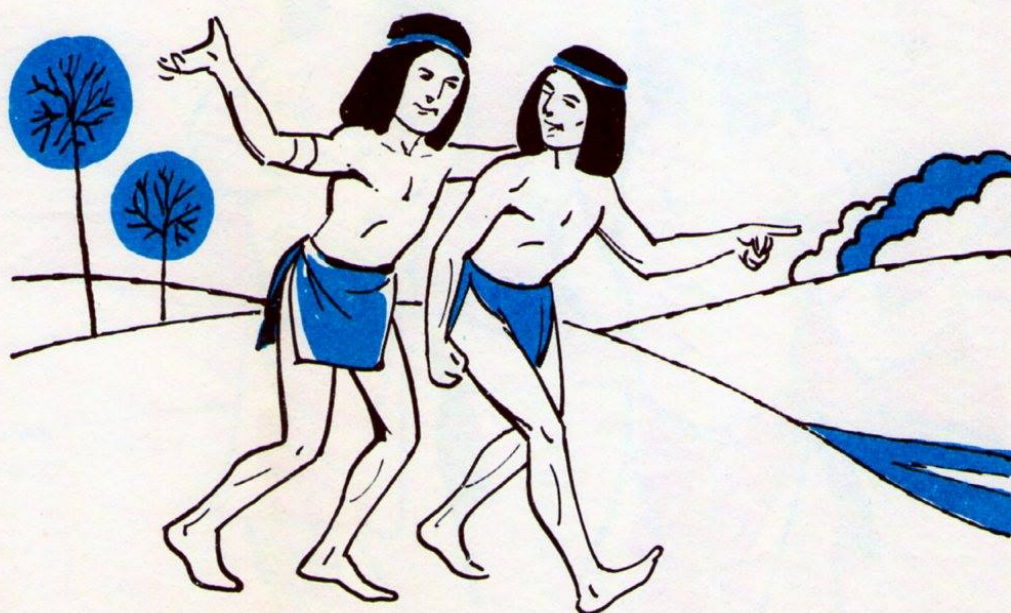
PILCOMAYO Y BERMEJO

(Leyenda del norte argentino)

AUTORA

Malena

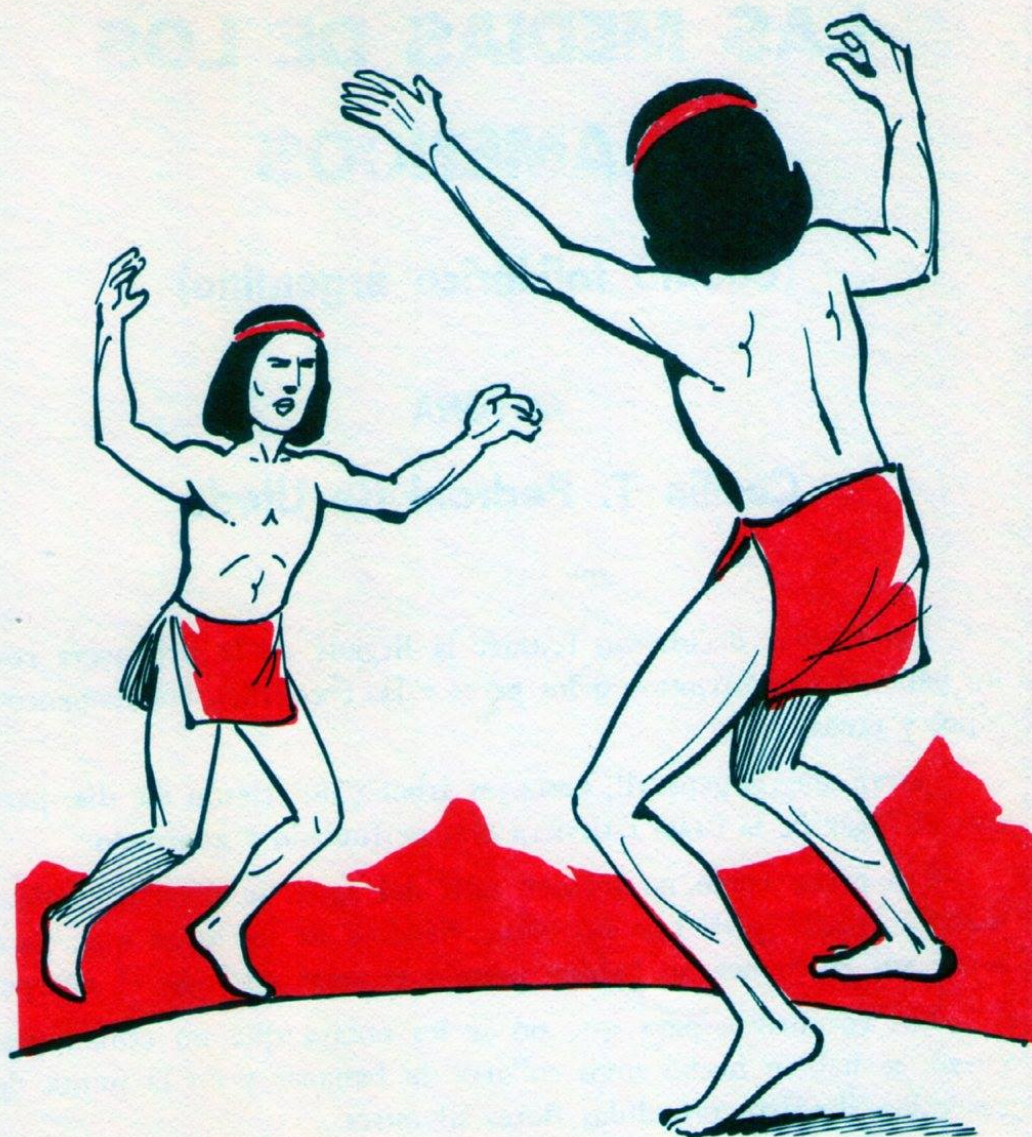
Cuenta la leyenda, que en épocas muy lejanas existían dos hermanos llamados Pilcomayo y Bermejo. Los jóvenes eran hijos del cacique del lugar, quien luego de muchas luchas había conquistado grandes extensiones de tierra. El anciano cacique era feliz, viendo que sus hijos eran buenos y unidos entre sí. Pilcomayo y Bermejo eran hermanos y también amigos; salían juntos de caza y pesca, toda tarea que emprendían la hacían como grandes compañeros. Vivían felices hasta que el padre enfermó; luego, con gran tristeza los hermanos tuvieron que soportar la muerte del padre. Al quedar los indios sin cacique, el consejo de ancianos se reunió y decidió, según



las leyes de la tribu, que el mayor de los hermanos, Pilcomayo, sería el nuevo cacique, pero según la voluntad del padre, la mitad de las tierras debía entregárselas a su hermano Bermejo. Pilcomayo se mostró ambicioso y cuando llegó el momento de dar a su hermano la parte que le pertenecía, se negó a hacerlo. Bermejo quiso hacer entender a su hermano que debía respetar la voluntad de su padre. Pero Pilcomayo no lo entendió, y en un momento de la discusión tomaron sus lanzas para luchar. Bermejo era más pacífico y a pesar de tener razón, rompió su arma, decidió no pelear pues no quería la muerte entre hermanos. Entonces se alejó del lugar y ningún indio de la tribu supo nada de su vida.

Con el correr del tiempo, Pilcomayo tuvo remordimientos por la mala acción hecha a su hermano y arrepintiéndose, envió a los chasques para que lo buscaran pero, a pesar de la intensa búsqueda, Bermejo no aparecía. Un día, cuando todos habían perdido las esperanzas, un mensajero trajo la noticia de que estaba en los valles de Tarija. Pilcomayo preparó provisiones y armas y salió a buscarlo. Anduvo mucho tiempo, venciendo peligros, por selvas y montañas,





hasta que la gente del lugar le avisó que su hermano Bermejo estaba en el sureste. Así llegó hasta la tribu de un cacique amigo llamado Paraguay, quien lo llevó a encontrarse con Bermejo.

A la orilla del río Paraná, los hermanos se abrazaron emocionados.

En ese momento sus cuerpos se convirtieron en agua y dieron origen a los famosos ríos Pilcomayo y Bermejo, compañeros en su recorrido como lo fueron en sus vidas aquellos hermanos.

LAS MEDIAS DE LOS FLAMENCOS

(Cuento folklórico argentino)

AUTORA

Cecilia T. Pedroni de Uteda

Las víboras decidieron festejar la llegada de la primavera con un baile, al que invitaron a los peces y los cocodrilos, los flamencos, sapos y ranas.

¡Gran alegría general!, hasta los árboles florecieron ese día, para que el lugar de la fiesta estuviera más perfumado y adornado.

Los peces, como no pueden salir del agua, se divertían aplaudiendo: ¡plaf!, ¡plaf! con sus colas, riéndose de los sapos que, para tapar sus chichones, se habían pegado escamas en todo el cuerpo.

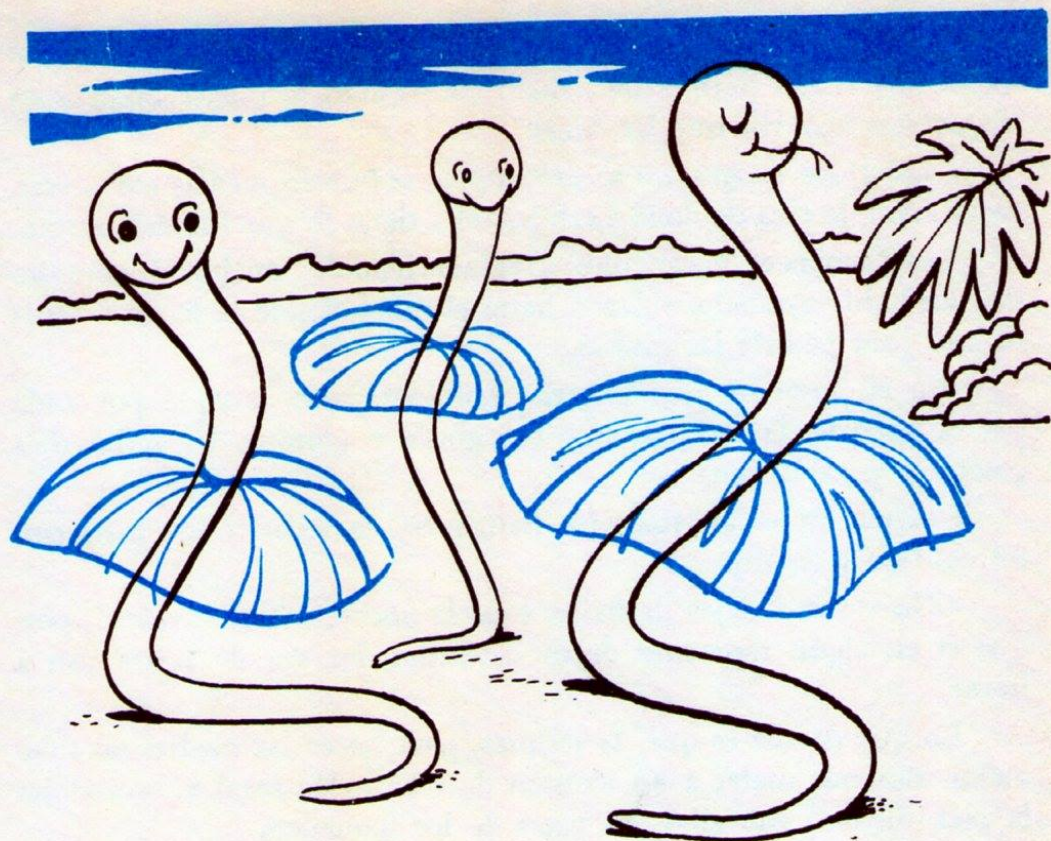
Los cocodrilos, para que no se les notara que no tenían pescuezo, se habían hecho unos collares de bananas y en la punta de sus colas, llevaban prendidas flores silvestres.

Las ranas, coquetonas, se adornaban el pecho con farolitos de bichitos de luz y caminaban a los saltitos, en dos patas.

Las víboras estaban preciosas, vestidas de bailarinas con polteritas de tul, de color rojo, las que eran rojas, amarillos las que tenían el cuerpo amarillo, verdes, las que lo tenían verde.

Pero las más hermosas de todas, eran las víboras de coral, que como tienen el cuerpo a franjas rojas, blancas y negras, se habían hecho polleras de gasas rojas, blancas y negras, y bailaban como las serpentinas que desenroscamos en Carnaval.

Sólo los pobres flamencos, que en ese tiempo tenían las patas blancas, y eran un poco tontos, no sabían cómo vestirse.



Espiaban, escondidos entre los arbustitos de los alrededores, y metían entre sus plumas el pico grande y torcido, al ver los disfraces de los demás animales, sobre todo los de las víboras de coral, que como habían descubierto sus escondites, cada vez que pasaban bailando se reían de ellos.

Hasta que por fin un flamenco que parecía menos tonto que los demás resolvió:

—Qué les parece si nos ponemos, para ir al baile, unas medias a rayas, rojas, blancas y negras, así las víboras de coral no podrán reírse más de nosotros.

Todos levantaron enseguida el vuelo hasta el almacén más cercano y pidieron medias, rojas, blancas y negras.

—¿Qué? —preguntó al almacenero—, ¿medias rojas, blancas y negras? ¡Yo no tengo!

Y sin ninguna explicación, les cerró la puerta en los picos, porque estaba muy ocupado separando los porotos blancos de los colorados.

Los flamencos siguieron su camino, llegaron a otro almacén, pero tampoco allí tenían las medias que ellos pedían. y después a otro, y a otro, ¡en todas partes les sucedía lo mismo!

Cuando ya no tuvieron más almacenes para preguntar se sentaron muy tristes porque no habían conseguido lo que querían y en eso oyeron una voz que les decía:

—Queridos amigos, no se preocupen, si buscan medias como éstas, vayan hasta la casa de doña Lechuza, ella tiene lo que ustedes buscan.

Los flamencos encantados y agradeciéndole mucho al peludito que los había ayudado, volaron hasta el árbol donde la lechuza tenía su casa para pedirle las medias.

Eso sí, tuvieron que pagarlas bastante caras, porque por cada par de medias, la lechuza, que era gorda y glotona, les pidió diez gusanitos para la cena.

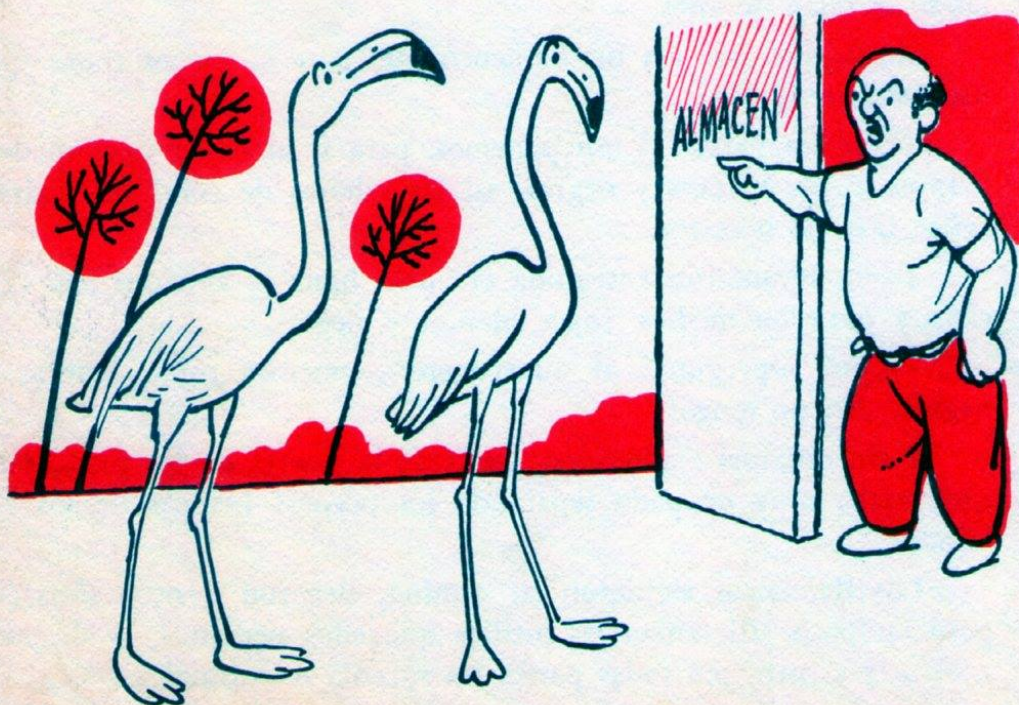
Cuando ya se alejaban los flamencos, la lechuza los paró con un chistido y les dijo:

—No vayan a dejar de bailar toda la noche, ¡no se olviden!, porque si en algún momento dejan de bailar, en vez de reírse van a llorar.

Lo que pasaba es que, la lechuza, para hacer las medias no tuvo mejor idea que matar a un montón de víboras de coral y, sacándoles la piel, disfrazó con ellas, las patas de los flamencos.

Cuando llegaron al baile, todos se quedaron con la boca abierta al ver los hermosos y brillantes colores de sus patas.

Los flamencos bailaban y bailaban sin parar, pero, a las víboras,





les parecía que conocían lo que llevaban en las patas sus compañeros de baile.

Tanto bailaron los flamencos, que ya estaban muy cansados y de pronto, ¡uno de ellos resbaló con la cáscara de una banana que había tirado un cocodrilo, y cayó con las patas en alto.

Las víboras pidieron a las ranas que se acercaran con sus farolitos de bichitos de luz.

—¡Miren, miren! —gritó la víbora que más cerca estaba—. ¡Son medias hechas con la piel de nuestras hermanas!...

—¡Uy . ¡uy! . —gritaban los flamencos al sentir los mordiscos de las víboras, que enroscadas en sus patas les sacaban a los tirones las medias.

¡Pobres flamencos!, desde ese día, tienen las patas coloradas porque todavía no han podido curarse de las heridas que les hicieron las enojadas víboras.

Tanto ardor sienten, que no pueden dejar de refrescarlas en el agua. . ¡Ah! me olvidaba, los que se ríen muchísimo de ellos, son los peces que andan por allí, aunque no se acercan mucho porque saben que el postre preferido de los flamencos, es precisamente: ¡ellos!

EL DORADO

(Leyenda del norte argentino)

AUTORA

Yalí

Cuentan los abuelos indios, que hace mucho, muchísimos años, el Sol no tenía rayos como tiene ahora.

Y el Sol, sin rayos, era sólo un redondel peladito, pelado, que no podía mandar a la Tierra su luz y su calor.

El Sol, sabía cómo los hombres, los animales y las plantas lo necesitaban. También sabía todo el calor y la luz que guardaba en su pancita, y porque no podía darlos, siempre estaba triste.

—¿Por qué soy un Sol peladito, pelado? ¿Por qué no tengo rayos que lleven mi calor a los pajaritos que tienen frío?

Una vez, mirando y mirando la Tierra, el Sol vio a tres indiecitos que iban de caza. Cada indiecito con su melena negra, su torta de maíz, y su arco y sus flechas.

Espiando a los indiecitos, el Sol los vio colocar sus flechas en el arco, y después mandar las flechas lejos, lejos...

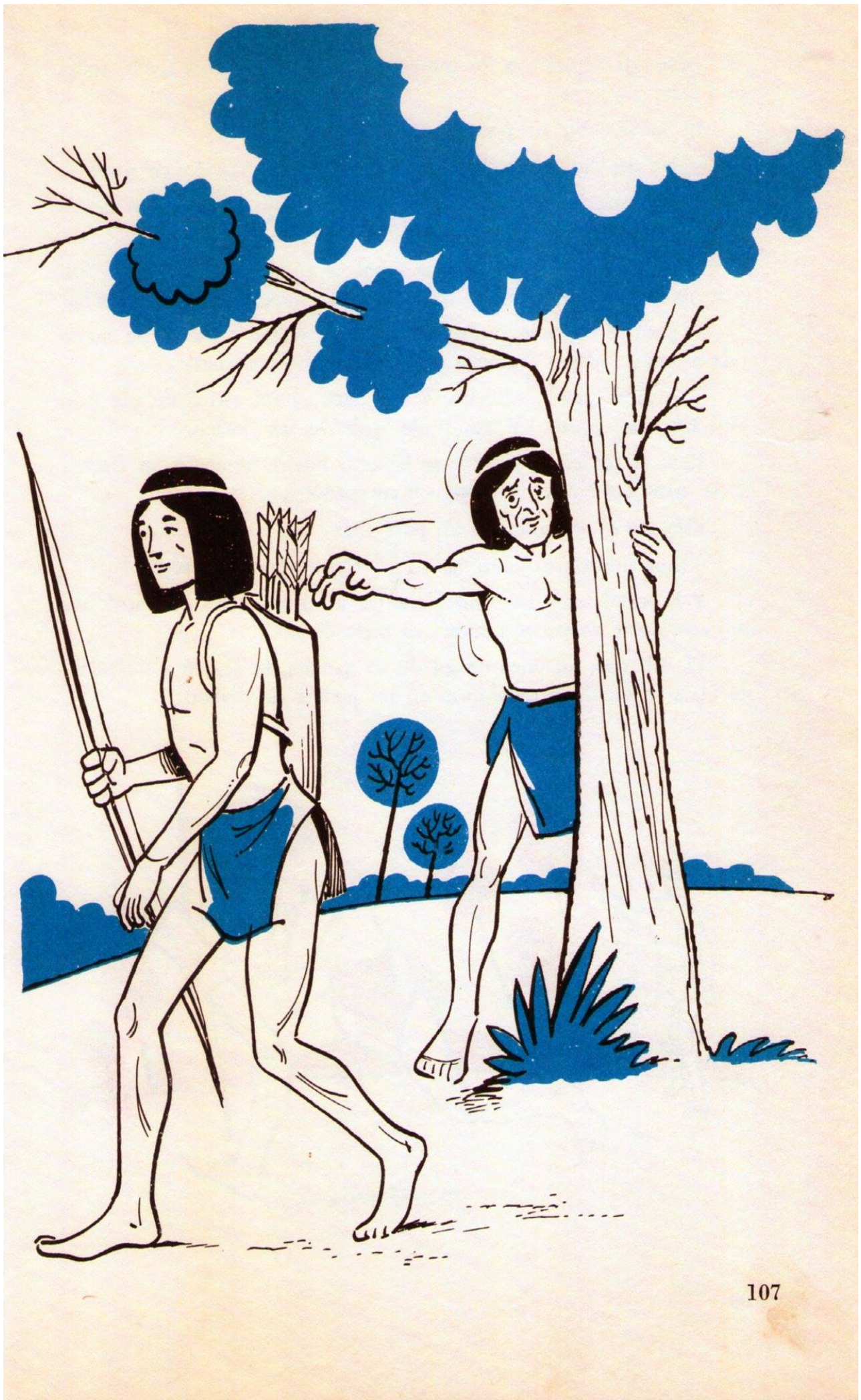
—¡Ya se cómo puedo mandar a la Tierra mi calor y mi luz! —dijo el Sol muy contento—, pero ¿cómo consigo las flechas de los indiecitos?

Para conseguirlas, el Sol bajó a la Tierra, tomó la apariencia de un indio viejo y se acercó a los tres indiecitos cazadores.

—¿Me dan todas sus flechas? —les rogó.

—No —le respondieron los indiecitos—, las necesitamos para cazar.

—Aunque no sean todas, denme unas poquitas —volvió a pedir el Sol.



—No —le repitieron los indiecitos—, las necesitamos todas, todas para cazar.

El Sol se enojó un poco, pero no demasiado.

—¿No me dan las flechas? —pensó—. No importa. Se las quitaré.

Y siempre, bajo la forma de un indio viejo, se escondió detrás de un grueso árbol.

Al poco rato, pasó junto al árbol el primer indiecito. El Sol, estiró la mano y la estiró. ¡pero no pudo alcanzar ninguna flecha!

Y pasó el segundo indiecito. Y el Sol volvió a estirar la mano y la estiró. ¡Pero tampoco pudo alcanzar las flechas!

Y pasó el tercer indiecito. Y entonces, el Sol estiró un pie y lo hizo tropezar y caer. Y así, pudo quitarle las flechas.

Pero el indiecito cazador se levantó ligero, arrebató las flechas de la mano del Sol, y huyó con sus compañeros.

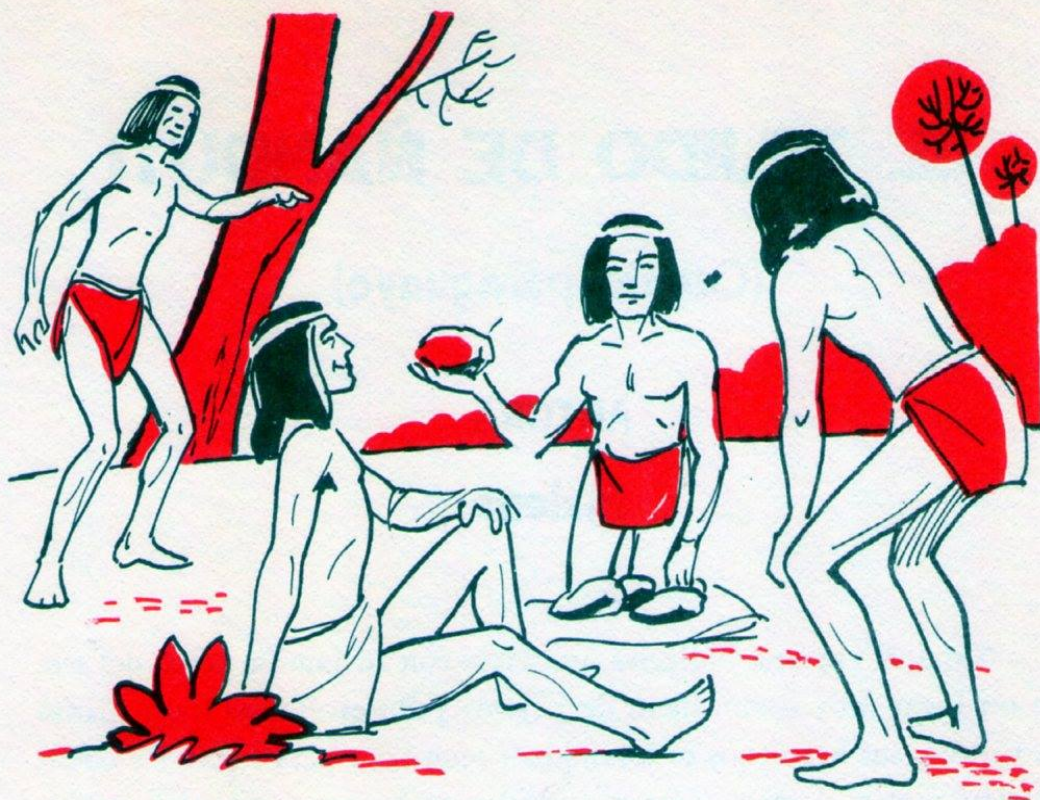
Esta vez el Sol se enojó un poco más.

—Estos indiecitos —rezongó—, ¡ya van a ver quién soy!

Y buscándolos y buscándolos entre los árboles, los encontró justo cuando se detenían a comer su torta de maíz.

El Sol, sacó un poco de sol de su pancita, lo acercó a las tortas de maíz ¡y convirtió cada torta en un pedazo de carbón!





Pero los indiecitos no dijeron nada.

Entonces, el Sol sacó otro poco de calor de su pancita, lo acercó a las melenas negras de los indiecitos ¡y se las chamuscó!

Pero los indiecitos tampoco dijeron nada.

Entonces, el Sol echó a correr delante de los indiecitos y corrió y corrió. Y llegó a un gran río y se metió en el agua, y allí, dejó su apariencia de indio viejo y tomó la forma de un hermoso dorado.

Al poco rato, llegaron al río los indiecitos. Vieron al hermoso pez dorado, quisieron atraparlo y le arrojaron, una tras otra, todas sus flechas sin guardarse ninguna.

A medida que los indiecitos le arrojaban sus flechas, el Sol, convertido en pez dorado, las recogía y se reía.

Cuando las tuvo todas, el Sol se volvió al cielo.

Allí, pintó las flechas con su luz brillante, las entibió con su calor y se hizo el montón de rayos que tiene ahora.

Con sus rayos, mandó calor a la Tierra y los pajaritos ya no tuvieron frío.

Y con el calor y la alegría de sus rayos, los hombres cantaron.

Y en el río, quedó un nuevo pez. El dorado, que tiene las escamas doradas como el Sol. Y el cuerpo lleno de espinas para recordar las flechas que le arrojaron los indiecitos.

EL TEJIDO DE ÑANDUTI

(Cuento paraguayo)

AUTORA

Malena

Ñandutí era una indiecita que vivía con su familia cerca del río, en un lugar muy lindo, lleno de pájaros y flores. Todas las mañanas su padre y sus hermanos se levantaban temprano para hacer las tareas diarias: moler el maíz, pescar, modelar cacharros o trabajar la madera. Pero Ñandutí era muy haragana, le gustaba quedarse a dormir y se levantaba cuando el sol estaba ya alto. Luego pasaba el día jugando, mirando y comiendo ricos frutos.

Como la familia de Ñandutí tejía cestos, decidió cierto día cruzar el bosque y llevarlos a la otra orilla para venderlos. Ñandutí salió con ellos, contenta y tranquila; caminando y deteniéndose a cada rato, a pesar de que sus padres y hermanitos le decían que no se quedara atrás. De regreso, al atardecer, sucedió lo mismo: la familia de Ñandutí adelante y ella, caminando lentamente, detrás.

Los rayos del sol comenzaron a esconderse y así llegó la noche. Ñandutí también se dio cuenta de que había llegado la noche: los chistidos de los animales empezaron a darle miedo y su familia ya no estaba, los había perdido de vista. ¡Tan atrás había quedado ella! ¡Seguro que ya habían llegado a su casa!

Caminó por la selva y buscó un lugar para dormir, pero el miedo era muy grande, el tigre rugía y la serpiente silbaba. Ñandutí lloró y lloró. De pronto, una mano se posó en su hombro: la hechicera de la selva había aparecido: ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! —decía la indiecita, y la viejecita le explicó que para salvarla de los animales la

convertiría en una arañita tejedora; mientras tejiera y tejiera no se convertiría en indiecita y así podría salvarse de las fieras.

Ñandutí comenzó a trabajar, ya no era la indiecita haragana, era la arañita laboriosa que hacía el tejido más hermoso que se hubiera visto.

El sueño y el cansancio agotaban a la indiecita. Pero todavía escuchaba al tigre y a la serpiente, entonces siguió y siguió trabajando, como nunca lo había hecho en su vida.

La luna se escondió y los suaves rayos del sol alumbraron la selva al amanecer. Y Ñandutí volvió a ser una indiecita. Caminando rápido, sin detenerse, llegó a su casa. Allí contó la historia y enseñó a tejer a toda su familia. Cuando Ñandutí fue grande les enseñó a sus hijos y también a sus nietos. Y muchos otros indiecitos del lugar llegaron a aprender el hermoso tejido de Ñandutí.



EL HORNERO

(Leyenda guaraní: Paraguay y norte argentino)

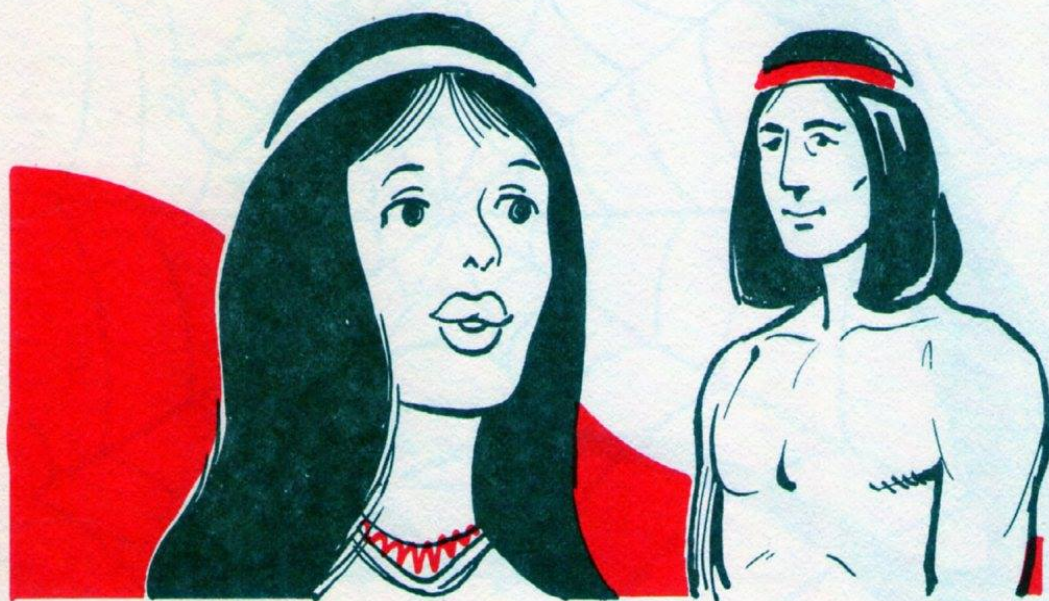
AUTORA

**Adaptación de Cecilia T. Pedroni de Uteda
de Leyendas Nuestras de
Germán Berdiales**

Un viejo cazador indio que vivía en medio del bosque, tenía un hijo que era valiente y fuerte como ninguno.

Paseando un día por el bosque, el muchacho oyó el canto de una dulce voz y, al llegar a orillas de un río, vio a una hermosa india: desde ese momento, el joven indio no dejó de pensar en ella.

Su padre se enteró de que el cacique prometía la mano de su hija al que venciera en tres pruebas, y le pidió a su hijo que interviniera.





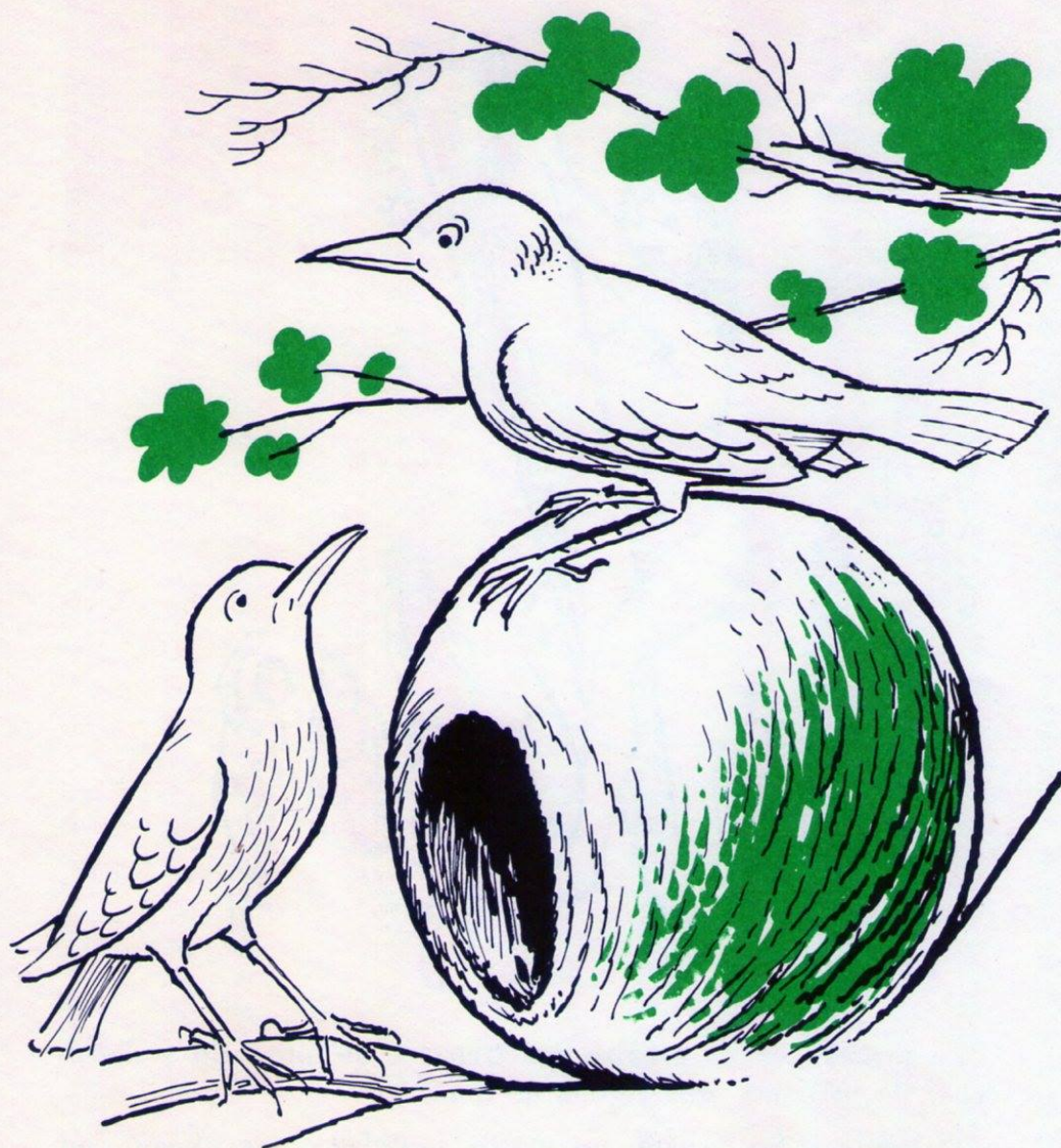
La primera de las pruebas era trepar a un alto palo y desenganchar de su punta, una corona de flores.

El fuerte indio, venció con mucha facilidad a sus amigos, con la misma facilidad con que vencía a las fieras del bosque donde vivía.

En la segunda prueba, tenían que cruzar a nado un río muy profundo y lleno de peligros. El muchacho, como un campeón, lo cruzó con mucha rapidez y también esta vez salió ganador.

La tercera de las pruebas, era la más difícil, tenían que estar acostados, completamente quietos, cubiertos por mantas indias, sin comer ni beber durante varios días.

Algunos de sus amigos no pudieron aguantar más de un día, otros al segundo o al tercero, ya no podían más, sólo el hijo del viejo cazador, seguía acostado sobre el verde pasto y cubierto por su abrigada manta.



Pasaron nueve días, y terminó la difícil prueba, cuando fueron a sacarle la manta, ante la mirada de todos, el cuerpo del indio se fue achicando hasta tomar la forma de un pájaro, de plumas rojizas, que levantó vuelo enseguida y cantando llamó a su tierna enamorada, la bella indiecita de la dulce voz.

Al día siguiente, en la rama del árbol más hermoso y perfumado del bosque, una pareja de pájaros construía, con barro amasado con sus patitas, un nido: el mismo nido que suele verse en postes y enramadas: el nido del hornero.

TUPAC Y MAIBI

(Leyenda guaraní: Paraguay y norte argentino)

AUTORA

Graciela F. Cueva

Hace tiempo, en el comienzo del mundo, en una choza levantada cerca del río, vivía un matrimonio con sus dos hijos: un niño llamado Tupac y una niña llamada Maibí, hacendosa y amante de las flores.

Los días pasaban lentos y tranquilos, puesto que la selva les brindaba alimentos y diversiones. Pero llegó una época en que cesaron las lluvias y el calor comenzó a secar los árboles, las margaritas y las madreselvas, desaparecieron los manantiales y los animales.



Los pequeños vagaban por la selva en busca de algún fruto o de algunas raíces con las que pudieran alimentarse. Todo estaba seco por el sol y hasta las matas de flores que Maibí cultivaba junto a la choza amenazaban con secarse. Ella perdió sus fuerzas para seguir acarreando el agua del río con la cual, día tras día, las había regado; estaba triste al pensar que podrían desaparecer todas las plantas. Entonces, pidió a su hermano que la ayudase a llevar un cacharro de agua hasta las flores resacas.

Pero Tupac, tumbado bajo un árbol, le dijo:

—¿Para qué quieres seguir cuidando esas flores? No sirven para comer. Es inútil cultivarlas.

Maibí calló. Luego tomó las flores casi muertas entre sus manos y pensó que tal vez lograría mantenerlas vivas colocándolas sobre las aguas del río Paraná.

Dolorida, antes de arrojar las flores al agua dejó caer sobre ellas sus lágrimas puras y cristalinas. Entonces sucedió el milagro: las flores, embellecidas, flotaron extrañamente sobre el río; parecieron





convertidas en algas marinas, algas que se fueron transformando en flechas amarillas, plateadas, rojas, verdes, anaranjadas: eran peces que, dando saltos y brincos, se fueron escondiendo por el río.

Maibí, sorprendida, dio un grito de alegría y llamó a su hermano.

Tupac, ante esta maravillosa creación, comprendió que la tristeza de su hermana había sido recompensada y que él estuvo equivocado al pensar que las flores no servían y que era inútil que Maibí las siguiera cuidando; como también supo que la voluntad y la fe son capaces de realizar milagros.

Tupac confeccionó el primer arco para pescar y le quitó a las aguas esas flechas plateadas que adornan el río Paraná, llamado "Padre de los ríos y de los peces" Desde entonces, los hombres disfrutaban de su riqueza.

ASI NACIO LA MUJER

(Leyenda Chibcha: Colombia)

AUTOR

López Pardo

Había una vez hace muchos años, muchos más de los que se pueden contar, una laguna en lo alto de unos montes escarpados. Ya habían sido creados el mundo, el Sol, la Luna y los animales.

La laguna era tan alta que siempre estaba cubierta por una espesa bruma, que sólo se rompía de vez en cuando, los días en que había mucho sol.

Vivían allí muchos animalitos; no eran animales grandes, como el elefante, el león o la cebra, que se encuentran en otras partes del mundo. Eran criaturas sencillas, pero en cada una de ellas palpitaba la vida.

Se encontraba doña Rana con el coro de sus hijos, que por las noches cantaban su canción para alegrar a los otros animales.

Los pescaditos de escamas brillantes nadaban por las aguas de la laguna y de pronto salían a la superficie a ver el paisaje.

Insectos diminutos paseaban por la fresca hierba. Las aves, que lograban llegar a esa altura, hacían sus nidos en las rocas. Algunas culebras reptaban por las piedras y el pasto, y se metían de pronto en el agua a nadar.

Todos vivían en paz.

Los días en que el sol lograba disipar la bruma, se reflejaba el firmamento en las aguas, que tomaban un bello color azul. Los animales gozaban viendo su imagen reflejada en el cristal de la laguna. Era en esos días cuando todos se reunían a contar sus sencillas aventuras.



Las aves relataban cómo en sus viajes, habían visto otras regiones y otros animales. Los peces para no quedarse atrás, hablaban de las cosas que veían en el fondo de la laguna. Para espanto de sus oyentes, decían que había figuras negras que se movían entre el fango.

Una noche se reunieron todos a oír el concierto de doña rana. De pronto comenzó a llover torrencialmente.

Las gotas de lluvia caían formando en el agua cientos de círculos, que llegaban a la orilla. En un momento se hizo profundo silencio. Un fuerte rayo rompió en dos la bruma y por allí penetró la luz de la Luna, que se proyectó en el agua quebrándose en mil lentejuelas brillantes.

Volvióse a cerrar la niebla y el lugar a donde había llegado la luz de la Luna comenzó a moverse y apareció una figura grande, diferente a todo lo que habían visto los animalitos.



Esa figura tenía el cabello largo en el cual brillaban gotas de agua como escamas de plata. Llevaba en sus manos un niño. Los dos salieron a la tierra, la besaron y luego se tendieron en ella.

Las pequeñas criaturas quedaron mudas del susto; desde entonces no pudieron volver a hablar. Estas figuras eran Bachué, la primera mujer y su hijo, quienes estaban destinados a poblar la Tierra.

De esa laguna bajaron a otra región en donde fundaron un pueblo llamado Iguaque.

Cuando ya estaban viejitos volvieron a la laguna, seguidos de toda la humanidad que lloraba por su partida.

Luego de recomendarles que se portaran bien y que respetaran las leyes y los dioses, tomaron forma de culebra y regresaron al agua de donde habían salido.

EL ZORRO Y EL QUIRQUINCHO

(Cuento folklórico del centro argentino)

AUTORA

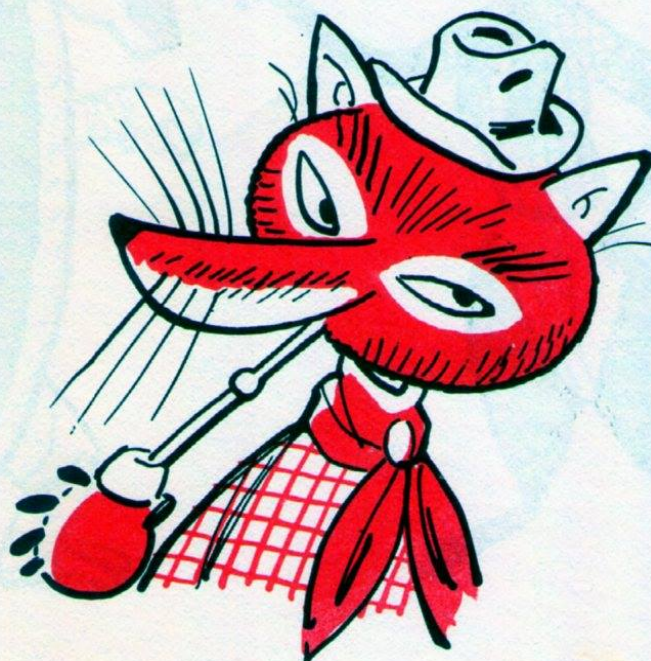
Cecilia T. Pedroni de Uteda

—¡Muy lindo!, ¡muy lindo mi campito! —se decía el zorro tomando mate a la puerta de su rancho—, pero ¡qué trabajo me da!

Y chupaba con fuerza la bombilla, tratando de encontrar la forma de no trabajar tanto.

—¡Ya sé! —se dijo el zorro—, voy a hacer un trato con el quirquincho; ése es medio tonto y me lo va a trabajar.

Y el quirquincho aceptó el trato; él trabajaría el campito y la cosecha sería mitad para el zorro y mitad para él.



El zorro le dijo:

—Bueno, amigo socio, este año lo que siembre en el campito lo vamos a repartir así: todo lo que den las plantas sobre la tierra será para mí, y lo que den debajo para usted, ¿de acuerdo?

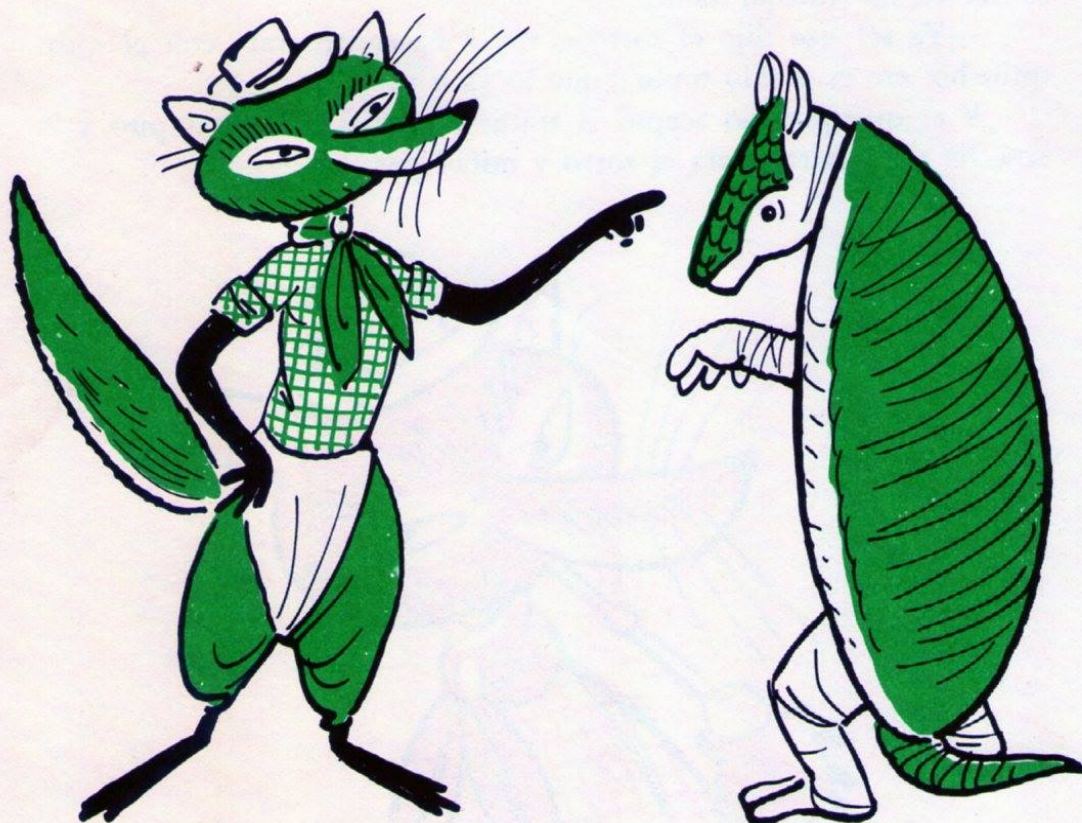
—Muy bien —le dijo el quirquincho y se puso a trabajar enseguida. Aró el campo con su trompa, lo rastrilló con su cola y sembró luego papas.

Cuando llegó el momento de recoger lo sembrado, al quirquincho le tocó una buena cantidad de papas, que era lo que había crecido debajo de la tierra, y al zorro sólo hojas y ramas que no tenían utilidad ninguna.

—¡Este quirquincho estuvo muy vivo! —se quejaba el zorro y le dijo a su socio—: Este año yo me quedaré con lo que den las plantas bajo tierra y usted con lo que den arriba.

—Está bien, señor —le contestó con todo respeto el socio y sembró trigo.

¡Pobre zorro!, esta vez le tocó cosechar raíces inútiles y el quirquincho, se llevó un montón de bolsas llenas con hermosos granos de trigo.





El zorro se mordió toda la noche, de rabia, su cola y a la mañana siguiente, le dijo al socio que creyó tonto pero que le estaba demostrando ser muy listo.

—Este año, amigo socio, usted se quedará con todo lo que den las plantas en el medio, y yo, me llevaré lo que crezca arriba y debajo de la tierra.

—Señor zorro —le contestó el quirquincho—, ya sabe que yo estoy dispuesto a hacer todo que usted mande.

Volvió a arar la tierra con su trompa, a rastrillarla con su cola y sembró maíz.

Al zorro, como es lógico, esta vez le tocó quedarse con las raíces y los penachos de las flores y a su socio con unos hermosos y maduros choclos.

Desde ese mismo momento, el zorro trabajó otra vez solo su campo y no quiso saber, nunca más, de tratos con socios tontos.

TEPOZTON

(Cuento mexicano)

AUTORA

Beatriz Ferro

Hubo una vez un niño que, muy pequeñito, se crió en la selva.

Las plantas de hojas anchas lo abrazaron y abrigaron como una mamá.

Las de hojas finas y largas le dieron de beber destilando jugos en su boca.

Los insectos lo cubrieron con pétalos de flores y lo convidaron con néctar y miel.

Este niño era hijo de un dios; los animales y las plantas, la tierra y el cielo, cuidaban de él.





Un día, el río de la selva creció y la cuna de hojas flotó sobre el agua, como un barquito, río abajo, llevando al niño.

Un matrimonio de pescadores halló la cuna flotante y rescató al niño. Vieron entonces que tenía un collar con una piedra verde que sólo se encuentra en la montaña.

—Lo llamaremos Tepozton —dijeron. Un nombre que significa Niño de la Montaña.

Tepozton fue feliz con sus nuevos padres.

Creció lindo y fuerte, jugando por el río y la selva.

Cuando cumplió siete años, su papá le hizo un arco y flechas y le enseñó a cazar.

Desde entonces, Tepozton pasaba el día en la selva y volvía cargado de buenas presas para la cena.

Tepozton era buen cazador, buen pescador y un valiente.

Cuando le hablaron del gigante enemigo de los hombres, apenas sintió un poquito de miedo.

En aquellos tiempos, había en México un gigante que, todos los años al llegar la primavera, reclamaba un ser humano para hacerlo su esclavo.

El elegía una ciudad, y allí se echaba a suerte quién debería marcharse con el gigantón. En esa forma se apaciguaba y dejaba en paz a la gente el resto del año.

Cuando Tepozton cumplió nueve años, le tocó a su papá el turno de marcharse con el gigante.

—Déjame ir en tu lugar —pidió el niño—. ¡Yo no tengo miedo y, sin miedo, todos los gigantes se vuelven cartón!

Tanto hizo y dijo que terminó convenciéndolo.

Sus padres lo despidieron con besos y abrazos y Tepozton partió hacia el palacio del gigante.

Cruzó el río, la selva y la montaña y, en el camino, recogió unas lindas piedrecitas, duras y afiladas.

Cuando por fin llegó, el gigante tuvo un ataque de rabia al verlo:

—¿Y esto qué es? ¿Un mosquito? ¿O me dirán que los hombres se encogieron de pronto? ¿Sabes que haré, mosquito? ¡Enjaularte, hasta que crezcas!

Inmediatamente, encerró al niño en una jaula y se fue a dar un paseo para calmarse los nervios.





Pero no podía con su impaciencia. Al rato se dijo:

—A ver si el mocito ya se hizo hombre...

Y se acercó a mirar la jaula.

Entonces con gran sorpresa, vio dentro un tigre feroz que, frunciendo la nariz, dio un rugido como para dejarlo sordo.

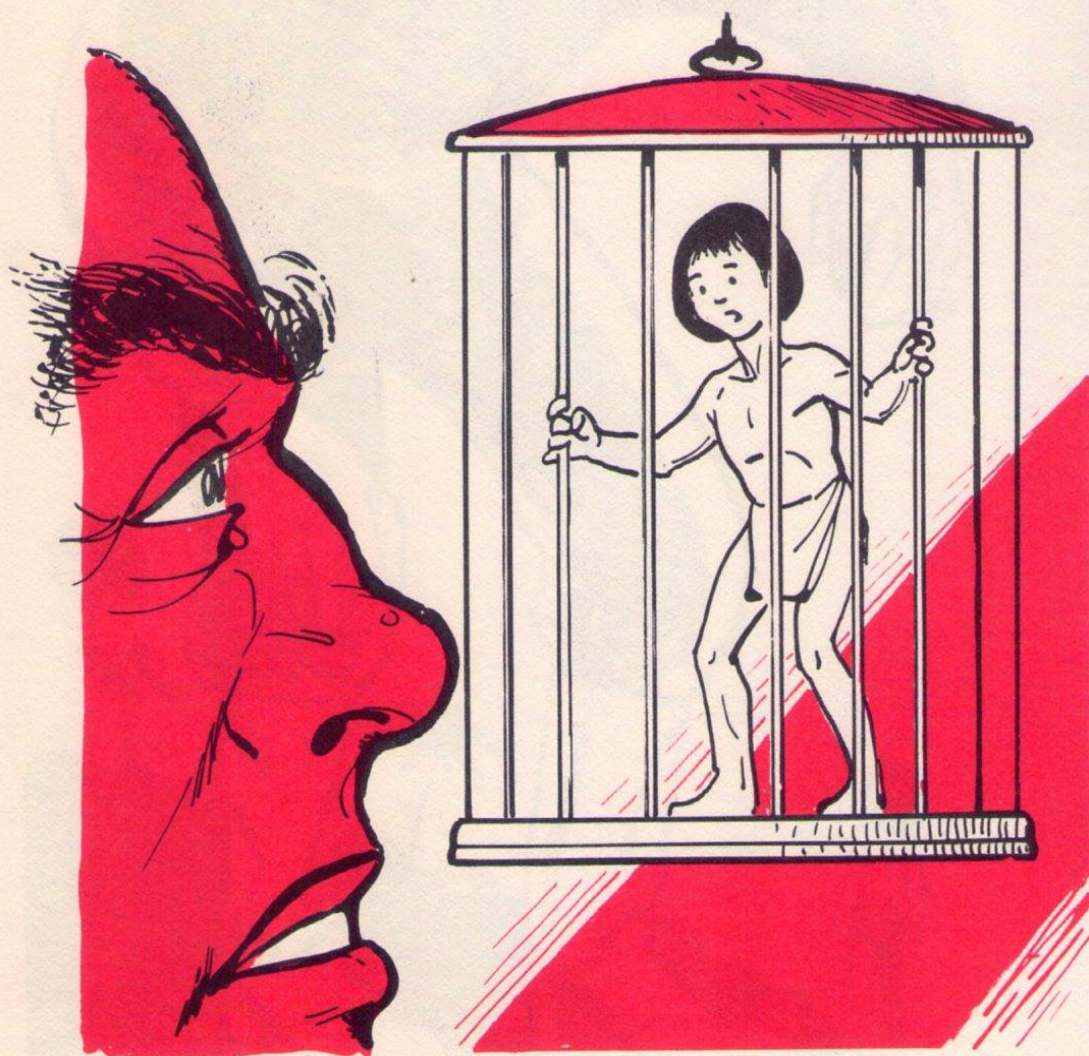
El gigante, sobresaltado, dio un salto atrás. Entonces, otra sorpresa: Tepozton, en un instante, recuperó su forma de niño y apareció sentado en medio de la jaula, riendo a carcajadas.

¡Mosquito y brujo! —gritó el gigante—. ¡Aquí se acaban tus tretas!

Y, abriendo la jaula, lo tomó en sus manos y se lo tragó.

¡Precisamente eso era lo que había estado deseando Tepozton!

Cuando llegó al estómago del gigante, sacó del bolsillo las piedrecitas que había recogido. Eran afiladas como agujas y las aprovechó para pinchar al gigantón por dentro.





—¡Ayay ay ayyy! ¡Qué dolores de estómago! —aulló el ogro—. ¡Debo estar envenenado!

Jamás había sentido pinchazos semejantes. Seguro de estar envenenado, empezó a temblar de arriba a abajo y, todo blando, se desmoronó como una montaña y se murió del susto.

Entonces Tepozton caminó por dentro de él, marchó por el túnel de su garganta y salió por la boca.

—¡Se terminó el gigante! —gritó a los cuatro vientos—. ¡Ya se acabó el miedo!

Después de esto, el pueblo, agradecido, lo nombró rey.

Tepozton vivió con el matrimonio de pescadores en el palacio del gigante y enseñó a su pueblo muchas cosas útiles y buenas.

Algunos dicen que nunca murió, que aún vive en el cielo, donde suele jugar a la pelota con su padre, el más joven de los dioses.

Otros afirman que Tepozton sigue en la Tierra, ayudando a los hombres, pero que no se reconoce porque vive entre la gente como un hombre cualquiera.

EL JUNCO

(Leyenda guaraní: Paraguay y norte argentino)

AUTORA

Cecilia T. Pedroni de Uteda

—Plaf. plaf. plaf —cantaba el río Paraná al golpear la orilla. Pirí (junco) peinaba sus largas trenzas y miraba su bella cara, en las aguas, como en un espejo.

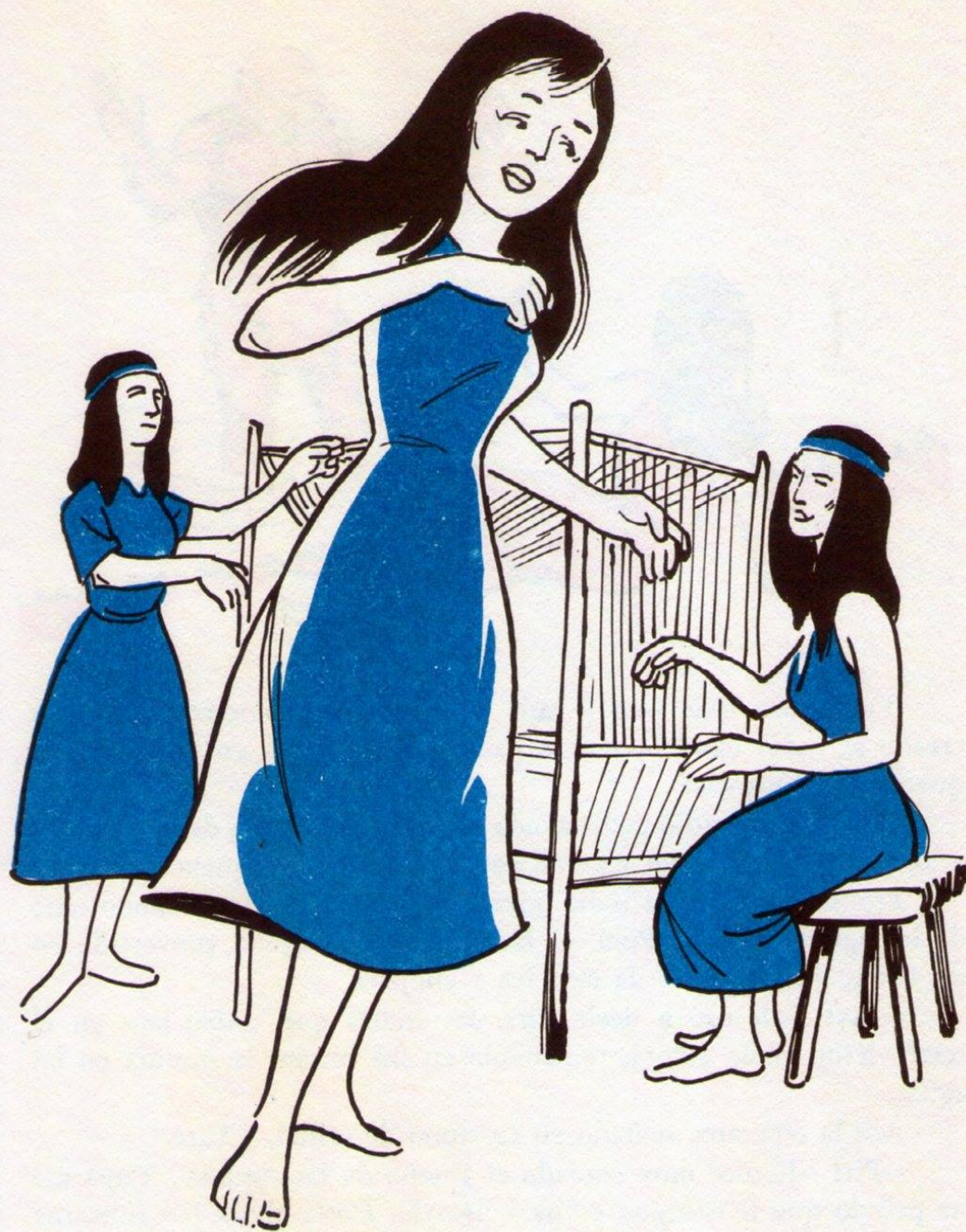
—¡Pirí! —llamaba la madre—, necesito ayuda.

—No puedo —contestaba la india— estoy peinando mis trenzas.

Un grupo de indias trabajaban en el telar para hacer un tipoy (túnica), una chumbé (faja) y una manta de lana.

Miraba a Pirí y se entristecían por la haraganería de la joven india.





—Pirí —preguntaron— ¿por qué no nos ayudas en el telar?

—¿Yo? —contestó la joven—, mis suaves manos no son para trabajar. Tupá (Dios bueno), me las dio para acariciar los pétalos de las flores y peinar mis hermosos cabellos.

—¡Ay, Pirí, Pirí! ¡Tupá va a castigarte!, las manos son para trabajar.

La indiecita veía esto y caminando como si el viento la hama-
cara, se alejaba del lugar para seguir mirando su belleza en otro
lugar del río.



Tupá, veía todo esto y cada vez estaba más enojado; él había creado al indio dándole manos para realizar tareas en la tierra, no quería la haraganería.

Esa noche, decidió pedir ayuda a I-Yará (el Dueño de las Aguas), y los dos se pusieron de acuerdo para castigar a la coqueta Pirí.

Estaba una tarde la india mirando su hermosa cara, cuando salió de las aguas del río I-Porá, el fantasma de las aguas, convertido en un fuerte y alto negro, de cara fea y enojada.

—¡Ay! —alcanzó a decir Pirí; las indias que trabajaban en el telar vieron cómo I-Porá, tomándola en sus brazos, la hundía en las aguas.

Allí la esperaba, sentado en su trono de cristal, I-Yará.

—Pirí —le dice muy enojado el Dueño de las Aguas—, Tupá me ha pedido que te castigue y voy a hacerlo. Hasta ahora has sido una india inútil y coqueta, perderás por esto tu forma humana y te convertirás en una útil planta que se llamará como tú: Pirí.

Así fue, la india perdió su forma, y el mismo I-Porá, la tomó entre sus brazos y la llevó hasta la orilla.

Las asombradas indias vieron una planta alta y fina como Pirí, que se movía al compás del viento, con la misma gracia con que lo hacía la india.

Desde entonces, Pirí ofrece, con toda humildad, los tallos de la planta para que los demás, con el trabajo de sus manos las conviertan en obras útiles para los hombres.

PU-COL

(Leyenda del sur argentino)

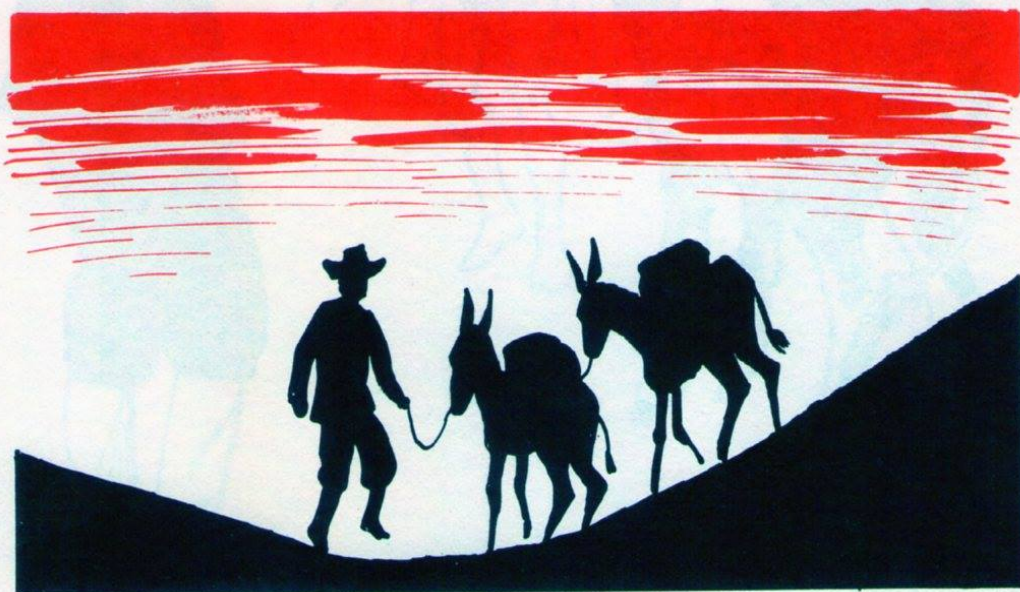
AUTORA

Graciela F. Cueva

Una vez, un hombre muy audaz, grande, fuerte y muy valiente, se internó en la tierra de los indios araucanos dispuesto a comerciar con ellos.

En mulas y caballos cargados llevaba: caña, azúcar, yerba y tabaco, todas cosas muy ricas para los indios.

Los primeros viajes hacia esas tierras fueron muy peligrosos y el hombre estuvo a punto de morir en manos de los salvajes; pero, poco a poco, sin embargo, logró la amistad de las tribus y el negocio comenzó a hacerse productivo. Como los indios no tenían dinero, daban en pago de las mercaderías, cueros de guanaco y plumas de



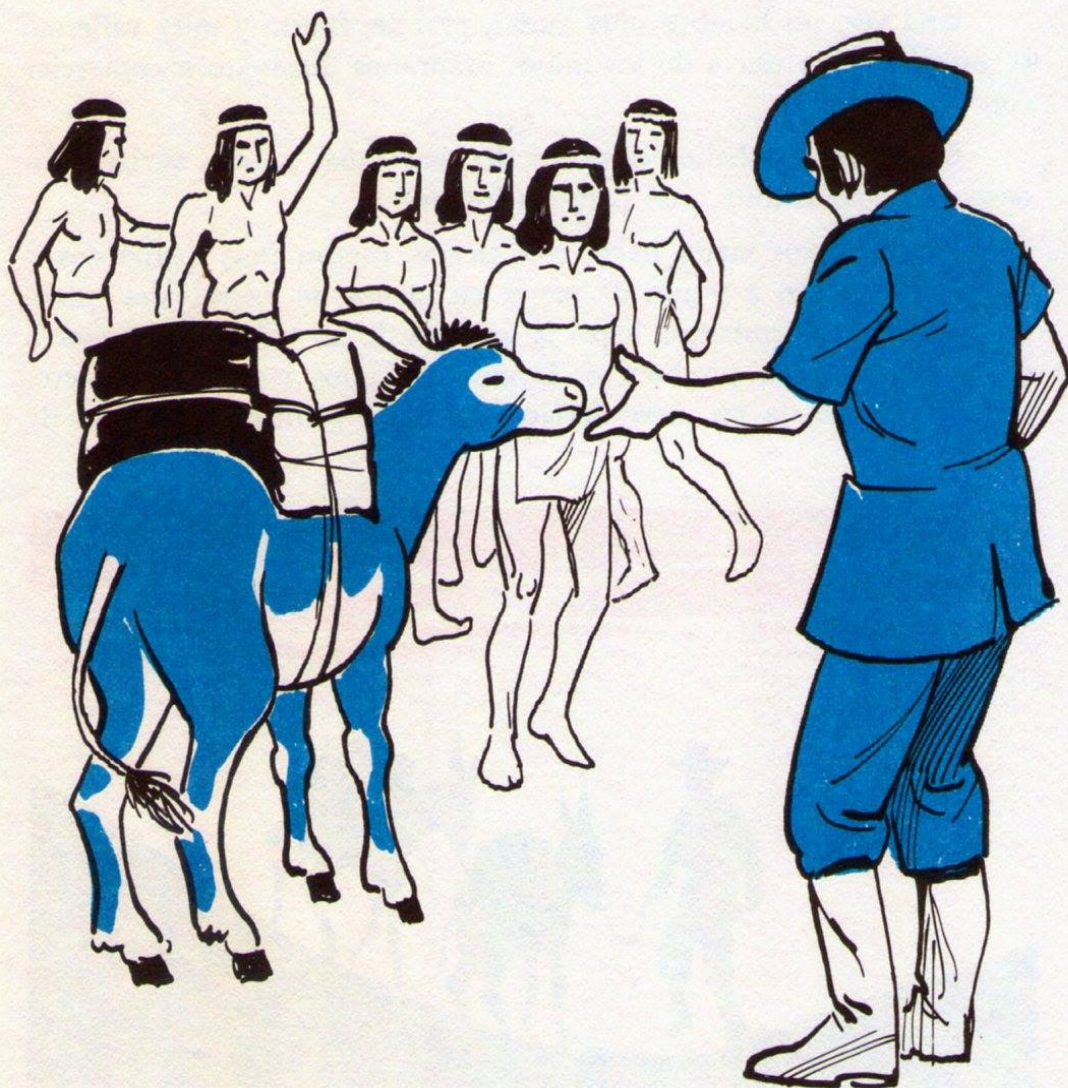
avestruz, animales que vivían en la región y que ellos cazaban con boleadoras.

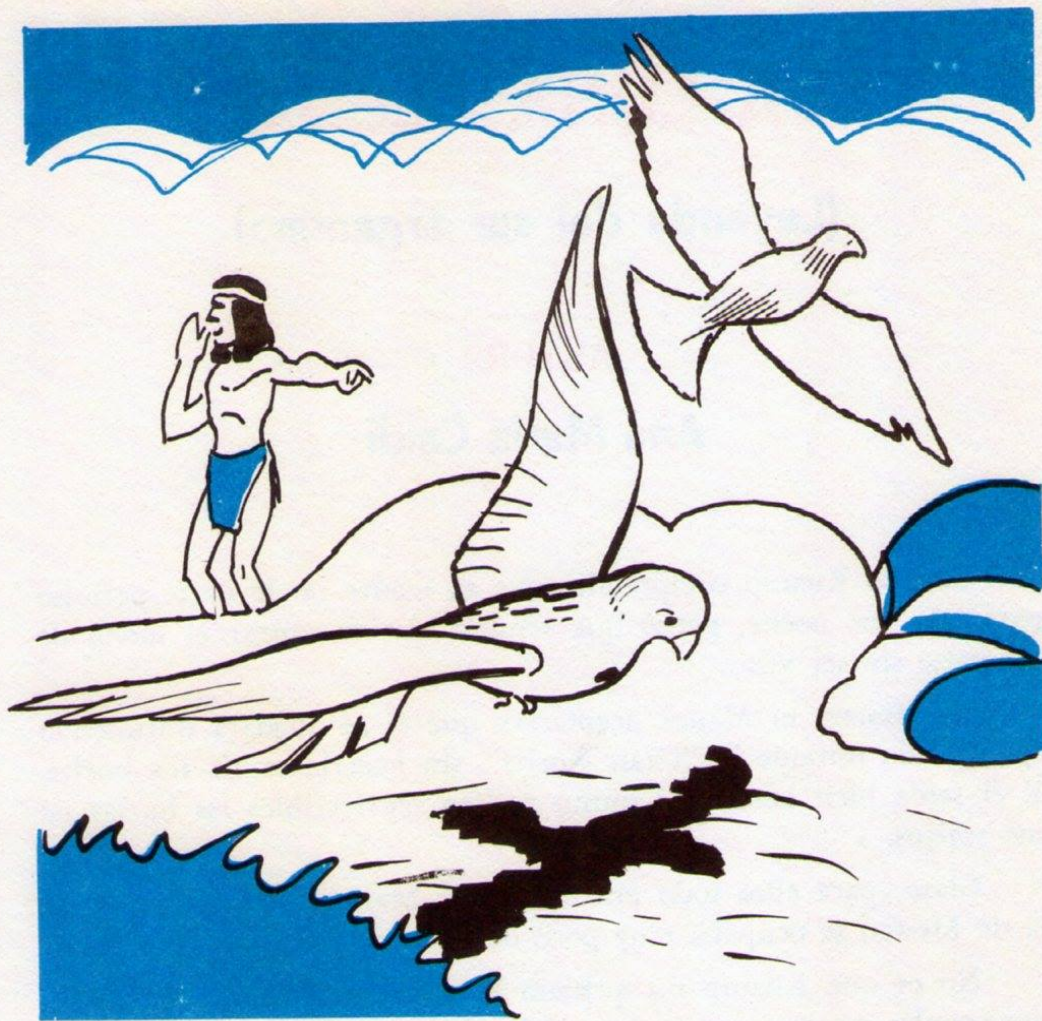
Después de mucho tiempo, el comerciante se hizo dueño de una enorme fortuna, pero estaba muy viejo, y tan encariñado con aquellas tierras que decidió no abandonarlas y se quedó a vivir allí para siempre.

Desde entonces, ayudó a los indios con sus consejos y dinero.

En aquellos lugares habita una paloma de color gris y castaño claro, con pintitas oscuras en el lomo y una especie de corbatita negra a lo largo del pecho.

Estas palomitas vuelan siempre juntas a poca altura.





Durante el día parecen mudas, pero cuando cae la tarde, cobijadas entre los matorrales o entre las grandes piedras que cubren las montañas inician su canto, un canto triste.

Ese canto tiene dos sonidos que se repiten: Pu-col, Pu-col. Pu-col. . , dicen las palomitas en su cantar.

Y ahí está el nudo de la leyenda: el hombre blanco se llamaba Pujol, nombre que los indios en su media lengua, pronunciaban Pucol, exactamente como suena el canto de las palomitas.

Los indios dicen todavía: "Pucol hombre bueno. Pucol queriendo mucho a indio".

Por eso, este pajarito del campo dice cantando: Pu-col. . Pu-col Pu-col .

LA LUNA LLENA

(Leyenda del sur argentino)

AUTORA

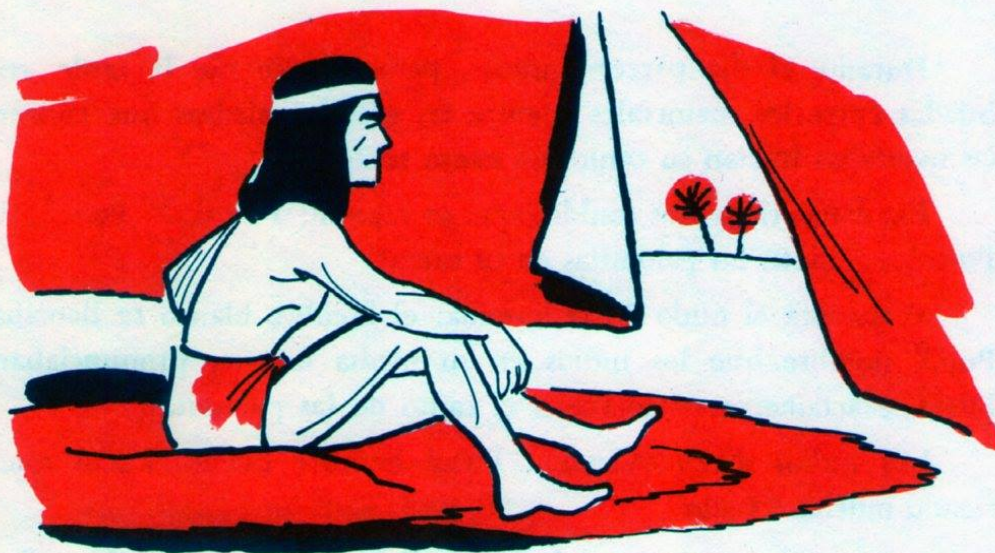
Ana María Caldi

Cuando Kuanip comprendió que su madre no le daría permiso para salir esa noche, pensó que tendría que encontrar el modo de escaparse sin ser visto.

Ni Mesten, ni Manek aceptarían que él se quedara durmiendo en el toldo durante la "Gran Noche", sin hacerle sentir sus burlas. Y él sabía bien hasta qué punto podían ser terribles las burlas de sus amigos.

Claro, para ellos todo era más fácil; Manek no tenía madre, y la de Mesten se ocupaba muy poco de su hijo; pero, la suya. .

No es que Kuanip no quisiera a su madre —aunque jamás lo demostraba porque un ona no debe demostrar sus sentimientos—,





sabía bien que ella lo hacía porque lo quería y tenía miedo de lo que pudiera sucederle si permanecía en el monte durante la "Gran Noche".

Pero todos saben bien que las mujeres son miedosas y exageran esas cosas.

El ya era grandecito, dentro de no mucho pasaría por la ceremonia de Kloketen ⁽¹⁾ y dejaría el toldo de sus padres, pero hasta que llegara ese momento debían pasar muchas lunas.

No dijo nada a sus amigos de la prohibición de la madre y cuando ésta llegó con la leña simuló estar cansado, apenas probó la comida y se tendió en el toldo para dormir. La madre, demasiado fatigada por la dura jornada, no se dio cuenta del engaño y al poco tiempo también ella se tendió a descansar entre las pieles. Kuanip sabía que el padre siempre estaba fuera durante la "GranNoche", así que sólo debió esperar que el sueño cayera sobre su madre, envolviéndola dulcemente.

Cuando escuchó la señal de Mesten, ya estaba preparado y se deslizó suavemente fuera de la tienda. Apenas llegó al límite del monte comenzó a sentir una extraña sensación en el pecho; sus ami-

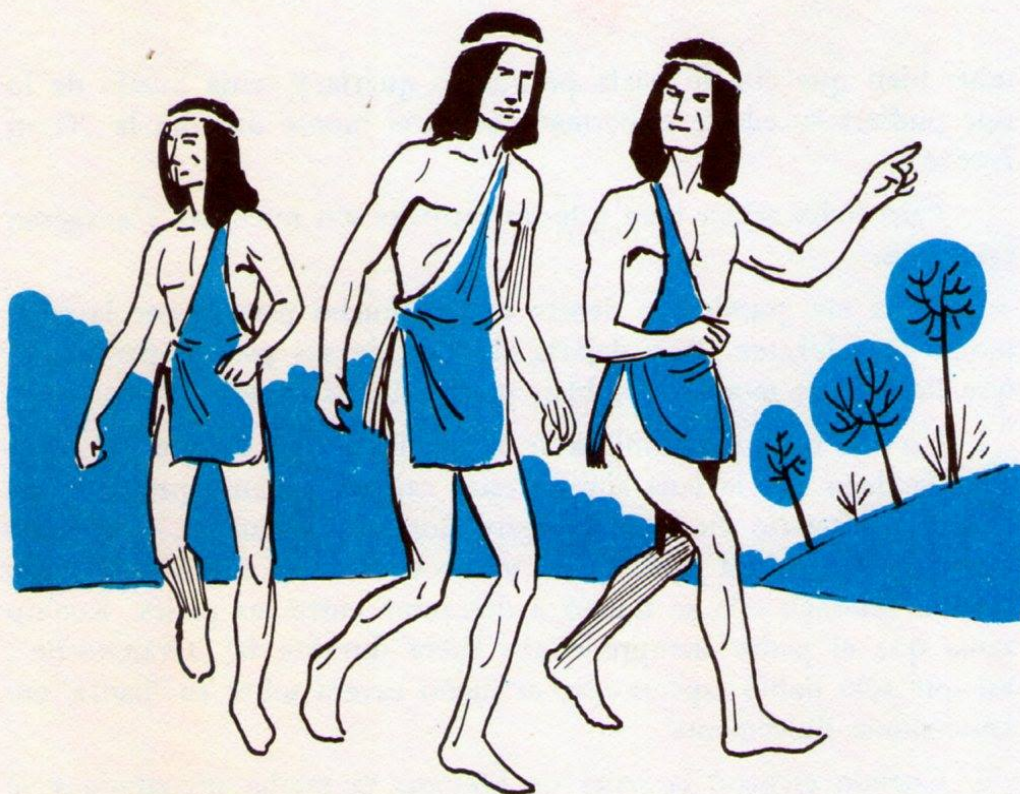
gos también estaban extraños esa noche; pero aunque la Luna estaba todavía baja en el horizonte, tenían bastante camino por hacer.

Levantó los hombros desechando sus temores y todos se pusieron en camino.

A medida que se alejaban veían perderse los reflejos rojizos de los numerosos fuegos de la toldería, como si el mismo Timaukel ⁽²⁾ estuviera vigilando entre los toldos.

Iban pensando en la fiesta que hacían cada Luna llena, cuando con el Kon ⁽³⁾ a la cabeza y en medio de una gran gritería celebraban el fin del peligro, porque estando llena la Luna dejaba de comer niños.

La Luna ya estaba alta cuando los tres llegaron cerca del claro. Sabían que era peligroso; que la Luna crece noche tras noche alimentándose de los niños que encuentra a su paso, pero ellos querían vencerla, querían antes de la fiesta de la noche siguiente encontrar a la Luna comiendo pequeños y hacerla prisionera.





Estaban por llegar al claro. Entre las ramas se veía el resplandor plateado; se detuvieron, se miraron en silencio y luego apartaron las ramas; la Luna estaba allí blanqueando todo en torno: clara, luminosa, serena. El miedo desapareció; encantados, llenos de una extraña felicidad se adormecieron dulcemente bajo el manto de la Luna.

Y cuando a la noche siguiente toda la tribu con enorme gritería, con el Kon a la cabeza, danzaba contenta por el peligro pasado, ellos mirando hacia arriba vieron subir la Luna llena y supieron que no era verdad que se comía los niños y sonrieron al ver que, desde lo alto, ella les hacía un guiño de cómplice amistad.

(1) Ceremonia terrible en la cual los niños dejan de serlo para convertirse en adolescentes, dejando de vivir con su madre.

(2) Dios Ona.

(3) Sacerdote, hechicero.

EL ORO DE BAHÁ

(Cuento colombiano)

AUTORA

Beatriz Ferro

Bahá era el hombre más rico de la región.

No se adornaba, como algunos, con plumas de garza. No guardaba, como otros, frutos de tagua, la palmera que da frutos blancos y lustrosos, como de marfil.

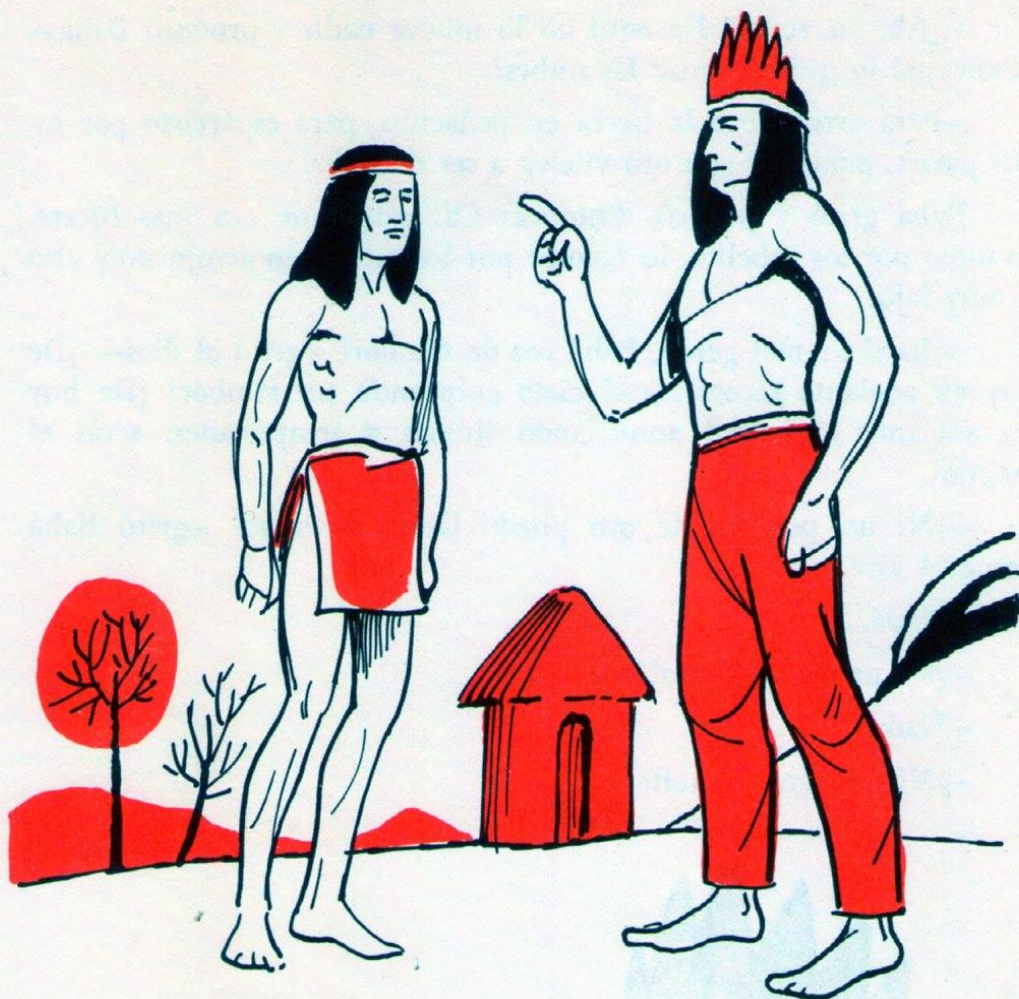
Bahá tenía, en cambio, un bohío de oro.

Como lo oyen, enteramente de oro: paredes, puertas, techo y ventanas, todas de láminas de oro.

Y no daba ni una astillita, el avaro. Ni invitaba a fiestas, ni hacía regalos.

Un día, el dios Caragabí fue a visitarlo y le dijo:





—Esto no puede ser, Bahá. Usted es demasiado rico.

—No es culpa mía si los otros no tienen suerte —contestó el hombre.

—Esto no puede ser, Bahá —repitió el dios, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Si usted comparte con los otros hombres al menos una de sus ventanas, yo le prometo una gran recompensa.

—¿Qué recompensa? —preguntó Bahá, muy interesado.

—Una gran felicidad: una conciencia tranquila —repuso el dios.

—¿Una conciencia de oro? —inquirió Bahá, abriendo los ojos grandotes.

—Deje de pensar en el oro —dijo Caragabí—. Piense en su vida; lo que lo mantiene vivo no es el oro: no es de oro su corazón, ni el agua que bebe, ni el aire que respira.

Bahá lo escuchaba, mirando con desconfianza.

—Mire, Bahá, yo creo que usted no entiende nada, así que voy a llevarme al cielo su bohío.

—¡Ah, no, señor! De aquí no lo mueve nadie —protestó Bahá—. ¿Para qué lo quiere, entre las nubes?

—Para arrojarlo a la tierra en pedacitos, para esparcirlo por todas partes, para que este oro vuelva a ser de todos.

Bahá gritó y pataleó. Entonces Caragabí, que era más fuerte, lo tomó por los cabellos, lo revoleó por los aires y lo arrojó muy alto y muy lejos.

—¡Bahá de mal genio, Bahá voz de tambor! —gritó el dios—. ¡De hoy en adelante recorrerás el cielo golpeando un tambor! ¡De hoy en adelante serás útil anunciando lluvias y tempestades: serás el trueno!

—¿Ni un poquito de oro puedo llevar conmigo? —gritó Bahá desde el aire.

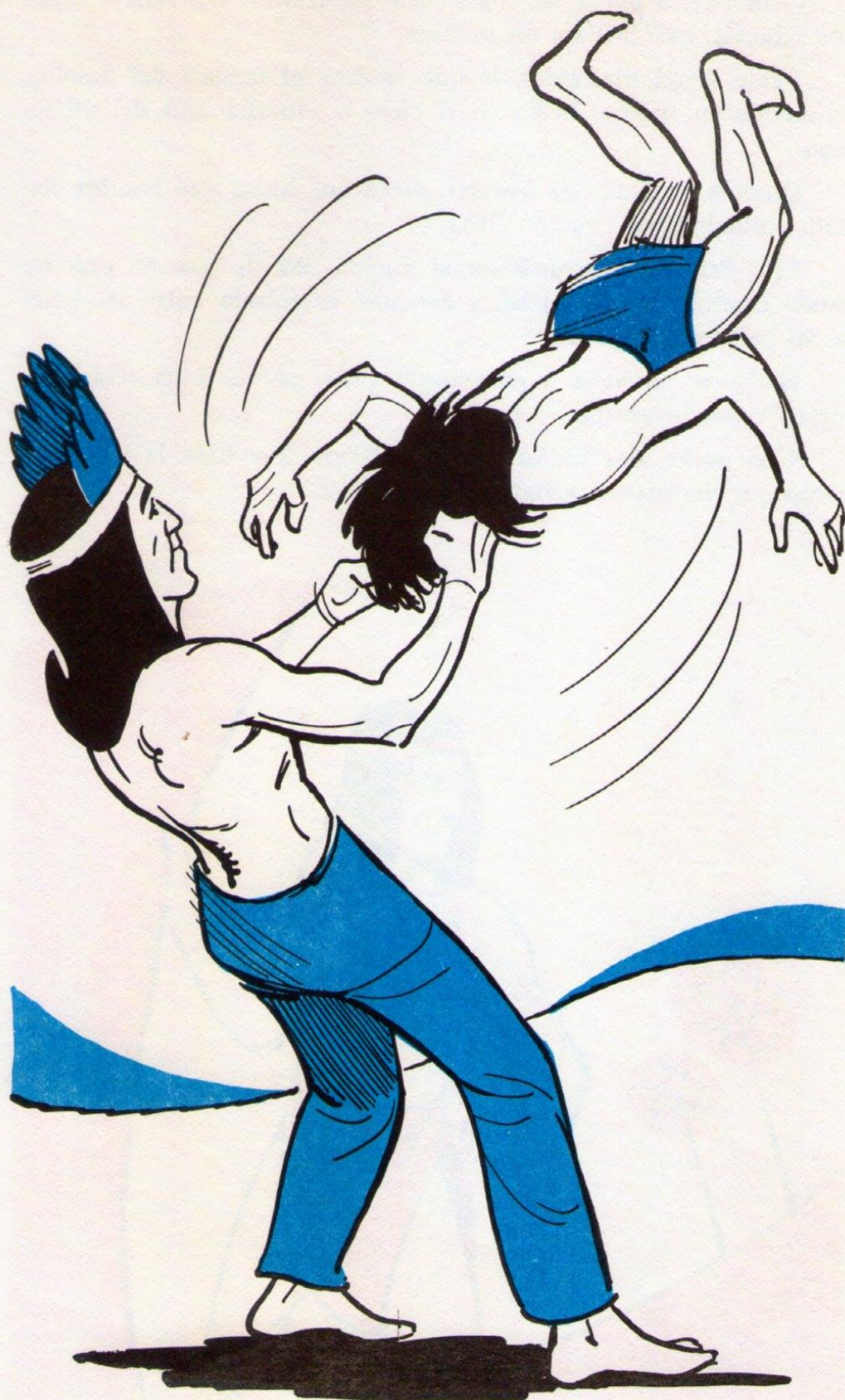
—Nada.

—¿Ni un poco de platino?

—Nada.

—¿Ni siquiera un reflejo?





—Un reflejo puede ser —sentenció Caragabí—. Un reflejo como una viborita, que brillará un instante.

Desde aquel día, antes de que resuene el tambor del hombre convertido en trueno, brilla en el cielo la viborita azul del relámpago.

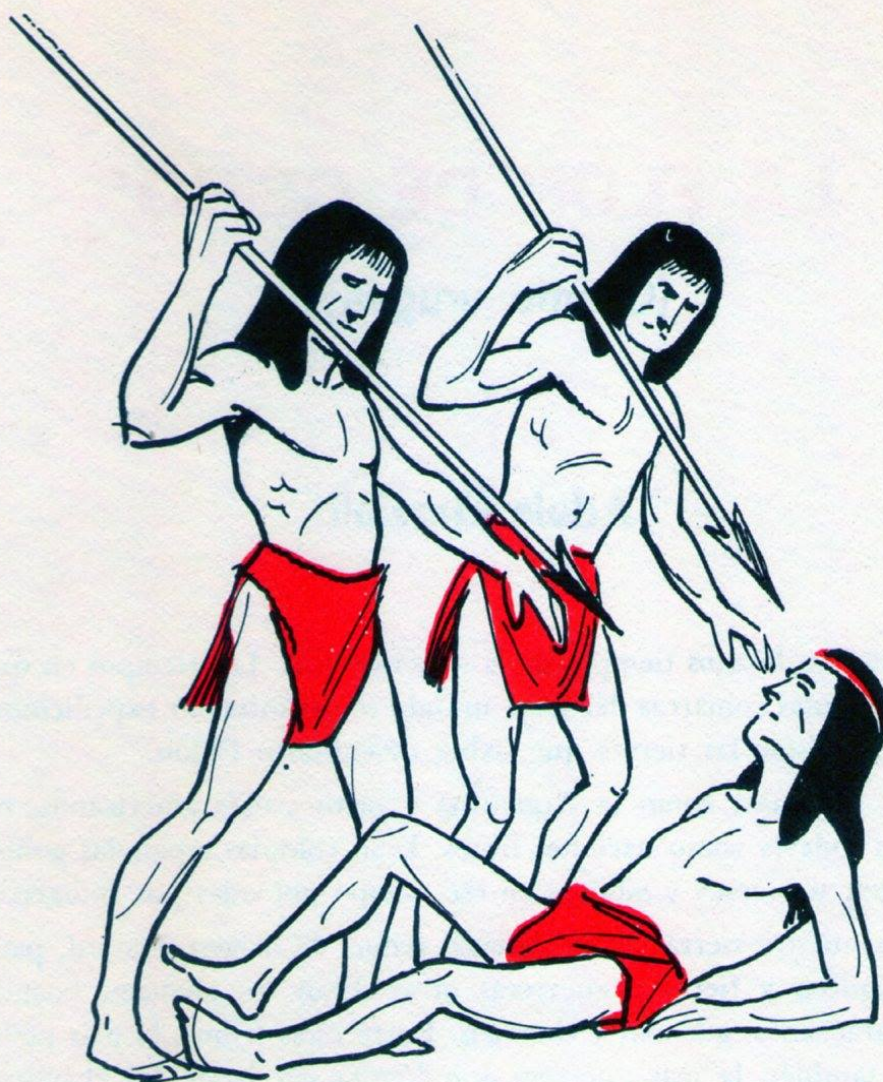
Quienes cuentan esta historia, dicen que hubo otro hombre llamado, casualmente, también Bahá.

Este Bahá tenía a maltraer al pueblo, iba de casa en casa robando cuanto se le antojaba, y escondía lo robado entre las hojas de las palmeras más altas.

Nadie se animaba a enfrentarlo pues, según decía, era muy fuerte, como invencible.

Una noche, dos indios que manejaban muy bien la lanza, soñaron que derrotaban a Bahá.





Al día siguiente, fueron directamente al bohío del ladrón y entraron sin llamar. Verdaderamente, aquellos dos no tenían miedo.

Al verlos tan decididos, Bahá perdió la mitad de su fuerza y, rápidamente, fue vencido.

Caragabí, que en ese momento miró hacia la tierra, también supo darle una utilidad a este otro Bahá. En el cielo estaba haciendo falta el rayo, que aún no existía. Y lo convirtió en rayo.

Por ahí se lo ve, de tanto en tanto, descargando su furia entre nubes de tormenta.

Lo que él desea, es caer de improviso sobre el pueblo y causar algún desastre. Pero los indios, para protegerse, guardan en sus bohíos una lanza sagrada y, si se avecina una gran tormenta, la clavan en el techo como un pararrayos mágico.

Bahá, al verla, recuerda las lanzas de los valientes que supieron vencerlo. Entonces, avergonzado, mira hacia otra parte y pasa de largo.

LA FLOR DE CEIBO*

(Cuento uruguayo)

AUTORA

Adela Marziali

Eran los lejanos tiempos de la América-niña. Los tiempos en que desde distintas comarcas del viejo mundo se organizaban expediciones para conquistar las tierras que había descubierto Colón.

El Uruguay, como la Argentina y otros países americanos, no existían todavía como naciones libres. Eran colonias españolas gobernadas por un virrey y estaban en ese tiempo pobladas por indígenas.

En nuestra tierra vivían diversas tribus de origen guaraní, pacíficas algunas y fieras y guerreras otras. Eran los chanaes, boanes, yaros, arachanes, guenoas y charrúas. Entre estas tribus, la más poderosa y también la más guerrera e indómita era la de los charrúas: indios tan celosos de su libertad, tan salvajes y bravíos, que los españoles no pudieron con ellos. Los charrúas estaban tan fuertemente apegados a su tierra, la sentían tan exclusivamente suya, que preferían morir y destruirse totalmente antes que soportar al conquistador.

Así fue que, perseguidos y vencidos una y mil veces por los españoles, se desparramaban y se refugiaban en la espesura de los montes donde vivían, y permanecían ocultos por un tiempo; y una y mil veces retornaban con renovada furia salvaje a destruir, con sus flechas incendiarias y sus bolas erizadas, las casas y los fortines levantados por los hombres blancos.

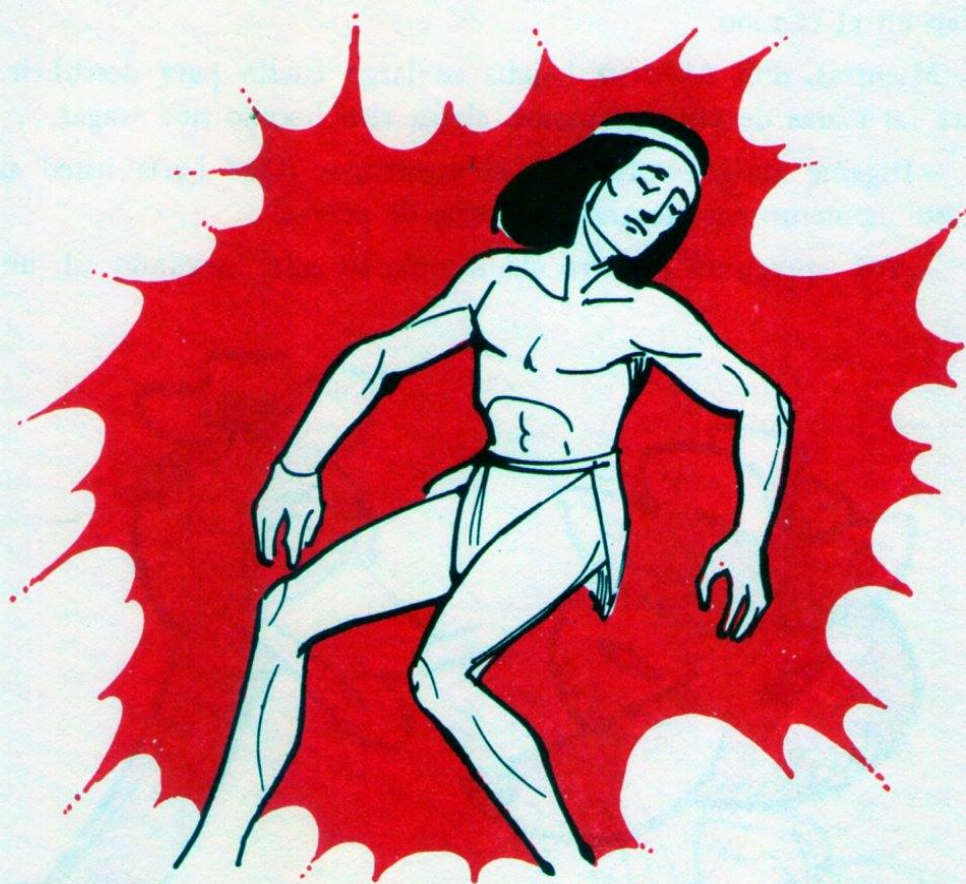
De esta manera, en la imposibilidad de someterlos para incorporarlos a la civilización, los españoles los fueron exterminando poco a poco, pues las armas de lucha de los indios, flechas, lanzas y boleadoras, no podían competir con las armas de fuego, sobre todo con los cañones.

Y cuenta la leyenda que cuando se desplomó, herido en pleno pecho por un capitán español, el último cacique charrúa, en el mismo sitio en que cayó, como si se hubiera nutrido de su sangre y de su cuerpo, nació un árbol, el ceibo, cuyas hermosas flores recordarían para siempre con su intenso color la derramada sangre de la indomable raza aborigen.

El ceibo florecido tiene gran belleza, pues el rojo vivo de sus flores lo enciende como una hoguera.

Y acaso para recordar la bravura charrúa, sus ramas esconden afiladas púas en las que se hieren las manos que pretenden arrancar sus flores.

(*) La flor de ceibo es la flor nacional del Uruguay y de la Argentina.



LOS CASOS DEL ZORRO

(Cuento folklórico argentino)

AUTORA

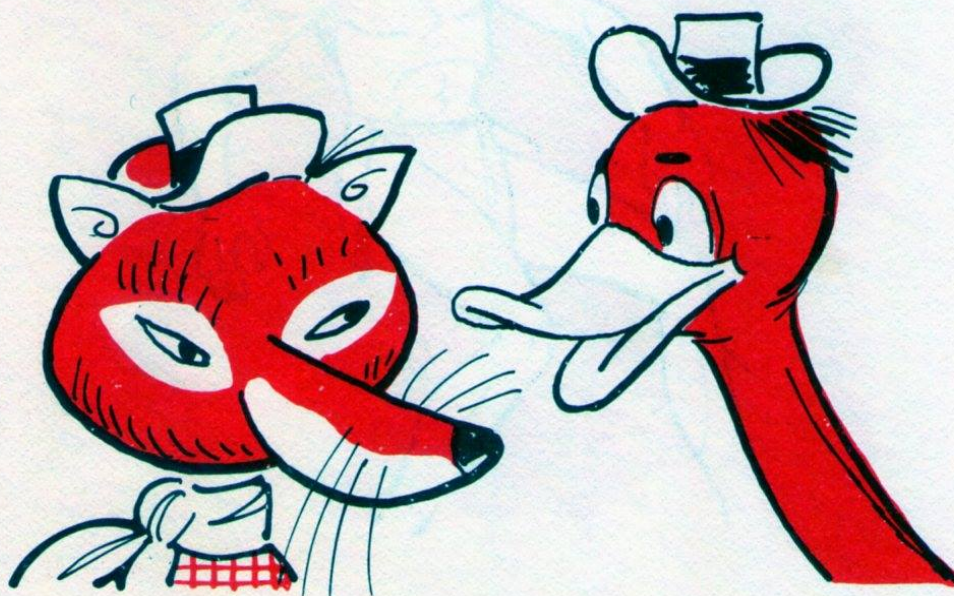
Cecilia T. Pedroni de Uteda

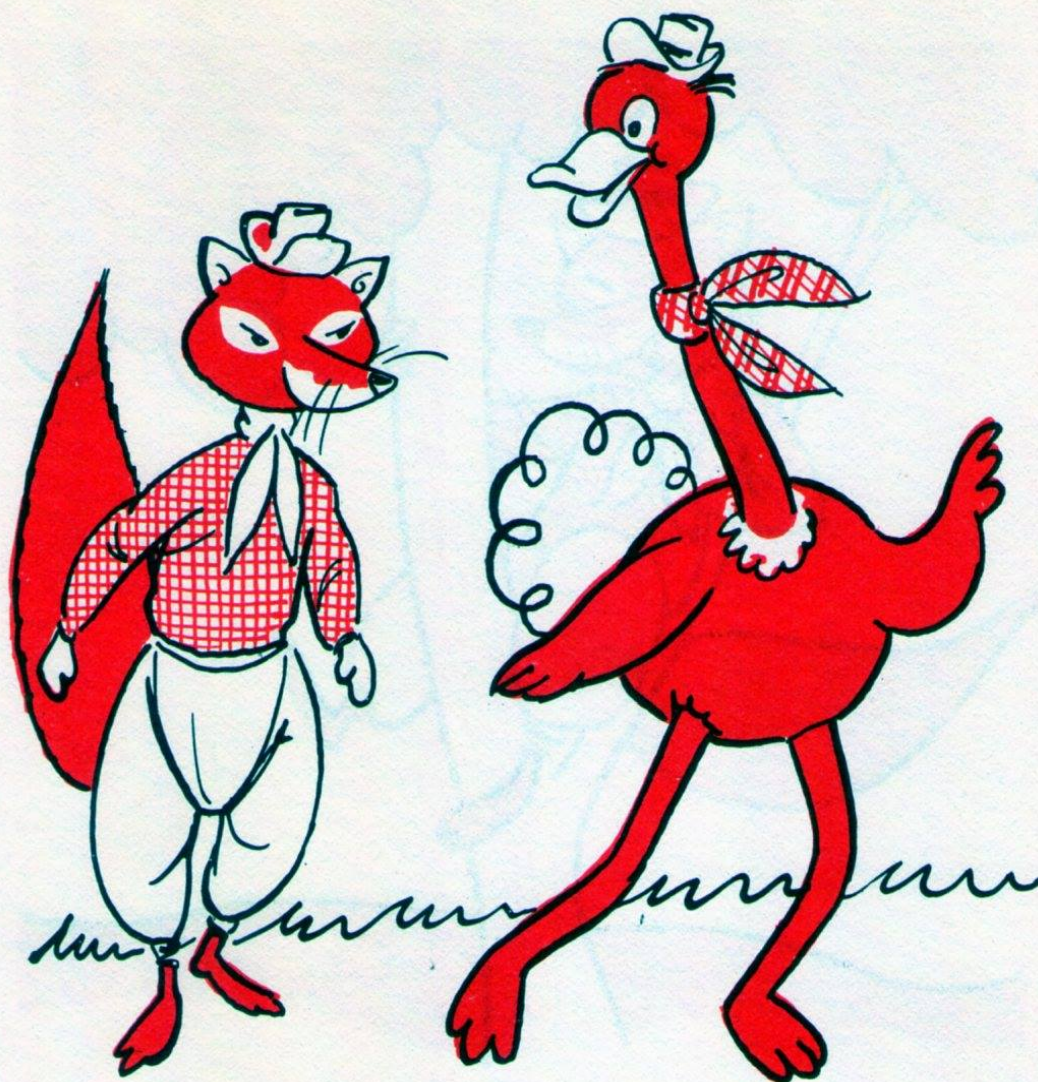
Don Zorro y don Avestruz, paseaban muy tranquilos por el campo de don Pancho. De tanto en tanto, el zorro levantaba su larga cola para espantar las atrevidas y zumbonas moscas que le seguían en el camino.

Mientras, don Avestruz bajaba su largo cuello para descubrir, entre las matas de yuyos y pastos, algún rico bocado que tragar.

—Dígame amigo —preguntó el avestruz—. ¿Qué haría usted si en este momento nos atacara una jauría de perros?

—¿Yo? —preguntó el zorro abanicando su cola, buscando así, un





poco de tiempo para contestar—, pues... ¡muy fácil!... me subiría enseguida al primer árbol que encontrase en el camino, ¿y usted?

—¡Ah! —contestó el avestruz enderezando su largo cuello para parecer más alto—, ¡yo no necesito subirme a un árbol!... con hacerles unas gambetas con mis potentes patas, los dejo cansaditos... cansaditos... ¡y sin ganas de seguirme!

No había terminado de hablar así, el orgulloso avestruz, cuando se oyó a lo lejos el ladrido de los perros.

—¡Sálvese quien pueda! —gritó asustadísimo el pobre zorro y salió disparando hasta encontrar un árbol.

Los perros ladraban furiosos alrededor del tronco, pero no conseguían nada, hasta que se cansaron y dando la vuelta, vieron al avestruz que se reía muy tranquilo al ver los apuros de su amigo.



Los enojados perros, se lanzaron al ataque y el avestruz apenas si tuvo tiempo de echarse a correr para ponerse a salvo.

Por más que corría y corría, los perros cada vez se acercaban más. El zorro desde lo alto del árbol miraba lo que pasaba y preguntó:

—¡Pero don Avestruz!, se olvidó de las gambetas; ¡vamos úselas de una vez, o no cuenta el cuento!

—¡Déjeme amigo, que con el susto que tengo, no me acuerdo de ninguna!

Y el pobre avestruz, lleno de miedo, escapaba, hasta que una nube de polvo lo tapó y no se vio más...

Dicen que se salvó, pero que, desde ese día, nunca más repitió a ningún zorro, el cuento de las gambetas.

¿QUIEN INVENTO EL SOL?

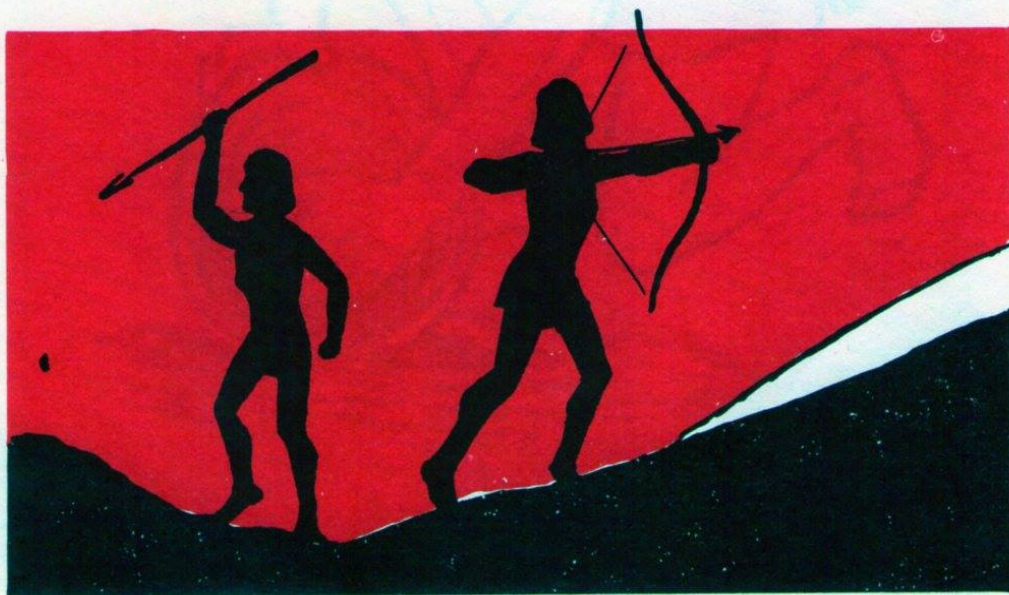
(Cuento brasileño)

AUTORA

María Mazzeti

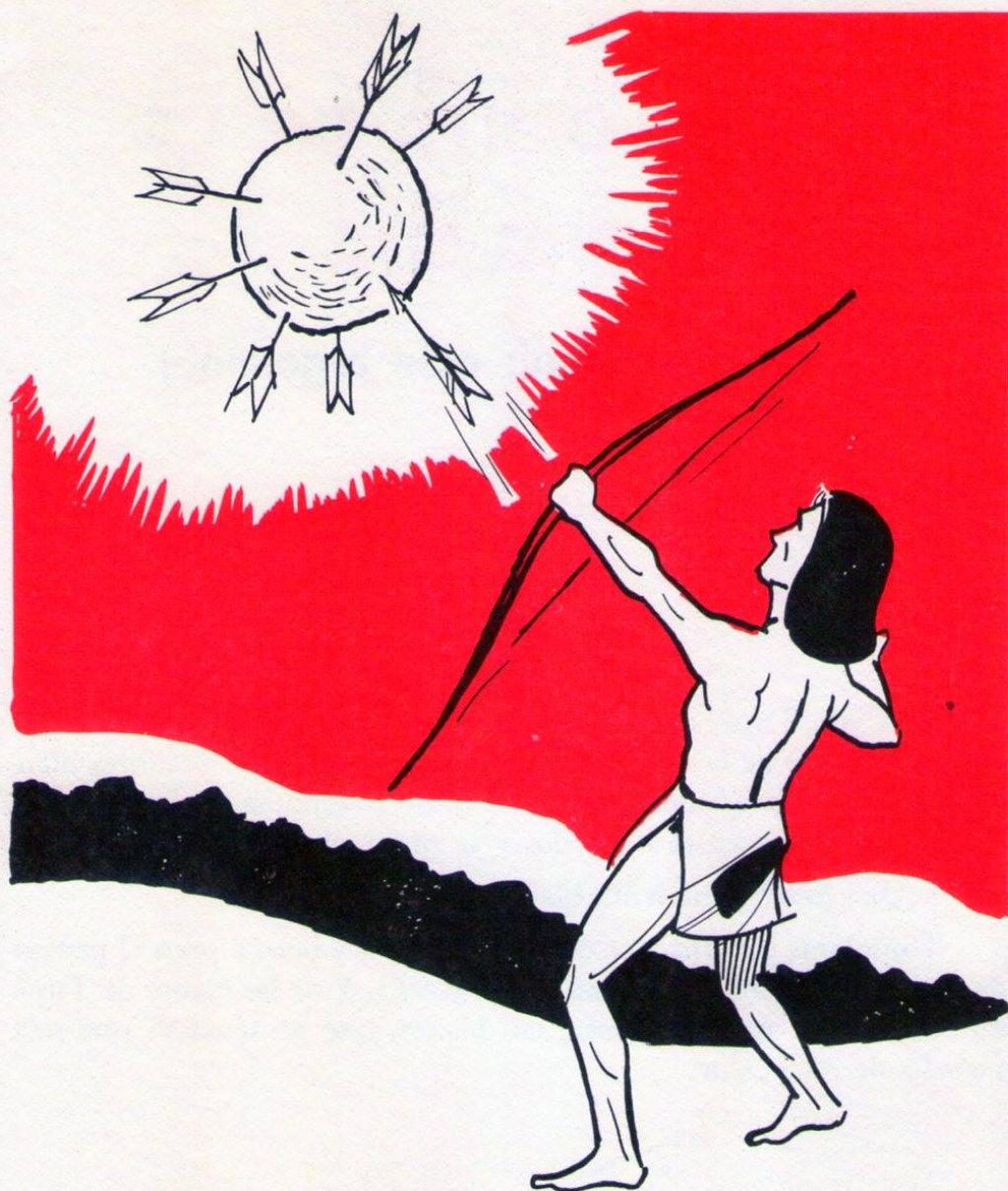
Un indio le contó a otro indio, que le contó otro indio, al que le contó otro indio, que hace mucho, mucho tiempo, no existía el día.

Sólo había noche. Era todo oscuro. Oscuro que no se veía. Pero los indios no tenían miedo a la oscuridad. Cazaban y pescaban lanzando flechas envenenadas. Las mujeres indias tampoco tenían miedo a la oscuridad. Pero sentían frío. Entonces las mujeres indias aprendieron a hacer el fuego. Empezó a arder una linda hoguera y todo el mundo se sentó alrededor de ella. Los indiecitos ayudaban a los padres



a cazar, después, al regresar de la caza se sentaron en rueda junto a la hoguera para ver cómo la mamá asaba la carne. Solamente el indiecito Carocito de Trigo no se sentó en el círculo en torno al fuego. Fue a jugar en hacer una bola de barro. La bola fue creciendo. . creciendo. . y se convirtió en una bola, amarilla y bien sequita. El indio Carocito de Trigo empezó a jugar a la pelota. Le dio el primer puntapié. La bola salió rodando; cayó dentro de la hoguera y se convirtió en una bola de fuego. Todos los indios sintieron miedo. El indio Carocito de Trigo, que era muy valiente, tomó corriendo el arco y





comenzó a largar flechas a la bola de fuego. Las flechas iban levantando la bola de fuego cada vez más y más arriba, hasta que la bola amarilla llegó al cielo. La bola de fuego, llena de flechas quedó pegada en el cielo, iluminándolo y dando calor a la gente y a los animales. Fue así como el indio Carocito de Trigo inventó el sol.

Bien, no sé si fue realmente así, porque un indio se lo contó a otro indio, que le contó otro indio, al que le contó otro indio, que un indio le contó a otro indio, que le contó otro, y a otro, y a otro...

LA PALOMITA DE LA PUÑALADA

(Cuento guaraní: este argentino)

AUTORA

Yalí

Una vez, Tupá, que había creado los indios color de bronce, se robó un pedazo de la arcilla con que fueron hechos los hombres blancos. Era un pedazo chiquito, blanco como la espuma de la cascada y Tupá lo apretaba entre los dedos y se preguntaba:

—¿Qué haré? ¿Una fruta blanca, blanca, o una flor?

Y mientras pensaba, sus dedos trabajaban y poco a poco el pedazo de arcilla blanca tomó la forma de un avecita. Y de las manos de Tupá salió una dulce paloma blanca, tan blanca, que no tenía ni una sola mancha de otro color.





Tanto le gustó a Tupá la obra de sus manos que le dijo a la palomita:

—¡Vuela! —y la palomita tomó vida y echó a volar.

Volaba la paloma blanca entre todas las cosas que tenían color y color. Y la miraban los papagayos de plumas azules y rojas y las cotorritas verdes. Y los colibríes azul-celeste y la perdiz moteada de marrón.

Y también la miraban las flores del lapacho, los pompones morados del cardo y las flores amarillas de la retama, que parecen mariposas dormidas.

Todo el bosque miraba volar el avecita blanca, que no tenía ni una pluma de otro color. Pero la palomita blanca, volando, volando, también miraba el bosque y miraba la selva. Y se enamoraba de las flores rojas del ceibo y de las flores aliladas del jacarandá.

La palomita, enamorada de todos los colores, se preguntaba:

—¿Qué colores tendré yo?

Y para mirarse, el avecita blanca de Tupá, hecha de arcilla robada, se llegó volando, volando, hasta las aguas de un arroyo quieto. Y allí, reflejada en las quietas aguas como en un espejo, la palomita se vio por primera vez. Blanca, blanca, sin una mancha siquiera de los colores del bosque.

Y entonces se puso a llorar. Y llorando, llorando, se presentó a Tupá.

—Padre —le dijo—, dame un poco del color que repartes entre las flores y los pájaros.

—No —dijo Tupá—, quiero que seas blanca, toda blanca.

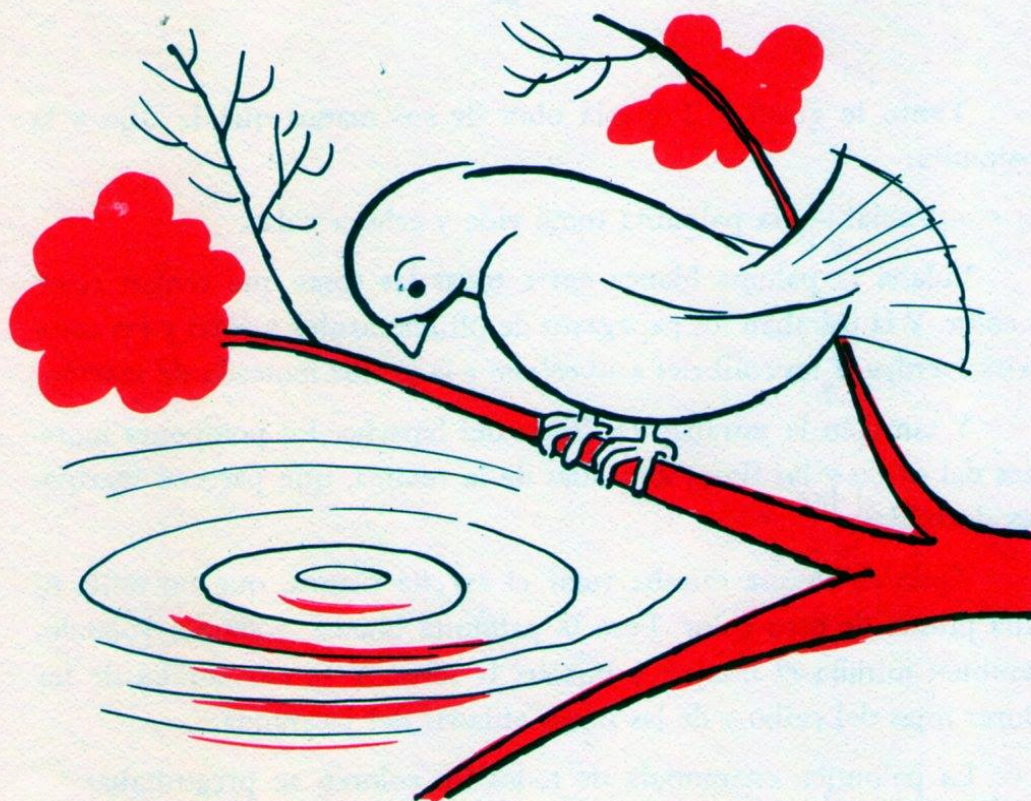
—Entonces dame un poco del color que das a los peces y a los troncos de los árboles —volvió a rogar la palomita.

—No —le repitió Tupá—, quiero que seas blanca, toda blanca.

—Dame aunque sólo sea una gota de color —volvió a pedir la palomita.

Pero Tupá le contestó:

—Basta. Vuela y aléjate.





Y el avecita blanca obedeció, y volando, volando, se alejó.

La palomita pasó la noche acurrucada, en un viejo árbol de la selva. Y vio cómo en la oscuridad, todo perdía su color. Y entonces ya no le importó ser blanca, sólo blanca, y se durmió.

Però al otro día, cuando el sol despertó las flores y los animales de la selva, la palomita blanca también se despertó. Y vio que cuando la noche se llevaba sus sombras en el bosque y en la selva los colores volvían como una alegre canción.

Y la palomita deseó más que nunca tener un poco, aunque sólo fuera un poco de color.

Y volvió junto a Tupá y le rogó:

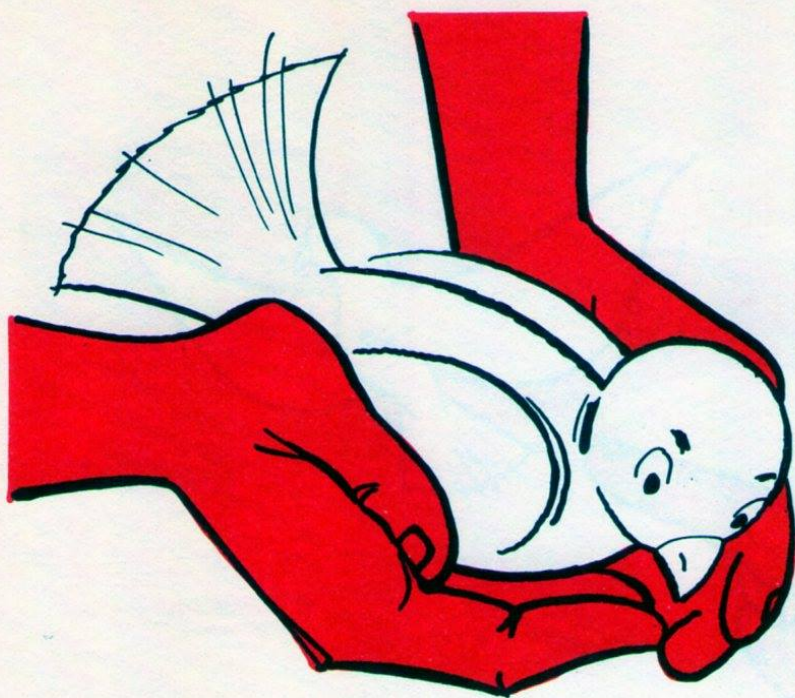
—Padre, dame un alita verde. O una colita rosa o un pechito azul...

Y Tupá dijo:

—No.

—Padre, ¡dame un copetito amarillo!

—No —dijo Tupá—, eres demasiado hermosa para pintarte con cualquier color.



La palomita se volvió a la selva y allí, posada en una rama, lloró y lloró. Entonces, el viento que pasaba sopló sobre sus plumas y le dijo:

—Avecita blanca, aunque no lo sabes, llevas escondido un hermoso color.

—¿Dónde, dónde? —preguntó la palomita.

—Dentro de tu pecho. Allí tienen, más rojo que la flor del ceibo, tu corazón.

La palomita dijo:

—Gracias viento.

Y con la punta de su pico quiso buscarse el corazón. Y se picó las plumas y se picó la carne, y aunque sufría mucho se picó y se picó, hasta que la sangre le pintó de rojo el pechito blanco.

Entonces pasó Tupá y miró el ave que él había creado blanca, blanca, con una herida roja sobre el corazón.

Y Tupá levantó la paloma en sus manos, la curó y le dijo:

—Avecita valerosa, te ganaste tu poco de color.

Tupá dejó para siempre, sobre el pecho de la paloma, la mancha roja que parece una herida abierta entre las plumas blancas.

Por eso todos llaman a esta paloma, la palomita de la puñalada.

CUANDO EL CONEJO QUISO SER HOMBRE

(Cuento mexicano)

AUTORA

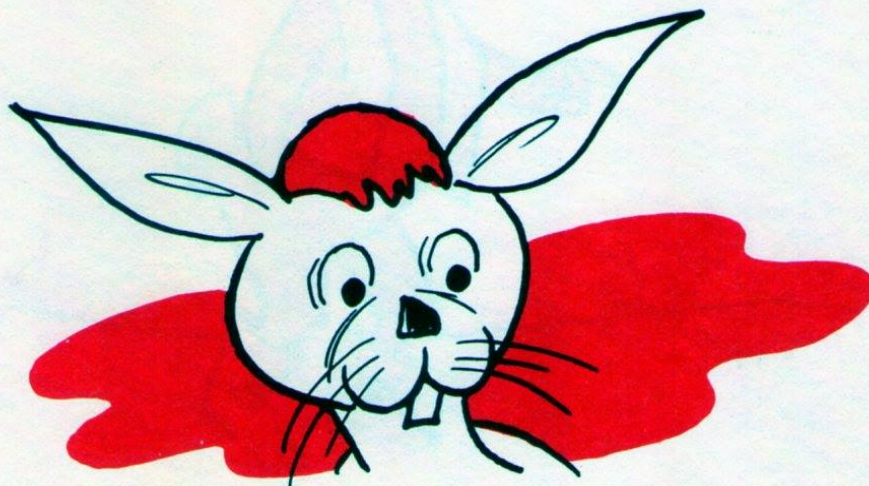
Beatriz Ferro

Esto ocurrió hace mucho tiempo, cuando el conejo quiso ser hombre.

“Lo primero que necesito es un nombre bonito”, pensó, y decidió llamarse Chucho.

“Después, vestirme de hombre...”, se dijo, y se consiguió unas botas viejas, chaleco y sombrero.

“Después, plantar semillas, cultivar la tierra, cosechar, como hacen los hombres”.



Se procuró semillas de rabanitos, lechuga, maíz y tomate y contrató peones para que le trabajaran el campo.

Cuando vio los primeros brotes de los rabanitos, Chucho saltó de alegría.

Cuando por fin maduraron, él fue el primero en probarlos.

Un rabanito aquí, otro allá, qué ricos, crrch, crrch, crrch, sin darse cuenta, comió la plantación entera.

Entonces se dio cuenta de que no podría pagar a los peones con la venta de la cosecha, porque no le quedaba ni medio rabanito para cosechar!

Sin embargo, Chucho no se desanimó. Ese mismo día fue a visitar a su vecina, doña Cucaracha.

—¿Cómo está usted, mi comadre Cucaracha?

—¿Cómo está usted, mi compadre Chucho? Al parecer, viene muy alegre...

—Sí, señora, contentísimo, porque este año tendré una buena cosecha de rabanitos —mintió el conejo, y agregó— la vendo por unos pocos pesos, siempre que me la paguen por adelantado.





—Si es así, yo se la compro —dijo doña Cucaracha—. Usted avíseme cuando maduren.

Y cerraron trato. Chucho volvió a su chacra, pagó a los peones con la platita de doña Cucaracha, ¡y todo arreglado!

Cuando maduró la lechuga, el conejo pensó:

“¡Tan tierna y fresquita! . Sería una pena que me la comieran los conejos vagabundos”.

Y se dio el gustazo de comerse hasta la última plantita.

Después maduraron los tomates y pasó lo mismo: Chucho no dejó ni uno.

Y cuando estuvo a punto el maíz, como quien hace nueve hace diez, se deleitó comiéndose la cosecha enterita.

No le quedó nada para vender, y los peones reclamaban su paga. La situación era difícil, pero Chucho tampoco esta vez se desanimó.

Fue a visitar a sus vecinos y los engañó como a doña Cuca, vendiéndoles las cosechas por adelantado.

Vendió la lechuga a don Gallo, los tomates a don Coyote y el maíz a don Balazo, el cazador.





Así fue consiguiendo dinero para pagar a los peones.

—¡Qué fácil es jugar a ser hombre! —se decía el conejo— La pancita siempre llena y la plata que cae del cielo.

Pasaba el tiempo y sus compradores esperaban inútilmente que las dichas cosechas maduraran.

Por fin, un día, por casualidad, se encontraron Chucho y doña Cucaracha.

—Buenos días, compadre. ¿Ya están a punto mis rabanitos?

Entonces él, muy fresco, respondió:

—¡Pues mañana mismo, mi comadre! Si precisamente iba para su casa, a darle la noticia. .

Después fue a visitar a los otros clientes y, tranquilo, dijo a cada uno de ellos que los esperaba al día siguiente para entregarles sus cosechas.

Al día siguiente, la primera en aparecer fue doña Cuca.

—En seguida la atiendo, mi vecina —dijo Chucho—. Pero, antes, dígame una cosa: el gallo, ¿no es su enemigo?

La cucaracha respondió que sí, muerta de miedo.

—¡Mala suerte! —dijo el conejo— Ahí lo veo venir por el camino. Escóndase debajo de esa olla vieja hasta que se vaya.

La cucaracha se escondió y entró don Gallo pisando fuerte. Entonces Chucho le susurró al oído:

—Antes de llevarse sus plantitas, ¿no quisiera comerse una cucaracha gorda? Hay una debajo de esa olla. .

El gallo fue derecho a la olla y ¡zac! se comió la cucaracha.

Entonces Chucho, mirando por la ventana, exclamó de repente:

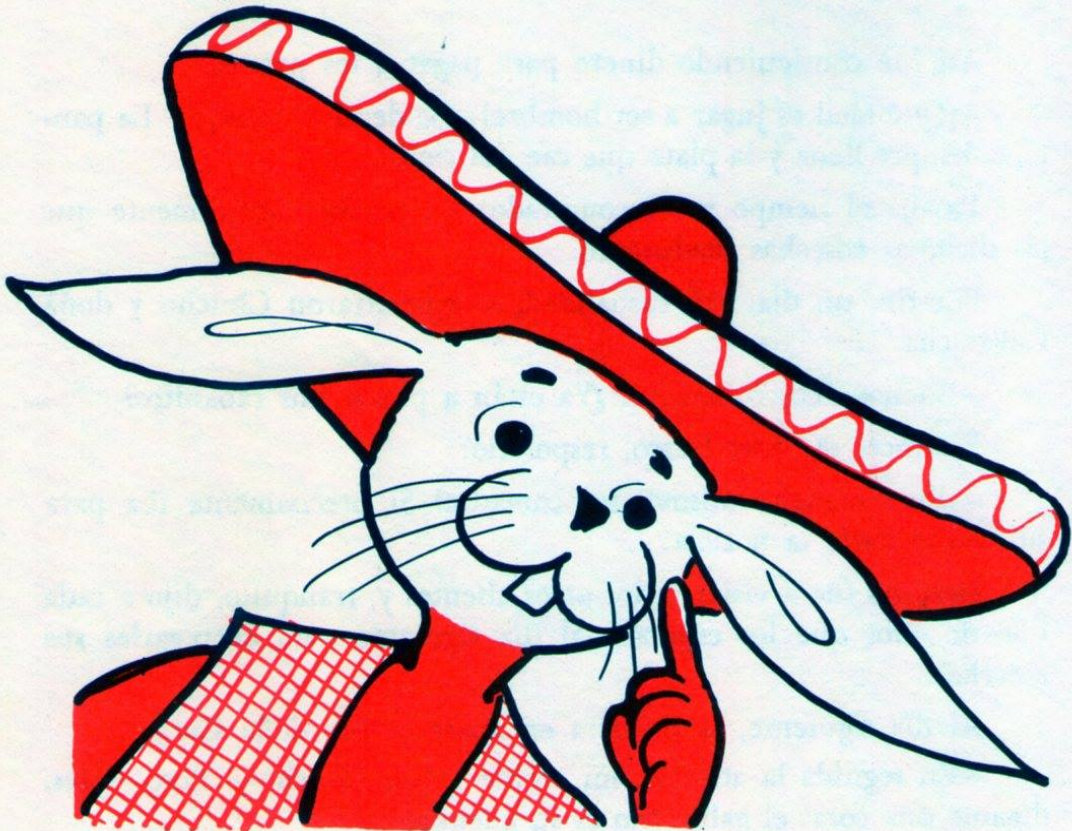
—¡Qué fastidio... el coyote viene hacia aquí! Dígame, no es su enemigo?

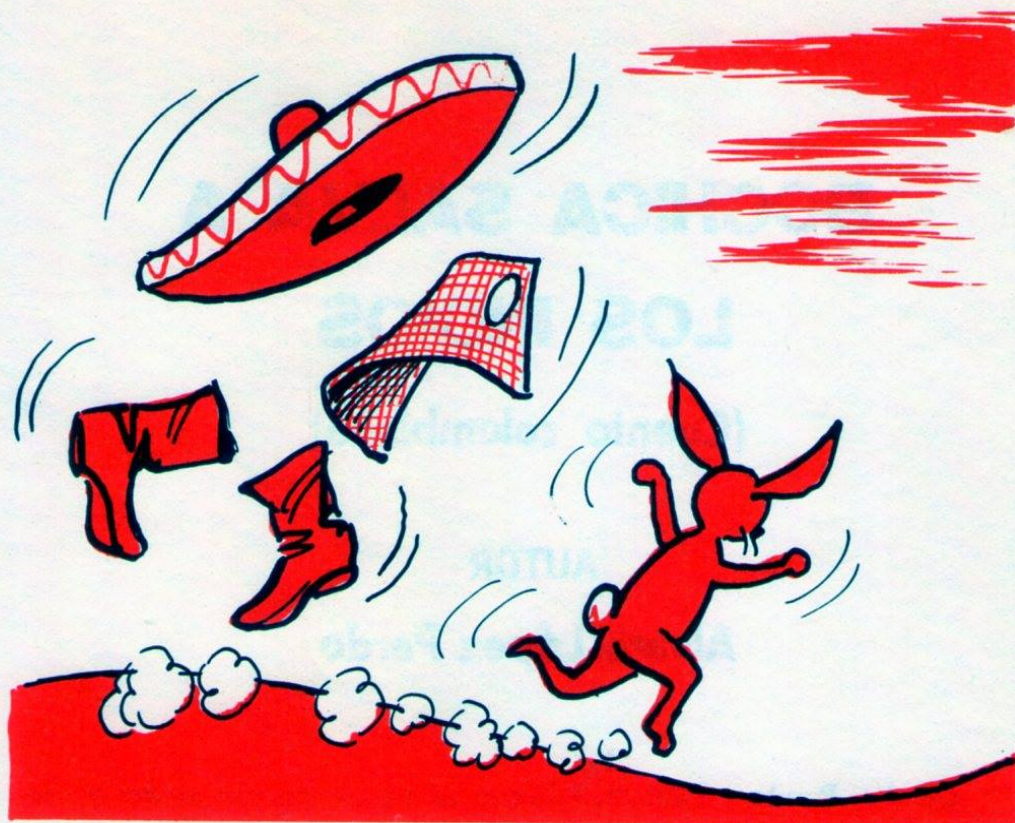
El gallo, alarmadísimo, se refugió dentro de un cajoncito, mientras el dueño de casa salía a recibir a don Coyote.

—¡Llega a tiempo, mi vecino! Antes de recoger su cosecha, no quisiera comerse un gallito tierno? Hay uno ahí dentro. .

El coyote no lo dejó terminar; fue hacia el cajón y . . ¡adiós gallo!

—Veamos... —dijo Chucho, observando el camino— ¿Ese que viene hacia aquí no es don Balazo, el cazador?





Don Coyote, todo tembloroso, no sabía dónde meterse.

—Escape por los fondos rumbo al sur —le indicó Chucho—. ¡Salve el pellejo!

Mientras el coyote huía a todo lo que daba, el conejo recibía a don Balazo:

—¡Ya está listo su maíz! Pero, antes, ¿no quiere cazar un coyote así de grande? Por allá va uno, rumbo al sur...

El cazador salió tras el coyote, escopeta en mano. Y Chucho se quedó solo, cavilando:

—¡Estoy haciendo lío tras lío! Como hombre soy un desastre. Creo que sólo sirvo para conejo.

Entonces tomó una decisión: se sacó el sombrero, el chaleco y las botas, cerró su rancho y salió corriendo por los campos, rumbo al norte.

Corrió y corrió.

Mientras se alejaba, resoplaba:

—¡Caramba, qué difícil es ser hombre!

Y, de tanto en tanto, también chillaba:

—¡Iuuujuuuu! ¡Qué bien me sienta ser conejo!

BOCHICA SALVA A LOS INDIOS

(Cuento colombiano)

AUTOR

Alvaro López Pardo

Un día, Rosita y Pedrito, salieron de paseo con sus padres y con la inseparable compañía de su perrito, Lancero. Se proponían conocer una de las bellezas naturales más importantes del país, el Salto de Tequendama.

Los niños iban muy contentos. Habían visto muchas fotografías del lugar, pero aún no lo conocían, pese a que estaba situado muy cerca de Bogotá.

Las leyendas que les habían contado sobre el origen del Salto, aumentaban su interés.





—Papá —decía Rosita—, ¿es cierto que es tan alto como diez edificios?

—Pues verás, hija —contestó el interpelado—, depende de cuántos pisos tengan los edificios de que hablas. Mide 157 metros, así que tú puedes calcular.

Al llegar, todos descendieron del automóvil y se dirigieron rápidamente al mirador. Los niños quedaron admirados con el espectáculo. El río Funza, también conocido con el nombre de Bogotá, que venía tranquilo por su cauce, se despeñaba por un fuerte precipicio, formado por grandes rocas y caía al fondo volviéndose espuma, para luego continuar por su nuevo cauce hacia otras tierras.

Pedrito, haciéndose el conocedor, preguntó muy serio a su padre:

—¿Es verdad que este salto lo hizo un señor que quería ayudar a los indios?

—Voy a contarles la leyenda, que es muy interesante —contestó el padre—. ¿Recuerdan ustedes que en la sábana de Bogotá vivía, hace muchos años, una tribu de indios llamados Chibchas?

—Sí —dijo Rosita, pensando en lo que había aprendido en clase de historia.

—Pues bien —siguió el padre su relato—. Según dice la tradición, llegó a sus poblados un hombre sabio, que tenía una barba larga que le llegaba hasta la cintura.

—¡Como la del tío Facundo! —comentó Pedrito, que no se podía quedar callado. Todos rieron de buena gana, menos el padre, quien dijo, un poco serio:

—Pedrito, no me interrumpas con tus comentarios. Voy a seguir mi cuento. Este buen hombre llamado Bochica, enseñó a los indios muchas cosas para que mejoraran su vida. Todos estaban contentos y apreciaban el valor del trabajo y comenzaban a prosperar.

—¿Qué pasó luego? —dijo Rosita muy interesada.

—Dice la leyenda que llegó una mujer muy linda llamada Chia, quien les enseñó lo contrario de lo que les decía Bochica. Les insistía en que debían divertirse y no trabajar. Les aconsejaba que se dedicaran al juego, al licor y a los placeres.





Los indios siguieron sus consejos y pronto empezaron a perder sus cosechas y a decaer. Otro dios de los Chibchas, llamado Chibchacum, disgustado con esta actitud, resolvió castigarlos mandándoles unas lluvias torrenciales. Los ríos crecieron e inundaron todos los cultivos y poblados. Los chibchas, atemorizados, se subieron a los cerros más altos que rodeaban la sámana en que vivían.

—Eso se parece al diluvio universal —dijo Rosita, mirando a su padre con susto y tomando en sus brazos a Lancero, como tratando de protegerlo—. ¿Qué hicieron los pobres indios?

—Pidieron ayuda a Bochica —continuó el padre— y éste subió a un monte muy alto, disolvió las nubes, hizo salir el sol nuevamente y lanzó su varita de oro contra unos montes, que se abrieron al momento dando paso a las aguas y formaron así este salto de Tequendama.

—¡Bien por Bochica! —dijo Pedrito, más tranquilo, pues ya se veía como los chibchas, a punto de morir ahogado—, pero, ¿qué pasó después?

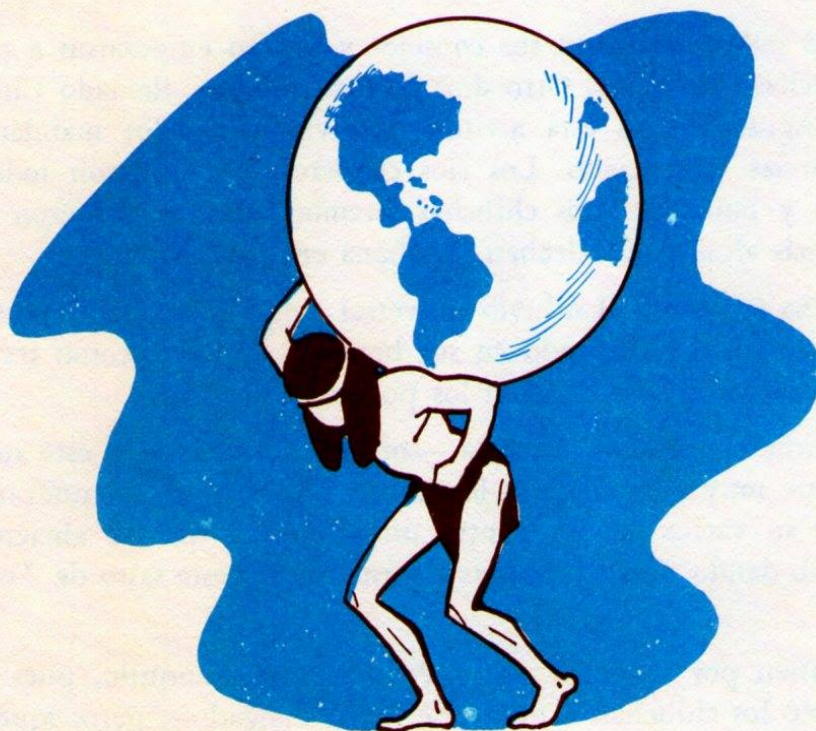
—Volvieron los indios a sus tierras que habían quedado más fértiles que antes, y comenzaron a trabajar con entusiasmo —agregó el padre—, pero el cuento no termina aquí, Bochica decidió castigar a Chibchacum por haber causado el diluvio. Lo obligó a cargar el mundo sobre los hombros. Por eso decían los chibchas que cuando se cansaban de tenerlo en un lado, lo cambiaban a otro y que era eso lo que causaba los temblores de tierra.

—No me gustaría ser ese señor —dijo Rosita soltando a Lancero, el cual corrió ladrando hacia una venta de comestibles que había cerca. Todos lo siguieron pues ya tenían hambre.

—Pobre Chibcha. Chibcha. Chibchacum, o como se llame —comentó Pedrito—, los castigó muy fuerte pero les enseñó que debían trabajar y no sólo divertirse. A mí me gusta divertirme —dijo Rosita.

—Sí hija —terció su padre, que tomaba una taza de café caliente, para contrarrestar el frío que hacía—. La gente tiene derecho a divertirse, pero después de hacer un buen trabajo y cumplir con su deber.

En el viaje de regreso a la ciudad, todos recordaban la belleza del espectáculo que habían visto y la interesante leyenda que les dio mucho que pensar.



INDICE

Prólogo	7
El Delta del Paraná	11
Yabutí, Paso a pasito	14
La mujer y el mar	18
El disfraz de indio	24
Las manchas del sapo	30
La Tripita	34
El arco iris	40
Había una vez un Dios Sol	42
El ñandú	47
Panamby e Irupé	52
La Laguna del Calden Solitario	56
La hija de Llastay	59
Los ratones de Fray Martín	64
El loro pelado	66
La Pincoya y el Pincoy :	70
El Isondu	76
Los teros	82
La leyenda del timbo	85
Meri y Ari	88
El Nacimiento	92
Pilcomayo y Bermejo	99
Las medias de los flamencos	102
El Dorado	106
El Tejido de Ñandutí	110
El hornero	112
Tupac y Maibi	115
Así nació la mujer	118
El zorro y el quirquincho	121
Tepozton	124

El junco	130
Pu-col	133
La luna llena	136
El oro de Baha	140
La flor del Ceibo	146
Los casos del zorro	148
¿Quién inventó el sol?	151
La palomita de la puñalada	154
Cuando el conejo quiso ser hombre	159
Bochica salva a los indios	166

EDITORIAL QUEVEDO S. A. C. I. y F.

dio término a la edición de esta obra

en el mes de agosto de 1974,

en los talleres gráficos

de Impresora Sur, S. A.

Luis Sáenz Peña 1955

Buenos Aires

República Argentina

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723

© Editorial Quevedo S. A. C. I. y F.

Impreso en Argentina

Printed in Argentine

COLABORADORES

Caldi, Ana María
Carbalho de Núñez, Carlota
Cueva, Graciela F.
Ferro, Beatriz
López Pardo
Malena
Marquiarena, Yolanda T de
Marziali, Adela
Mazzeti, María
Palma, Angélica
Palma, Ricardo
Pedroni de Uteda, Cecilia
Yali

ASESORA LITERARIA

Beatriz Capizzano de Capalbo

DIAGRAMACION E ILUSTRACIONES

Miguel Jaworski

DIRECCION DE OBRA

Oscar del Carmen Quevedo





empieza a bailar. Dicen que si baila mirando hacia los cerros, no habrá buena pesca.

Pero si baila mirando hacia el mar, las aguas se colmarán de peces y mariscos. Porque la Pincoya es reina y señora de los animalitos del mar.

Una vez, hace tiempo, escasearon los peces; los pescadores regresaban con las redes vacías, sin los mariscos, sin los peces dorados ni los peces plateados que eran toda su riqueza.

Día tras día el mar se volvió más avaro. Y los pescadores, cada vez más afligidos, volvían al puerto de su pueblo cantando:

Redes llenitas de nada,
cestos repletos de viento.
Traigo pulpos de mentira
y pececitos de cuento.

Como estaban las cosas, lo único que la gente del pueblo podía comer eran algas. Por la mañana y por la noche, algas para todos: para niños grandes, para perros y gatos.



